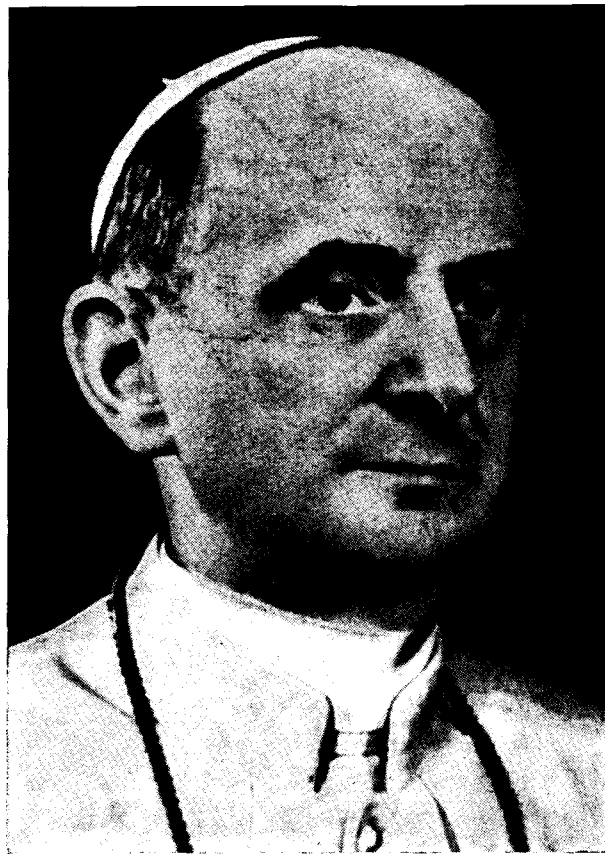


CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



A
SU SANTIDAD
PAULO VI

EN EL 25 ANIVERSARIO
DE SU FUNDACION, CRISTIANDAD
PRESENTA EL HOMENAJE
DE SU FILIAL DEVOCION

Año XXVI - Núm. 458
BARCELONA
ABRIL 1969

Depósito legal: B. 15860 - 1958

Director: Fernando Serrano Misas

Administración:

Diputación, 302 - Tel. 222 24 46



RAZON DE ESTE NUMERO

Celebramos en este mes de abril el veinticinco aniversario de la aparición de nuestra revista. Fundada en 1944 por un grupo de seglares barceloneses, formados en el marco de SCHOLA CORDIS IESU bajo la "cura espiritual" del P. Ramón Orlandis S. I., animada y vivificada por la espiritualidad del Apostolado de la Oración, tomó y mantiene como lema "al reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María".

Estos jalones deben haber informado la manera de ser de CRISTIANDAD. Por ello nos ha parecido que la mejor manera de celebrar este aniversario era volviendo la vista hacia atrás; mostrando a las generaciones posteriores a 1944 EL PORQUÉ DE ESTA REVISTA (página 101), su nacimiento y su relación con el Apostolado de la Oración (pág. 118); mostrando cómo en el V ANIVERSARIO DE CRISTIANDAD (pág. 105) reafirmábamos nuestro ideal del Reino de Cristo; recordando que EN EL X ANIVERSARIO (pág. 108) se explicaba a los lectores cómo era por dentro CRISTIANDAD, cómo sus redactores y animadores formaban una verdadera familia unidos por el común ideal.

En febrero de 1958, coincidiendo con una suspensión momentánea de la revista, nos dejaba para alentarnos desde el Cielo nuestro Padre Orlandis. Esta irremplazable figura fue glosada en septiembre del mismo año, al reaparecer la revista, por el P. Segura, S. I. (pág. 121) y por nuestro director en el editorial DECÍAMOS AYER (pág. 110). Su título era una llamada a la continuidad dentro del espíritu del P. Orlandis.

A los pocos meses moría el Papa Pío XII, bajo cuyo pontificado había visto la primera luz CRISTIANDAD, y le sucedía Juan XXIII, el Papa del Concilio. Bajo Paulo VI y en pleno Concilio celebrábamos nuestro XX ANIVERSARIO (pág. 112).

Pero para algunos este Concilio venía a revolucionar todo el Cristianismo. Se hacía necesario en este XXV aniversario afirmar nuestra sumisión y devoción a las enseñanzas y al verdadero espíritu del Vaticano II y mostrar que después del Concilio nuestros ideales no sólo se mantienen sino que son impulsados (pág. 115).

¿Pero, existen estos ideales? ¿No sería, más que un ideal, una tristeza, un pesimismo ante un mundo cada día más apartado de Dios? ¿O, quizá también, una incompreensión ante el mundo moderno? No, lo que ha animado y anima a CRISTIANDAD es una ferviente e inmensa esperanza, la firme seguridad del triunfo de Cristo en todo el mundo. O por decirlo con palabras del Pa-

dre Orlandis nos anima un OPTIMISMO NUCLEAR (pág. 120).

Y este optimismo tiene una fuente de la que recibe todo su vigor: la devoción a Cristo Rey. Es tan central para CRISTIANDAD esta devoción que le hemos dedicado varios artículos, unos reproducidos de números anteriores y otros actuales (págs. 123 a 133).

Pero quien es devoto de Cristo Rey y de su Divino Corazón no puede, de ningún modo, olvidar la devoción a su Excelsa Madre, Medianera de todas las gracias. Ella preside el altar de SCHOLA CORDIS IESU. Y lo hace precisamente desde un cuadro del mexicano Andreas López como recordándonos siempre la proyección hispanoamericana de CRISTIANDAD (págs. 135 a 139).

La Teología de la Historia ha sido siempre el tema más esencial de nuestra tarea. Ella nutre nuestra esperanza y nuestra devoción a Cristo Rey. No podía faltar aquí una amplia referencia a esta temática (págs. 140 a 151).

CRISTIANDAD, que no es una revista política ni pertenece como tal a un partido, se ha ocupado en muchas de sus páginas de temas políticos. No en vano es una revista de seglares y según el mandato del Magisterio tienen obligación de llevar al terreno práctico las enseñanzas de este mismo Magisterio. Como muestra reproducimos tres artículos sobre este tema (págs. 152 a 158).

Los redactores de CRISTIANDAD, después de esta mirada retrospectiva, se sienten seguros de la pervivencia y actualidad de todos los ideales que inspiraron, hace veinticinco años, su aparición.

Por natural ley de vida al cuerpo de redacción de CRISTIANDAD nos hemos ido incorporando nuevos grupos formados también en SCHOLA CORDIS IESU y que por nuestra juventud sólo hemos conocido al Padre Orlandis a través de sus escritos. Algunos han encontrado aquí el sentido de su vocación. No sólo hacemos nuestro lo escrito en estos años, sino que expresamos el deseo y la esperanza de permanecer fieles, con la ayuda de Dios, al ideal "VENGA A NOS EL TU REINO" que nuestros compañeros, redactores más antiguos, nos han inculcado a través de sus escritos y de su palabra.

J. M.^a M. G.

NOTA.— Por razones de espacio y a fin de dar una visión más completa de estos veinticinco años nos hemos visto obligados a reproducir la mayoría de los artículos de modo fragmentario.



El Arzobispo de Barcelona

En el XXV Aniversario de su fundación bendigo cordialmente a la Revista "Cristiandad", y a sus redactores y lectores, y pido al Señor que no se extinga la luz que ha iluminado tantos pensamientos nobles como presidieron su fundación y su marcha a través del tiempo, ni se paralice la mano de los que tan dignamente supieron mover su pluma para escribir tantos artículos de solidísima doctrina católica.

Impregnar de sentido cristiano y sobrenatural la vida entera del hombre y de la sociedad sigue siendo una tarea irrenunciable de todo el que ama a la Iglesia. Ello no se opone en nada -acaba de decir Pablo VI- a la legítima autonomía de lo temporal, sino que por el contrario responde fielmente al concepto de la Iglesia y del mundo que el Concilio Vaticano II ha proclamado con tanta autoridad.

Con caridad profunda, con firmeza incommovible en la fe con reflexión lúcida sobre lo inmutable y lo cambiante en la vida de los hombres y los pueblos, "Cristiandad" debe seguir adelante en su camino de servicio a un ideal perenne: el de que Cristo, por voluntad del Padre que para eso le envió al mundo, es la Verdad suprema de la historia.

Fdo: + Marcelo
Arzobispo de Barcelona

Abril 1969

VENGA A NOS EL TU REINO

Hace veinticinco años, un justo varón, amante y respetuoso de Dios, estudioso y docto en Historia y en Sagradas Escrituras, intuyó y dijo que el mundo estaba de parto.

Era el de entonces un mundo convulso por la segunda guerra mundial, ya en sus postrimerías. En el solio de Pedro reinaba el gran pontífice Pío XII. Hemos dicho conscientes gran Pontífice pese a que casi pareciera que no se puede decir, visto cómo Papa tan piadoso y espiritual ha sido hábilmente borrado de la memoria de las gentes.

Quebrantos no sólo materiales, sino también espirituales empezaban a asolar a la humanidad. La Iglesia firme y unida procuraba, en lo material, cuidados y auxilios para tantas víctimas inocentes, y en lo espiritual señalar en cada caso los caminos concretos a seguir. Obediencia y disciplina eran todavía palabras con significado y vigencia.

Pero el justo varón a que aludíamos, el R. P. Ramón Orlandis S.I., mirando en el espejo de la Historia, percibía cómo el mundo se iba acercando a una gran convulsión y cómo a través de crecientes angustias habría de dar vida a un mundo nuevo. ¿Qué no habría de decir si viera y viviera el mundo de hoy veinticinco años después? Este mundo estremecido por guerras inabables y desquiciado espiritualmente por la indisciplina, la desobediencia y la mayor desorientación.

Para que su intuición no fuera estéril quiso que se fundase esta revista de forma que, a través de sus páginas, su pensamiento y su luz llegasen a los demás.

No porque se tratase de alguna doctrina especial, sino de la única salvadora: las enseñanzas de la Iglesia, la luz de la verdad, la sumisión en vez de la rebeldía y a través de todo ello la confianza esperanzada en ese mundo venidero mejor encarnado en el Reinado Social de Jesucristo.

Si en aquel entonces contra el creciente naturalismo y materialismo sólo veía como fuerza oponible la espiritualidad de la Iglesia, qué diría nuestro Padre Orlandis a la vista de nuestro mundo de hoy?, de ese mundo que más y más se va hundiendo en la apostasía, el egoísmo, la obscenidad, la rebeldía y la desobediencia.

Otrora Sodoma y Gomorra, Babilonia y Asiria y el Imperio Romano fueron mundos que, llegados al extremo de su degeneración, fenecieron para dar lugar a otros mundos.

Hoy, según dijo entonces el gran Pío XII, "Asistimos a uno de los más grandes incendios de la Historia, a uno de los mayores trastornos políticos y sociales que se ha registrado en los anales del mundo". Y si tal dijo entonces qué no diría ahora. Los extremos de nuestra decadencia nos han de conducir a la paz de un mundo nuevo.

Esa paz que sólo puede venir de Cristo, de su doctrina y de su Reinado.

Transcurridos estos veinticinco años de su aparición, CRISTIANDAD se ratifica en sus propósitos y en su fin. Decimos no sólo con la boca, sino con todo el corazón: VENGA A NOS EL TU REINO, y seguiremos trabajando para que llegue cuanto antes el único remedio de ese Reinado.

FERNANDO SERRANO
Director

HACE VEINTICINCO AÑOS

EL PORQUÉ DE ESTA REVISTA

(Del número *Specimen*, diciembre 1943.)

La Providencia y la Sociedad

La idea de una Providencia que rige los destinos de los pueblos, como rige los de cada individuo, es la base de toda concepción profunda de la sociedad y de la historia. La conciencia de este hecho se agudiza, empero, entre los hombres reflexivos, cada vez que la humanidad atraviesa momentos graves de crisis.

¿Por qué sucede así? Porque de otra suerte, estos males serían fruto de un azar ciego, y esto repugna profundamente a la inteligencia y al corazón humanos.

En cambio: si los males que aquejan a la humanidad no escapan al gobierno de un Dios providente y bueno, estos males, de otra suerte desesperantes, adquieren para el hombre la razón de ser de todo aquello que, aunque no alcance a comprender, ve claramente, con todo, que está incluido en un orden.

Basta la luz natural de la razón para creer en una Providencia. Pero la luz de la fe da a un cristiano nuevas precisiones y nuevas esperanzas respecto a los planes de Dios sobre los hombres.

Por esto **CRISTIANDAD**, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, afirma desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1.º, en una concepción sobrenatural de la vida, y 2.º, en una unión estrecha con la Iglesia y con su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra.

Por la importancia que tienen estas afirmaciones nos detendremos un momento en aclararlas.

1.º *Una concepción sobrenatural de la vida es necesaria para restablecer el orden en la sociedad.*

Dios ha creado al hombre para vivir en sociedad. En esta sociedad el hombre debe conocer, amar y servir a Dios nuestro Señor.

La naturaleza misma del hombre exige uno y otro extremo. Pero una doble realidad ha venido a modificar las condiciones en que el hombre deberá realizar esta convivencia y servir en ella el plan de su Criador.

La primera, fuente de todos los egoísmos, no es otra cosa que la corrupción de la naturaleza humana por el pecado; la segunda, fuente de todas las generosidades, es la elevación de esta naturaleza corrompida al orden divino de la gracia.

Y esta gran realidad de la Gracia no viene a superponerse al hombre de un modo extrínseco, como pretendía Lutero, sino que penetra la esencia misma de su alma.

Si esto es así, si en el hombre esta realidad sobrenatural transforma íntimamente su naturaleza, sería un desperdicio de fuerzas, sería volver a introducir la división en su seno no procurar que transformara también íntimamente su vida.

No basta, en efecto, a un cristiano tener fe: debe vivir de su fe. Este vivir de la fe es la caridad.

Únicamente así es posible no sólo el orden interior de sus potencias, sino el orden exterior con sus semejantes. El *naturalismo* en todas sus formas es, por consiguiente, el primer enemigo que **CRISTIANDAD** viene a combatir.

2.º *Una sumisión filial a la Iglesia es necesaria para restablecer el orden entre las sociedades.*

El hombre debe servir a Dios en sociedad. Acomodándose a su naturaleza, la Gracia se le reparte, también, socialmente; y en sociedad gozará en el cielo de su inmenso destino.

Esta sociedad sobrenatural del hombre con Dios y con los bienaventurados es la Iglesia.

Y así como veíamos que la realidad sobrenatural de la gracia traía necesariamente consigo una consecuencia de orden natural: la ordenación y pacificación de nuestra vida, semejantemente: la realidad sobrenatural de la Iglesia ha de traer consigo necesariamente una consecuencia de orden natural, el día que sea plenamente aceptada por todos: la ordenación y pacificación de los pueblos.

La compenetración entre la sociedad civil y la eclesiástica que esto supone; la aceptación plena por parte de las naciones y Estados, en cuanto tales, de la Iglesia como *Madre*, es un Ideal tradicionalmente expresado por un nombre: **CRISTIANDAD**.

Este ideal ha sido vivido y realizado, de un modo incipiente, por los siglos mejores de la Edad Media. Pero el Protestantismo vino a malograr esta obra, destruyendo el principio de unidad y organización que representaba, y conduciendo fatalmente al Filosofismo, para desembocar en las Revoluciones.

Sólo el reconocimiento de la Soberanía social de Je-

sucristo, por medio de su Iglesia, puede salvar a la sociedad del estado de división y descomposición en que se encuentra. Pero un grave error se opone a este remedio: el *liberalismo*, o la indiferencia religiosa, y la opinión errónea que muchos, aun católicos, tienen de él, considerándolo como un acercamiento a la fe, cuando en realidad es más dañino que la impiedad misma, porque es más ofensivo el desprecio que el odio.

Este es el segundo error que CRISTIANDAD viene a combatir.

Naturalismo y Liberalismo

Naturalismo y Liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de CRISTIANDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la revolución.

El naturalismo y el liberalismo tienen en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos.

Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el Naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el Liberalismo, la proclamación de la Soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad.

El ideal de CRISTIANDAD y la devoción al Corazón de Cristo

Al amparo de estas concepciones, fue constituido en el pasado siglo el Apostolado de la Oración, por el que es casi su fundador: el insigne jesuita francés P. Enrique Ramière.

Adveniat regnum tuum es su aspiración central y su razón de ser.

Este reino, fundamentalmente sobrenatural, tendrá también en el cielo su fundamental cumplimiento. Pero, ¿es aventurado esperar, a modo de "añadidura", también un Reinado de Cristo sobre las naciones y Estados de la tierra? ¿Es aventurado esperar un cumplimiento real y efectivo de lo que ya llamamos corrientemente el "Reinado social de Jesucristo"?

Enrique Ramière no lo creyó así. A la vez que reconocía la gravedad de los males que afligían al mundo bajo una forma nunca vista hasta entonces: *la apostasía de las naciones*, vio en las tendencias más hondas de las sociedades, en la revelación auténtica contenida en las Escrituras y en la Tradición Cristiana y, sobre todo, en las revelaciones de Paray-le-Monial, los más serios motivos de esperanza.

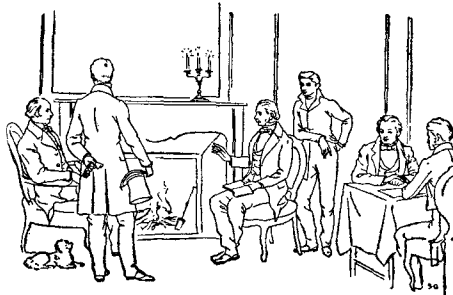
Desde entonces, los Sumos Pontífices nos van alentando con ella. Desde entonces, la devoción al Corazón de Cristo, que en Paray se nos presentaba como el remedio eficaz para conseguir la curación de nuestra sociedad, ha continuado adentrándose, cada vez más, en la vida de la Iglesia, hasta culminar en la Fiesta de Jesucristo Rey.

La fiesta de Jesucristo Rey

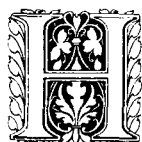
Es importante hacer notar que la fiesta de Jesucristo Rey es, precisamente, la coronación y término de la devoción al Sagrado Corazón que se iniciaba en Paray. Su institución viene, por lo tanto, a proclamar que la realeza de Cristo es una realeza de *amor*.

Pero es que, además, la institución de esa fiesta es, a la vez, la proclamación de una esperanza. Pío XI nos lo dice en su Encíclica "Miserentissimus": "Al hacer esto (institución de la fiesta de Jesucristo Rey), no sólo poníamos en evidencia la suprema soberanía que a Cristo compete sobre todo el Universo... sino que adelantábamos ya el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y de voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey".

CRISTIANDAD encuentra en ello nuevo aliento y por esto no vacilará, desde el primer momento, en invitar a sus lectores a penetrar cada vez más en la devoción a este divino Corazón "en cuyo amor hemos creído"; y a luchar, fortalecidos por él, por la dilatación de su Reinado sobre los individuos y sobre las sociedades.



En el III Aniversario de CRISTIANDAD



ace tres años bendecíamos el proyecto de publicación de CRISTIANDAD, y poco después saludábamos, henchidos de esperanza, la aparición de tan enjundiosa Revista escrita por plumas doctas y bien cortadas, muy acreditadas en el campo de las letras.

Hoy, al publicarse el número 73 nos gozamos en una consoladora realidad: la copia de sana doctrina esparcida desde sus columnas entre una selección de cultos lectores.

La peculiaridad de la Revista CRISTIANDAD que en cada número expone un tema, siempre tratado con competencia, y a veces agotado, es de resultados magníficos en el lector serio que busca la verdad.

Tal vez a eso se debe el que no haya alcanzado la Revista toda la difusión que merece.

La recomendamos con todo encarecimiento, no a los espíritus frívolos, incapaces de sostener un raciocinio o de aplicar su atención a temas serios y trascendentales, sino a los espíritus bien cultivados que sienten la inquietud que suscitan los graves problemas de orden filosófico, etc.

La Revista no debe descender de ese nivel, aunque sea a trueque de renunciar a éxitos fáciles.

Ni cederá un punto en su ortodoxia.

Hoy, más que nunca, es necesario aferrarse a la verdad eterna, a la verdad de la doctrina católica, única que puede iluminar las sendas de la inteligencia en medio del confusionismo y rebeldías de la hora presente.

Al menos vosotros, mis diocesanos cultos, sedientos de verdad, tomad en vuestras manos la Revista, y, si ponéis vuestra pluma mejor que mejor.

† GREGORIO, Obispo de Barcelona

NUESTRA RESPONSABILIDAD

El Director General Delegado del Apostolado de la Oración, P. GERARDO TREMBLAY, que fue Secretario Nacional del Apostolado de la Oración del Canadá y Redactor de «El Mensajero Canadiense del Sagrado Corazón de Jesús», vino a Barcelona con motivo del Congreso Internacional de Congregaciones Mariana en 1947, estuvo en «Schola Cordis Jesu» y resumió sus impresiones en las líneas que acompañamos.

Había ojeado unos números de CRISTIANDAD y algo me habían dicho sobre sus fines. Lo que he encontrado en Barcelona me ha causado muy agradable sorpresa. Un conjunto muy entrenado, culto, consciente y valeroso: algo que superaba mis esperanzas. Creí encontrar un esfuerzo individual y me he hallado ante un movimiento de espíritu y cultura que se ha dado por misión hacer conocer al mundo la necesidad de un cristianismo aceptado socialmente. Una sociedad en que la realeza de Cristo no sea una palabra sino un hecho. En que la fe anime todas las actividades, impregne la vida entera. Este ideal, soñado por el P. Ramière, pueden realizarlo los inspiradores de CRISTIANDAD si son apoyados por los cristianos de todos los países. Precisa que sean comprendidos, que se les traduzca, que sean leídos. Es preciso también que de todas partes se colabore en la redacción de la Revista a fin de que se uniformen los ideales y se elabore una doctrina común sobre los remedios para los males de nuestro tiempo.

La fuerza del catolicismo quedará sin efecto si permanece dispersada. En todos los lugares del mundo hay hombres clarividentes y convencidos que pueden unir sus experiencias, compartir el fruto de sus ideas. Quienes sepan reunirlos y facilitarles recíproca comunicación, habrán construido el organismo más poderoso de paz que haya conocido el mundo. Fiel a la consignas del Apostolado de la Oración, del cual es fruto, CRISTIANDAD quiere responder a la intención fundamental del Soberano Pontífice, la que él mismo ha fijado a la Acción Católica: recristianizar el mundo, devolverlo transformado al Corazón de Jesús.

El apostolado por la oración engendra necesariamente la acción. CRISTIANDAD es testimonio de ello. El *Apostolado de la Oración* está orgulloso de haber suscitado tal movimiento. ¡Que la esperanza que hace nacer en nuestros corazones no quede defraudada!

Gerard Tremblay, S.J.

V AÑO DE CRISTIANDAD

(Del art. editorial del número 91, 1 de enero de 1948, firmado por Pedro Basil.)

Dualismo inadmisible

Obra genuina del liberalismo es el empeño, ya secular, del mundo moderno por recluir la religión en el marco de la vida privada, negándole todo derecho de influir en el orden social. La religión, afirmase, es un problema de conciencia que interesa sólo al individuo. La sociedad civil, en su existencia colectiva, debe ser en absoluto indiferente a toda religión.

Pero pasó la segunda Gran Guerra y, bajo el peso abrumador de sus estragos y la amenaza de nuevos peligros, siéntese más cada día la necesidad de recurrir a la Iglesia como fuerza imprescindible “para conseguir una paz justa y duradera”, “un orden moral del mundo”. Proclámase sin ambages que “la mayor necesidad del mundo actual, la primera entre todas las otras, es una renovación de la fe”, y llégase hasta a confesar que “aquellos que no reconocen sus responsabilidades para con Dios todopoderoso, no pueden cumplir sus deberes para con sus prójimos, todos los demás hombres” (1).

Parece como si el mundo moderno, atemorizado ante sus propias obras, dispusiera al fin a rectificar su error. Pero, si antes se pretendió minimizar la misión de la Iglesia, constriéndola al ámbito del fuero interno, córrase hoy el peligro de pasar al extremo opuesto, prescindiendo de su fin transcendente para no ver en ella más que una misión social. Tan lejos se ha ido por este camino que, incluso, un eminente estadista — aunque no católico, por cierto — llega a afirmar que hay dos maneras “opuestísimas” de afrontar los problemas de la civilización: La una mira a la Iglesia “como el medio” merced al cual podemos alcanzar individualmente *la salvación personal* en la vida ultraterrena”: la otra la considera “como protagonista activa del Reino de los Cielos, o gobierno de Dios, en la tierra, y como protectora de *la salvación social*...” Y añade: “La primera de ambas tendencias contribuye a divorciar al individuo de sus responsabilidades sociales... Las antiguas formas asociadas con una pasada era de civilización, que se concentraban principalmente sobre el aspecto cristiano de la salvación personal, han cesado de atraer a la gente... A mi juicio es fundamental, para la continuidad de la vida e influencia de la Iglesia, que ésta emprenda inmediatamente su tarea de salvación social, como medio de perfeccionar el reino de Dios en la tierra” (2).

Con frase precisa y bella deshace León XIII, en las primeras líneas de su Encíclica sobre la constitución cristiana del Estado, este pretendido dualismo, distinguiendo y valorando perfectamente la doble misión de la Iglesia:

“Obra inmortal de Dios misericordioso es su Iglesia, la cual aunque de por sí y por su propia naturaleza tiende a la salvación de las almas y a que alcancen la felicidad en los cielos, todavía, aun dentro del dominio de las cosas caducas y terrenales, procura tantos y tan señalados bienes, que ni más en número ni mejores en calidad resultarían si el primer y principal objeto de su institución fuese asegurar la prosperidad de esta presente vida” (3).

Hay que sobrenaturalizar la idea del Reino de Cristo

La idea del Reino de Cristo, que el mundo moderno lleva en su seno y que en él ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo (4), es hoy de tanta actualidad que su imperativo lo sienten, ya no sólo gran parte de los fieles católicos, sino incluso hombres preeminentes del protestantismo y del cisma. (Stafford Cripps y Berdiaeff son sólo un ejemplo.)

Mas este hecho, del que no podemos menos que alegrarnos, tiene no obstante un peligro: que se naturalice la idea del Reino de Cristo. Decíamos en otro número que la necesidad más urgente de nuestro tiempo es sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Quizá deberíamos añadir también, incluso la idea misma del Reino de Cristo.

Porque la idea que algunos se forjan de este Reino — como al principio sucedió con el pueblo judío — es una idea demasiado “política”, demasiado “temporal”. Alguien incluso ha llegado a identificarlo con las llamadas cinco libertades, o con la defensa de la civilización occidental.

Reducir el ideal del Reino de Cristo a una pugna de civilizaciones geográficas sería tanto como poner fronteras a este Reino, que es Reino universal. Reducir este ideal a la esfera externa de ciertas modalidades sociales sería tanto como contentarse con la “hipótesis”, y demostraría además no conocer a Cristo ni conocer tampoco

(1) De la carta de Truman a S. S. Pío XII (6-VIII-47).

(2) Stafford Cripps, “Hacia la Democracia Cristiana”, cap. I. Vid. la misma idea en Berdiaeff-Rev. “Esprit”, agosto-septiembre 1946, p. 308.

(3) León XIII, Enc. “Inmortale Dei”.

(4) R. Orlandis, S. I., “Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey”, CRISTIANDAD, núm. 39.

el corazón humano. Lo que este ideal pide de los hombres todos, no es un mero vasallaje externo, vana ficción si no se apoya en lo interior, y mucho menos una simple afirmación verbal. Lo que el Divino Rey pide de los hombres es una entrega voluntaria y total, que abarque todos los ámbitos de la vida, para que Cristo reine en las inteligencias por sus doctrinas, en los corazones por su amor, y en toda la vida humana — individual, doméstica y civil — por la observancia de sus leyes y por la imitación de sus ejemplos (5). Pues todos estos campos de la soberanía de Cristo están tan estrechamente unidos, tan solidarizados entre sí, que negar uno sería negarlos todos, sería tanto como pretender dividir la unidad misma de la persona humana. Ellos constituyen aquel todo indisoluble, aquella “síntesis de la religión y la vida” que S. S. Pío XII nos propone como única solución a la dolorosa “antítesis” de la hora presente (6).

La Encíclica «Annum Sacrum»

Por el fecundo desenvolvimiento de la idea del Reino de Cristo se ha formado, es cierto, todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social capaz de salvar el mundo. Pero este cuerpo de doctrina no es un frío tra-

tado jurídico. La letra sola no basta, es preciso que venga en su ayuda el Espíritu. Y éste es el secreto y toda la fuerza de la Ley Nueva, “escrita no en tablas de piedra, sino en nuestra mente y en nuestro corazón” (7); Ley, no basada en la sanción o coacción externa, sino en una fuerza interior que es la misma gracia del Espíritu Santo. “Cristo ejerce su potestad sobre los hombres todos por medio de la verdad, de la justicia y, principalmente, de la caridad”. ¿De dónde, pues, sino del Corazón Sacratísimo de Jesús, que es manantial y fuente de la Gracia, y en el que “se encierra el símbolo y la expresión de la infinita caridad de Cristo” (8), puede venirnos aquella fuerza interior?

No es, pues, mera coincidencia, sino algo esencial y providencialísimo, que la idea del Reino de Cristo se haya desarrollado en los tiempos modernos al calor de la sobrenatural devoción al Corazón divino de Jesús, hasta tal punto que ambas han venido a fundirse en una sola, el Reinado del Corazón de Jesús (9).

De ahí el porque la consagración a este Corazón Santísimo sea el medio escogitado por la divina Providencia, manifestada sobre todo a través de sus Vicarios — el primero León XIII en su encíclica “Annum Sacrum” — para llevar al mundo al reconocimiento y aceptación del Reino de Cristo.

(5) Pío XI, Enc. “Ubi Arcano”.
 (6) Pío XII, del discurso pronunciado en la canonización de S. Nicolás de Flüe (16-V-47).

(7) San Pablo a los Hebreos, VIII, 8.
 (8) León XIII, Enc. “Annum Sacrum”.
 (9) R. Orlandis, S. I., “El arco iris de “Pax Romana”, CRISTIANIDAD, núm. 4.

...el mérito excepcional de la Revista es la valentía con que estudia, a la luz de la fe, los acontecimientos humanos de que se ocupa, y el sello de lo sobrenatural que sabe imprimir a sus disposiciones y exposiciones, refiriéndolo todo a la única y suprema fuente de toda vida que es el Corazón de Cristo, como quien tiene muy presente y aun quiere superar aquel apotegma «solutio omnium difficultatum, Christus». Gotas de la quintaesencia de los documentos pontificios vierten sus autores en las páginas de la Revista.

‡ Gregorio, Obispo de Barcelona



Dal Vaticano, li 5 de Mayo de 1951

N. 251139

Distinguido Señor:

Cumplo con el venerado encargo de manifestarle que el Augusto Pontífice ha acogido con particular complacencia los tres primeros volúmenes de "Publicaciones Cristiandad" por V. enviados.

Bien sabe V. la benevolencia con que el Santo Padre siempre distingue a tan prestigiosa revista, pues no Le es desconocido el criterio sobrenatural con que ella trata de iluminar las conciencias en los humanos acontecimientos, realizando así un valioso apostolado.

Que el Señor les otorgue siempre y en abundancia sus dones. Así lo pide Su Santidad, en tanto que, como muestra de paternal agradecimiento, concede a V., a sus colaboradores y a los lectores la Bendición Apostólica.

Reiterando las seguridades de mi distinguida consideración, quedo

de V. seguro servidor

Sr. D. Fernando Serrano
Director de "Cristiandad"

BARCELONA

NI INMOVILES NI ACTIVISTAS*

(Del artículo publicado bajo este título, firmado por E. Freixa, número 241, 1 de abril de 1954.)

En el primer número de CRISTIANDAD, y firmado con el seudónimo de *Fraxinus Excelsior*, apareció un artículo del autor de estas líneas titulado "Elogio del diálogo y de la tertulia". En él, además de los elogios genéricos implicados en el título, se precisaba que fue en una tertulia donde nació la peregrina idea de hacer salir a la luz esta revista que, como decíamos en nuestra contribución al primer editorial, *no venía a llenar un vacío sino a crearlo*.

Esto sucedía en primero de abril de 1944. Hoy, hace exactamente diez años, hemos de dar en primer lugar gracias a Dios de que aquella tertulia, con coherencia y asiduidad variables, justo es decirlo, se haya mantenido íntegra; ni desviado, ni fallecido, la tertulia no ha perdido ninguno de sus miembros; sobre todo, hemos tenido la suerte de que haya podido ser dirigida en todo momento por el reverendo padre Ramón Orlandis, S. I., cuyo octogésimo aniversario festejamos recientemente y que gracias a Dios se encuentra en pleno vigor físico e intelectual, sin que su asistencia nos haya faltado una sola semana así hubiese sido por enfermedad o ausencia. Con más hijos por una parte, y más canas y mayores responsabilidades por otra, somos los que éramos y estamos donde estábamos; la Divina Providencia así lo ha querido y a nosotros nos toca decir humildemente: *Laus Deo*.

* * *

(...)

El hecho de que esta revista haya tenido su origen en una tertulia se ha prestado en el curso de los años a distintas interpretaciones; para unos CRISTIANDAD es el exponente más genuino del "preteritismo" y probablemente casi todos sus lectores escriben en ella; para otros, puede constituir un peligroso germen, que se desarrollará con los años según vayamos descubriendo nuestras aviesas intenciones. Yo quisiera hacer ver que *Schola Cordis Iesu* es algo vivo, cuya vida es la misma que la de nuestras ideas y que nadie tendría razón de temer; para ello, exponremos objetivamente cómo CRISTIANDAD y *Schola Cordis Iesu*, han evolucionado en el transcurso de estos diez años.

* * *

En primer término hemos de poner de relieve la circunstancia de que infinidad de personas (no me va a ser

posible nombrarlas) han quedado de una manera tal seducidas por nuestro ideario, que se han unido a nosotros y en muchos casos nos han superado en nitidez de ideas y profundidad de estudio, asumiendo papeles de verdadera responsabilidad en nuestra redacción y llegando a ser valores de los más preciados en el mundo intelectual de España; séanos permitido aludir a la posibilidad de que algunas de estas vocaciones y de estas inteligencias hubiesen permanecido inéditas de no haber oído el llamamiento de CRISTIANDAD.

Este cotidiano aumento de efectivos (el presente número demuestra que sería injusto hablar de renovación*) ha resultado providencial; sin él, nuestra revista no habría conseguido la continuidad necesaria y de la misma manera que ello demuestra la vitalidad de nuestra obra, ha permitido que ella se desarrollara con mayor progresión.

Pero hay más; si bien en el transcurso de los años ha disminuido la asiduidad de algunos antiguos colaboradores que absorbidos por quehaceres propios y acaso también por la pesada tarea de sostener económicamente nuestra obra, han tenido menos oportunidades de continuar manifestando con una idéntica colaboración su unión espiritual con nosotros, de la misma manera y en la misma proporción, compañeros, procedentes o no de la tertulia, llevados de su vocación y renunciando a más remuneradas actividades literarias o docentes, han entregado su vida, con una dedicación total, a nuestra obra. Gran parte de nuestra revista es redactada hoy por "profesionales". Sin ellos, no se habría podido realizar además la pesada tarea material de presentar al público durante diez años una revista como CRISTIANDAD, de tan perfecto aspecto tipográfico; muchos "aficionados" tampoco habríamos publicado ciertos ensayos si los "profesionales" no hubiesen recopilado con paciente laboriosidad la documentación, a veces casi imposible de hallar, que para ello necesitábamos.

Para asegurar en lo posible la continuidad de nuestra obra en lejanos futuros y a medida de las ocasiones que se han presentado, *Schola Cordis Iesu* ha ido estableciendo unas becas que alcanzan desde facilitar el estudio de los primeros años de bachillerato hasta financiar la preparación de tesis doctorales; tales becas, de muy varia importancia económica, tienen como principal finalidad formar en nuestro ideario personas de adecuada preparación intelectual.

(...)

Hay que añadir que además de editar libros, también los compramos: el promedio de casi dos mil títulos anua-

* Nota de la Redacción: En este núm. 241, además de la de E. Freixa, figuran las firmas de Luis Creus, Jaime Bofill, Pedro Basil y Mino-
ves García-Die.

les ingresados en nuestra biblioteca constituye el más expresivo de los datos.

¿Que de dónde sale el dinero? La mitad es un milagro y de la otra mitad nada se sabe. CRISTIANDAD se vende a un precio que por lo menos no llega a los dos tercios del que debiera ser en comparación del peso y de la calidad del papel que usamos y del coste de la suscripción de otras revistas en España. CRISTIANDAD es también la publicación especializada de mayor circulación de España, y sin duda la primera revista española en cuanto a su lectura en el extranjero, excluidos los semanarios. Por ello, y a pesar de lo escaso de los anuncios, CRISTIANDAD casi podría vivir con sus propios medios; sin embargo, la proliferación de actividades que ha nacido al calor de esta revista ha elevado nuestras necesidades a cifras cada vez más impresionantes; que Dios ayude a nuestros favorecedores.

Poco hubiese sido nuestra revista si sólo la hubiésemos hecho nosotros y nuestros continuadores. Figuras ilustres, identificadas con nuestro ideario, han encontrado en CRISTIANDAD una tribuna que han creído adecuada, y nos han enaltecido empleándola. Hemos pedido, pero no mendigado con insistencia, las colaboraciones, y hemos de excusarnos de no haber sabido, alguna vez, atender como era debido a eminentes personalidades.

(...)

Sería inútil afirmar una vez más que nuestro movimiento de filial unión al Papa y de serena consideración *sub specie aeternitatis* de la experiencia de la Historia es un movimiento esencialmente católico y por lo tanto es y debe ser esencialmente universal. El nombre mismo de nuestra revista la proclama, y sería inútil que yo in-

sistiese, porque si alguien cree que la devoción al Sagrado Corazón es una cuestión de latitud o que el Reinado de Jesucristo hay que esperarlo sólo en una comarca o sólo en una clase social, este alguien no debe de ser lector de CRISTIANDAD.

No ha de sorprender, pues, que CRISTIANDAD tenga suscriptores en más de cuarenta países a lo largo y a lo ancho de todas las partes del mundo y que mantenga intercambio con unas doscientas cincuenta revistas católicas y no católicas escritas en las más diversas lenguas. En el curso de unos diez años *Schola Cordis Iesu* ha establecido sólidos lazos con grupos extranjeros, cuya amistad hemos cultivado aprovechando viajes realizados en uno u otro sentido, y a los cuales enviamos hoy un fraternal abrazo en ocasión de cumplirse el décimo aniversario de nuestro primer número. Aparte de estas relaciones, hemos de agradecer a personalidades de renombre universal que hayan escogido a veces a nuestra revista para, a través de continentes y de mares, ver en ella publicados sus trabajos.

Finalmente, hay que hacer constar que además de nuestra participación al Congreso Internacional de Prensa Católica, con frecuencia hemos ido a Roma, bien en peregrinación, bien en viajes de carácter individual, viajes que siempre hemos aprovechado para escuchar las instrucciones de la jerarquía y arrodillarse a los pies del Sumo Pontífice.

(...)

Ésta es, querido lector, la pequeña historia de nuestro grupo; ni inmóvil ni activista; simplemente con vida, con una vida que no le hemos dado nosotros.

MANDATO DE S. S. BENEDICTO XV, QUE TOMA POR NORMA "CRISTIANDAD"



“Además, que ni en los libros, periódicos o discursos *ningún particular se arrogue, en la Iglesia, la condición de maestro*. Todos saben, ciertamente, a quién ha encomendado Dios dicho magisterio: a él solo le corresponderá el pleno derecho de hablar con libertad cuando quisiere; y es deber de los demás el escucharle con deferencia y prestar atención a cuanto dice.

Sin embargo, en modo alguno está prohibido a nadie, quedando a salvo la fe y la disciplina, sostener el pro y el contra, expresar y defender lo que opine, en aquellas cuestiones en las cuales la Santa Sede no haya emitido su dictamen. Pero que se procure alejar de tales disputas el apasionamiento del lenguaje. Fácilmente podría desprenderse de aquél grave detrimento para la caridad. En buen hora defienda cada uno libremente su parecer, pero con moderación; y absténgase, por sola esta causa, de acusar de sospechoso en la fe o de faltar a la disciplina a quienes sostengan opiniones contrarias a la suya propia.”

EN SEPTIEMBRE DE 1958

DECIAMOS AYER

(Editorial del número de homenaje al P. Ramón Orlandis, S. I., firmado por Fernando Serrano, Director.)

En el número correspondiente al mes de diciembre pasado, a renglón seguido de unas breves líneas de la Dirección, el R. P. Ramón Orlandis, S. J., escribía: «... los que tienen cargo de la Revista han resuelto suspender desde primero de »año, por un breve plazo de tiempo, su publicación, no con intención de preparar la supresión de ella, sino al contrario, para fomentarla y mejorarla».

Decíamos ayer... que CRISTIANDAD suspendía por un breve plazo de tiempo su publicación, y así había de ser. Eso se decía en diciembre, y en febrero ese mismo Padre Orlandis, maestro e inspirador de CRISTIANDAD, que anunciaba y preconizaba nuestra continuación mejorada, nos dejaba para pasar a gozar de las eternas y divinas Misericordias.

Comprensible será, pues, que la reaparición haya sufrido demora. Ese plazo de aparente inactividad ha sido luto, respetuoso silencio, concentración en sí mismo para encajar el golpe, ha sido, en definitiva, tiempo preciso para la superación por la conciencia de responsabilidad.

Así, muchas veces, nos lo solía decir el propio Padre Orlandis, refiriéndose a la conveniencia de entregarse sin restricciones y sin mesurar esfuerzos a la lucha por los ideales y fines de CRISTIANDAD: ...«sobre vosotros pesa una grave responsabilidad...». Y él sabía bien cómo, cuándo y por qué lo decía. Él presentía que un día u otro, quizá no lejano, habría de faltar, y que era necesario que la obra continuase, y que de tal continuación y de su eficacia habría de ser nuestra la responsabilidad...

Decíamos ayer... que reapareceríamos y aquí estamos. Entonces era sólo un propósito, ahora es un mandato...

* * *

Con todo y ser figura grande y genial, personalidad de las que dejan huella perenne, era por otra parte tanta su sencillez y retraimiento que nos hacemos cargo de que muchos serán los que se pregunten: Pero ¿quién era ese Padre Ramón Orlandis, S. J.?; y que otros se digan: ¿qué era el Padre Orlandis, de CRISTIANDAD?

Filósofo, historiador, escriturista, adalid incansable de la devoción al Sagrado Corazón, etc., le llamarían unos y otros según su respectivo punto de vista. Todas esas cosas juntas, y algunas más, se podrían decir con verdad de él respondiendo a la primera pregunta.

Para quienes no le conocieron y trataron servirá de referencia y orientación este nuevo y primer número de CRISTIANDAD, en el que algunos de aquellos aspectos de su personalidad intelectual, junto con la humana y espiritual, serán desarrollados. Para los que le vieron y oyeron el número se justifica por sí solo; será como el dulce y amargo paladeo del bien perdido, que sólo después de perdido se valora en su verdadera magnitud.

¿Qué era el Padre Orlandis, de CRISTIANDAD?, nos preguntábamos hace poco. La cuestión no es nueva; ya desde un principio fue formulada por muchos. Dejémosle que sea precisamente él mismo quien nos dé cumplida respuesta.

Hace más de trece años, en nuestros comienzos y en el número 27, correspondiente al 1.º de mayo de 1945, bajo el título de «Advertencia Previa» apareció

un artículo firmado por el R. P. Ramón Orlandis, S. J., cuyos dos primeros párrafos contienen toda la explicación y respuesta. Decía así:

«Quien esta advertencia suscribe, no es por cierto el Director de la Revista; »no es siquiera — aunque algunos quieran creerlo — quien tuvo la iniciativa de »su aparición. Es, sí, desde los orígenes, el inspirador de la Revista; no hay para »qué disimularlo. Es asimismo, digámoslo así, su curador espiritual en la menor »edad. Claro es, dicho sea entre paréntesis, que ni inspiración significa escritura »al dictado, ni curatela, entorpecimiento de iniciativa o movimiento.»

«De ésta su relación con respecto a CRISTIANDAD se origina, y en esta relación se funda una ineludible responsabilidad: la de procurar con solicitud competente el bien de la Revista, que no es ni puede ser otro, sino el que ésta tienda »siempre a su fin, sin tropiezos ni desviaciones de orden espiritual.»

La curatela de menores es una institución por tiempo limitado. Dios quiso disponer de nuestro curador relevándole para tomarlo a otros modos de Su servicio. Que su Divino Corazón haga que sepamos ser y sentirnos mayores de edad. Nos alienta y estimula el saber que contamos con la bendición y aprobación de la Jerarquía.

SECRETARIADO DEL EPISCOPADO ESPAÑOL

EL OBISPO SECRETARIO GENERAL

INSTITUTO SOCIAL LEON XIII

(Ciudad Universitaria)

MADRID

10 agosto 1958

Sr. D. Fernando Serrano.

Director de CRISTIANDAD.

Barcelona.

Amadísimo en Cristo:

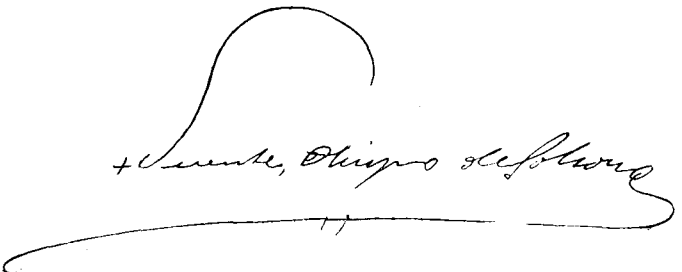
He recibido con verdadera satisfacción la noticia de que va a reanudarse próximamente la publicación de esa revista que siempre había seguido con extraordinario interés.

Estoy convencido que en esta segunda etapa seguirán las mismas orientaciones que tan maravillosamente supieron realizar en la primera y que se distinguirá como entonces, por su fidelidad a la doctrina de la Iglesia y por su sumisión absoluta a la Jerarquía.

Con mucho gusto les bendigo al reanudar la publicación y pido al Señor que les dé acierto y fortaleza para continuar fieles a su lema "al reino de Cristo por la devoción a los Sgdos. Corazones de Jesús y María" con la misma firmeza con que lo hicieron hasta ahora.

Affmo. s. s. en Xto.

+ Venente, Obispo de Barcelona



VEINTE AÑOS - CUARENTA AÑOS

(Del artículo de Luis Creus Vidal publicado en abril de 1964.)

Renace la paz

1939 volvió a encontrarnos reunidos. Habíamos caído, a D. g., el temporal. Sólo faltaban dos, los dos mejores. Sus discípulos Planas y Anguera. Y el Padre nos dio una señal, ante los nuevos tiempos.

Con santa audacia, alargó el nombre, antes tan modesto, de "Schola".

En adelante se había de llamar "Schola Cordis Jesu". Con esto se dice todo.

Cumplía los veinte años.

Y fue entonces, o poco después, al conjuro de esta señal cuando nació nuestra Revista.

«Cristiandad»

Llevando, consigo, algo como un signo de predestinación. Predestinación, digámoslo incluso humorísticamente, un tanto despreocupada. ¡Qué cosas tiene la Providencia! Es sabido que la primera idea de fundar una Revista nos vino en ocasión de habernos sido solicitada una como colaboración hacia un semanario infantil. En el fondo, no hay aquí ningún despropósito. CRISTIANDAD nunca ha sido — perfecta imitadora de Santa Teresa de Jesús Niño —, si se mira bien, otra cosa que infantil. Porque si en lo humano no hemos llegado a más, en lo sobrenatural no nos contentamos con menos, porque bien sabemos que, si no nos hacemos como niños, nuestra labor será estéril. Jesucristo nos lo advirtió de una vez para siempre.

¡Qué cosas tiene la Providencia! Entre bromas y veras, sin ningún adalid propiamente dicho, la idea de la Revista cuajó. Y cuajó venida de arriba. El propio Padre Orlandis, su inspirador, decía, y era verdad, que no era su autor: de otra parte esta aseveración, que ahora quizá choque a algunos, no extrañará a quienes conocieron la despreocupación, la total falta de proselitismo humano, que caracterizaba a nuestro Padre, en su absoluto abandono santo. Mas, ante este caso de "generación espontánea" el Padre vio la mano de Dios. ¿No había luchado tanto, su venerado antecesor, el Padre Ramière, para lanzar una Revista auténtica, la Revista del Reinado de Nuestro Señor Jesucristo mediante la devoción a su Corazón divino?

He aquí que, lo que, pese a su formidable personalidad, pese a todas las ventajas de riqueza, de influencia intelectual que da todo cuanto se edita en Francia, lo que no pudo conseguir un Padre Ramière de resonancia

universal, iba a conseguirse aquí, en una Barcelona, rincón entonces — 1944 — del mundo, en una España aislada y empobrecida por las guerras, carente de toda influencia mundial, publicación cuitada, y, para decirlo en forma más concreta, huérfana de suscripciones y de los más elementales medios de difusión.

«Ville Mystérieuse...»

En un momento de expansión, un día, cerca del Padre, le ponderábamos la feliz expresión de un escritor francés que calificaba, profundamente, a Santa Teresa del Niño Jesús, la Santa del Papa Pío XI, la Santa de nuestro Padre, como de "Fille mystérieuse". Y he aquí que, de repente, el Padre se levanta como iluminado. Y, mostrándonos Barcelona, nos dice: "He aquí, y de otra manera, una 'Ville mystérieuse'".

Porque en ella, nuestro Padre — e insistía sobre este punto —, tenía la seguridad absoluta de que habían un día los tiempos de ver al Corazón divino, tal como anuncia la profecía del Padre Hoyos. Y en primer plano de la misma. Reinando, incluso dentro de la predestinada España, con mayor veneración aún si cabe.

Este dulce "leit motiv" del Padre nos ha quedado muy adentro. Poco importa que Barcelona, creciendo extraordinariamente, desarrollándose actualmente en unas proporciones relativas que no han conocido ni un São Paulo ni un Los Ángeles, haya, en cambio, perdido su categoría y su personalidad de gran ciudad para convertirse, tan sólo, en una ciudad muy grande, gris y amorfa. Sabemos que Dios jamás se arrepiente de sus promesas.

Un día — ya CRISTIANDAD tenía ocho años — la Providencia nos quiso dar uno como destello y prueba de que, cuando Dios quiere, todo estalla. Como surgió la luz a su primer mandato, a su "Fiat". Mandad, Señor, vuestro Espíritu, y todas las cosas vivirán. Y fue así que vimos, efectivamente, un día, la luz del Señor sobre la ciudad layetana. Y recordamos el vivo consuelo que ello produjo a nuestro Padre, ya por aquel entonces decadente, por edad, en su salud. Barcelona se iluminó, en 1952, con motivo del Congreso Eucarístico. Su homenaje a Jesús sacramental fue sin precedentes en el mundo entero. Algo así como un santo escalofrío nos recorrió, haciéndonos atribuir a la Ciudad condal aquel "Levántate e ilumínate, oh Hija de Sión!!!". Y vimos que las esperanzas de nuestro Padre eran fundadas.

Pocos años después le perdíamos para la tierra. Le ganábamos empero, pues estaba más cerca de nosotros

que nunca. ¿No fue la mejor prueba aquella inesperada e inverosímil resurrección de CRISTIANDAD, tras el colapso de 1958, precisamente el año de su tránsito?

¡Y ahora, veinte años!!

¿Qué diremos ante esta celebración?

Si hemos de ser sinceros, tendremos que reconocer, y precisamente para nuestra mayor confusión y reconocimiento, que esta Revista es una "Revista misteriosa" dentro de la misteriosa ciudad.

Quien no acierte a verlo, es que no conoce todas las peripecias y estrecheces de nuestra publicación, cuya pervivencia es humanamente tan inexplicable como lo fue su nacimiento espontáneo.

Es cierto que la Providencia nos ha favorecido, visiblemente, mandándonos Delegados suyos, llenos de generosa caridad: un Sáenz Díez, un Modolell (que habrán recibido su premio en el Cielo), un Minoves y otros también, cuya modestia no quisiéramos herir, incluyendo unos impresores magnánimos y paternales. Mas ni aún con tales beneméritos Delegados se explica lo que sólo puede hacer el dedo de Dios.

¡Que aquellos que, investidos de autoridad y de influencia, tienen especial deber de observar, lo vean así!!!

Ante los tiempos duros que se avecinan: ¡qué responsabilidad la de negligir esta arma que es CRISTIANDAD, la Revista que el Padre Ramière soñó, que tanto hubiera querido tener para sí!!!

No hay otra más pobre si se atiende a los que formamos su redacción.

Pero en cambio no hay otra cuyo contenido — en aquello que, como misterioso maná, es caído del cielo — sea más rico.

Hay quien ha ponderado, quizá excesivamente, nuestros primeros números. Sí. Es verdad: son dignos de ser leídos. Mas, observadlos bien. Su valor literario no puede ser más modesto. Tienen un único mérito: su especial perfume. Porque era el "perfume" del Padre Orlandis, con su santa espontaneidad. El tema, la intención monográfica de cada número, aparentemente desordenados, deslabazados, ofrecen, sin embargo, un conjunto, una unidad maravillosa. Es vida auténtica.

Mejores han sido, después, los números de la época de plenitud. Y, ¿por qué? Precisamente porque cada vez había menos de nuestra cosecha y más de la eterna. Más de este enorme tesoro que constituyen las enseñanzas pontificias y los autorizados autores cristianos. Tanto fue así, que se nos achacó, y quizá no sin motivo, el mote de "Copiandad". Recuerdo que nuestro Padre, lejos de ofenderse, acogió este mote con humilde júbilo, por cuanto veía en ella la fidelidad de nuestra Revista a su símbolo: la campanita. "¡Clama, ne cesses!". ¡Una campanita, la nuestra, una de tantas de las alegres esquilas que en la Iglesia repican alegremente llamando a los hijos a acudir a la casa del Padre!

* * *

Entre tanto, ¡veinte años! En este tiempo, el Mundo ha visto extenderse, lenta pero inexorablemente, entre traiciones y tropiezos, al Comunismo, antaño sólo patrimonio de Rusia, hoy, exactamente, de la mitad del Orbe, así en extensión como en población sobre todo. Ha visto, en cambio — no todo es negro en el balance —, brillar con nuevos resplandores el prestigio de la Iglesia. Ha oído las enseñanzas maravillosas del grande y sabio Pío XII. Y ha sentido la llamada paternal y tierna de aquel anciano inolvidable, genial artífice del Concilio, con su personal magnetismo sin precedentes: Juan XXIII. ¿Qué hubiera dicho, de él, el Padre Orlandis? El pueblo, que también tiene su corazoncito, ya lo tiene entronizado... Y, en fin, ha visto, quizá como nunca, revivir a Pedro en Paulo VI quien, por vez primera después de dos mil años, ha decidido volver. Volver a las mismas orillas del lago de Genezareth, donde quedó constituido en pescador de hombres, para escuchar, renovadas, las consignas de su adorado Maestro... y oír, otra vez de cerca, los latidos de su Corazón que, dos mil años después, ha querido mostrarse a los hombres, a través de Paray, más a lo vivo aún, si cabe, que lo que hizo durante su mortal vida...

De nuevo Jesús le ha preguntado a Pedro, en las orillas del mismo lago, "si le amaba más que éstos". Y esta vez Pedro, por boca de Paulo VI, habrá podido añadir que, dos mil años después, y por la vía de aquella pobre monjita de la Borgoña, conoce, si cabe, mayores secretos de amor aún. Aquellos que aquel gran Corazón reservaba para "los últimos tiempos".

«... Amb ànsies tempestuoses idolatrà el delit...»

En ocasión de uno de sus memorables ejercicios, una vez, en Vallvidrera, en plena intimidación, el Padre nos anunció, con la santa naturalidad del que da una cita no lejana, que nos esperaría, en su día, en la puerta del Cielo. Esto se habrá cumplido, ciertamente, para nuestros mejores compañeros, para Sáenz Díez, para Modolell, para Peyra. ¿Qué pláticas de "Schola", allí en todo derecho "Schola Cordis Jesu", pues que se halla al lado del gran Corazón, el Padre dará a los suyos? ¡Con qué fervor nos imaginamos a nuestro Padre, a nuestros compañeros, unidos a aquel coro santo que reclama a Dios (Apoc., 6-10 a 11) con impaciencia su reinado y su justicia, y a los que se les responde diciéndoles que descansen aún en paz durante el tiempo necesario para que se cumpla el número de cuantos han de ser testigos de Cristo! En la gloria, la personalidad individual no se extingue, y la de nuestro Padre pervivirá con aquellas inquietudes que tanta semblanza le daban a aquel otro gran paisano suyo, tan incomprendido en su tiempo también, Ramón Llull. Que ambos tenían mucho de común. Tanto, que nos permitimos atribuirle aquella estrofa de Costa y Llobera.

“Que sols passions immenses aquell gran cor nodria amb ànsies tempestuosos idolatrà el delit!”

Ellos están cerca del Corazón de Cristo, y ellos, a duras penas, aún y en la gloria, reprimirán su impaciencia. No tenemos escrúpulo ante esta afirmación; puede parecer fuera de los cánones, mas Santa Teresa del Niño Jesús afirmaba que, por lo que a ella concernía, no quería conocer el descanso, allí en lo Alto, hasta tanto no estuviese completo el número de los elegidos.

«Las esperanzas de la Iglesia». Y nuestra esperanza

Entre tanto nosotros, pobres viadores, nos aprestamos a remontar otros nuevos veinte años más de CRISTIANDAD. E imitando a Eliseo, ¿cuál habrá de ser el nuevo espíritu que solicitemos de nuestro Elías?

¿Cuál habrá de ser, sino que nos conceda las virtudes necesarias, las primeras de todas las teologales? Mas, precisamente, al llegar aquí, queremos impetrar precisamente aquella que nos parece la más personal del Padre. La que quisiéramos constituyese su especial legado. Un legado, hasta ahora, poco gustado quizá.

¿Cuál será?

¿Será la Fe? No. Tengamos esta osadía de proclamarlo. Para nosotros los hombres de “Schola”, los que escribimos, hombres de poca fe, sí que nos es necesario pedirla. Pero para la Revista, creemos poder afirmar, con santo atrevimiento, que este don ya le está concedido. Porque forma parte esencial de la misma. Sin ella, no hay Revista: es su médula. Dios no dejará flaquear este don, ya consumado. En nuestro número clave, el 73, del año 1947, nos ungió, con su bendición, su Prelado, y, bajo el signo de la Cruz, estampó de una vez para siempre:

“Y no cederá un punto en su ortodoxia.”

¿Será la Virtud de las virtudes, la mayor, la Caridad? Quizá tampoco. Claro que la pedimos. Ella es la consumación de todo. En el Cielo, ella, gran Océano, absorberá las otras, como el Mar absorbe los más poderosos ríos. Mas esta Caridad tiene algo de consumación, de triunfo, de punto final. De ella vivimos y en ella crecemos, mas su plenitud definitiva sólo la hallaremos cuanto lleguemos, como el Padre nos prometió, a su cita en la puerta del Cielo.

¿Cuál será, pues, si no es propiamente la Fe ni aun la Caridad, el legado que pedimos a nuestro Elías?

* * *

Este legado debe ser el de la segunda gran Virtud.

La menos conocida. Pero la más esencial en los “viadores” que luchan en el tiempo.

La de nuestro Padre. La que era su alma, su aire vital. La Esperanza.

Significativamente. ¿Cuál ha sido, después de su muerte, la más destacada cosa realizada por nuestra Revista? Precisamente la edición de la obra en la que Orlandis se amamantó: “Las Esperanzas de la Iglesia” del ínclito Ramière, el gran Predecesor.

En aquel citado número clave 73, de 1947, aparece un artículo fundamental de nuestro Padre. “¿Somos pesimistas?”, en el que afirma su “Optimismo nuclear” en tanto da la definición de lo que es su “Teología de la Historia”. Y es un escrito lleno de sobrenatural y joven alegría. Es un artículo de quien cree y ama, y que, por tanto y entretanto, espera.

Todo, en Orlandis, fue concatenado, vital e informado de unidad. Precisamente por cuanto su alma y su vida lo constituyó la escuela de Santa Teresa del Niño Jesús — los latidos de aquella Santa que aspiraba a ser “Le Coeur de l’Eglise” — precisamente por esto, es que nos dio a conocer que la virtud de la Humildad es una sola cosa con la virtud de la Esperanza.

CRISTIANDAD por tanto debe ser la Revista de la Esperanza humilde y de la Humildad esperanzada. Que confía en aquella suprema promesa: “Reinaré, a pesar de mis enemigos”. Y cuyo lema es éste: “Venga a nos el tu Reino”.

La Esperanza, virtud la más desconocida de nuestros tiempos: y que no nos fallará, porque, a nuestra vez, esperamos que se nos conceda. Aquí la redundancia es justificada. Humildemente — una vez más todo es lo mismo — esperamos la Esperanza. Y ya, prenda de la misma, que ella no fue vana, la tenemos en los momentos presentes, cuando un Juan XXIII y un Pablo VI nos inundan con ríos impetuosos que alegran la Ciudad de Dios.

Y nos refuerzan para próximos y más duros combates. Porque nuestro optimismo no debe ofuscarnos. Negros nubarrones se ciernen; mas el Capitán divino no nos dejará, ni aun ante una nueva invasión de las tinieblas. Siempre resuena su omnipotente aliento: “Mas no temáis; que Yo ya he vencido al mundo”. Porque la figura del príncipe de este mundo pasará, y su gloria se convertirá en nada.

Y, como que sabemos esto de antemano, con el divino auxilio, esperaremos, si es necesario, contra toda esperanza.

Barcelona, 28 de febrero de 1964

Al llegar la revista CRISTIANDAD a sus veinte años de vida, me complazco recordando sus inicios y contemplando la fecundidad de aquella mi primera bendición y mis votos hechos realidad en los volúmenes que, siempre fiel al pensamiento y a los objetivos que se propusieron sus fundadores, ha mantenido esta publicación católica, cuyo lema es “instaurare omnia in Christo”.

Gregorio, Arzobispo-Obispo de Barcelona

DESPUES DEL CONCILIO

Alentada por misteriosos signos de esperanza, y abrumada por dolores de los que nuestro P. Orlandis hubiera dicho que no son de agonía sino de parto. Así vive la Iglesia después del Concilio.

Pequeña célula en el cuerpo de la Iglesia, participa CRISTIANDAD en el sufrimiento y en la esperanza. Con convicción modesta y como aportación al diálogo entre los que militan el servicio de Cristo Rey, y no por jactancia polémica, nos parece oportuna la fecha en que la revista celebra sus bodas de plata para el intento de expresar algunas aclaraciones y tomas de posición.

* * *

La pregunta que hoy se formula a CRISTIANDAD, en actitud entre perpleja y hostil, por quienes tal vez no interpretan bien nuestra perseverancia, es si su orientación no será divergente o incluso incompatible con la línea conciliar que concreta el espíritu de la Iglesia en nuestro tiempo.

Planteada ahora en torno a temas más radicales y en un horizonte de mayor universalidad, la pregunta es análoga a la que se formulaba ya desde la aparición de esta revista: CRISTIANDAD sostiene, se decía entonces, doctrinas y posiciones que fueron características de la Iglesia en el siglo XIX, y no las propias del pontificado de Pío XII.

En realidad los lemas y maestros del ideario y de la espiritualidad de los que había nacido y vivía esta revista — por la formación recibida en *Schola Cordis Iesu* por sus fundadores —, eran precisamente *los del pontificado de Pío XI*: Cristo Rey y su Sagrado Corazón, conforme a la doctrina expuesta en encíclicas, cuyo precursor había sido ciertamente el decimonónico fundador del Apostolado de la Oración, nuestro P. Ramière; Santa Teresita del Niño Jesús, la “estrella” de aquel gran pontífice y del fundador de *Schola Cordis Iesu*; San Ignacio de Loyola, con la espiritualidad de sus Ejercicios, tan central en nuestra vida y según la mente pontificia; Santo Tomás de Aquino, guía de los estudios, doctor universal, y a quien en verdad podían llamar su maestro nuestro Padre Orlandis y nuestro Jaime Bofill.

El culto al Sagrado Corazón de Cristo Rey era además el alfa y omega del Papa Pío XII. Pero en los largos años entre la *Summi Pontificatus*, en que había sido esto proclamado, y la *Haurietis aquas*, parecía haber dos razones en favor de nuestros objetantes. Hablábamos nosotros del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús

con mayor frecuencia que el papa. El papa hablaba de muchas otras cosas, de las que CRISTIANDAD parecía ocuparse poco.

Éramos no obstante constantemente alentados y bendecidos en nuestra tarea por la Jerarquía — recordamos con gratitud el apoyo del Dr. Gregorio Modrego — y por la propia Santa Sede. En este número conmemorativo pueden verse algunas de las bendiciones que nos dirigió Mons. Montini en nombre de S. S. Pío XII. La respuesta a las objeciones, por lo demás, era fácil.

Unos seglares cristianos formados en el seno del Apostolado de la Oración podían sentir que su vocación específica les exigía mantener alzada una bandera que sabían haber recibido de la misma Iglesia. Por otra parte, entre la alfa y la omega que en esta bandera se ostentaban, la atención del padre común de los fieles tenía que dirigirse en todas direcciones. A nosotros, desde nuestro modesto lugar en el mundo cristiano, nos incumbía el deber, que quisimos siempre cumplir fielmente, de adherirnos a sus orientaciones y enseñanzas, y de trabajar también en todo aquello en que pudiésemos aportar algo, según nuestros conocimientos y situación concreta en la Iglesia y en el mundo.

* * *

Otra objeción de signo contrario se hacía también entonces a CRISTIANDAD. No se comprendía qué relación hay entre el culto al Corazón de Cristo Rey y la complejidad de temas históricos, filosóficos, literarios, políticos y sociales de que se ocupaba. Se hubiera querido una revista piadosa y de doctrina espiritual. Nos veían como demasiado distraídos de lo eterno y de lo interior y vertidos sobre lo histórico y lo político-social.

Toda la teología de la historia y la profesión de fe y esperanza “en una realización del reinado de Cristo sobre la tierra con perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora” se hacían sospechosas o al menos sorprendentes. Algunos, más entendidos, denunciaban una tendencia de mesianismo terreno y recordaban que la Redención había sido consumada de una vez para siempre en el Calvario y en Pentecostés.

Esta objeción era entonces más difícil de contestar, a pesar de la abundancia de textos del magisterio eclesialógico expresivos de las esperanzas de la Iglesia. Ahora nos encontramos más bien en la necesidad de llamar la atención, desde las páginas de una revista seglar de finalidad “social”, hacia lo eterno y lo interior, y hacia la mismidad de Cristo, “ayer, hoy y siempre”, cuando

nos invade la pseudoprofecía de un evangelio social, de un Cristo del futuro, y parece tenderse hacia una teología de la muerte de Dios.

* * *

Podríamos, si fuese necesario, poner a Dios por testigo de que los redactores de *CRISTIANDAD* aceptamos y nos adherimos filialmente a lo que la Santa Madre Iglesia Jerárquica ha realizado en el vigésimo primer Concilio Ecuménico Vaticano II, con la misma total y ferviente y serena entrega con que veneramos el mensaje divino de los veinte concilios anteriores.

Pero a nadie se oculta que mientras el Vaticano II se celebraba, y después del mismo, se ha hablado mucho de cierta línea o espíritu en cuyo nombre se desprecian no sólo los conceptos dogmáticos “del pasado preconciiliar”, sino algunos de los mismos actos oficiales del Concilio. Con esta pretendida “línea conciliar” se ha dicho que están en oposición muchas enseñanzas y preceptos de la Iglesia de hoy: María Madre de la Iglesia; la teología de la *Mysterium fidei*; la enseñanza moral de la *Humanae vitae*; el Credo del pueblo de Dios; las decisiones romanas sobre el catecismo holandés; la voluntad de la Iglesia sobre el celibato sacerdotal.

Por esto es ardua y difícil, y también oportuna y urgente, la tarea a que nos sentimos llamados ahora, después del Concilio.

Nuestra revista se fundó con el propósito de ocuparse preferentemente de una zona temática en la que nos exponíamos a ser acusados de “beatos” por los políticos y de “políticos” por los beatos: la teología de la historia; la necesidad de la gracia para la ordenación de la sociedad temporal; el deber de una actuación temporal consecuente para la plena fidelidad a la gracia; el concreto despliegue histórico de la ciudad de Dios; la vocación cristiana de los pueblos...

Más que nunca nuestra tarea de seculares entregados a la tarea de la instauración del reino de Cristo ha sido puesta en luz por el Concilio Vaticano II, en una línea en la que, por deber de gratitud a Dios, hemos de reconocer que nos preparaba ya la formación recibida de nuestro P. Orlandis.

Más que nunca hemos de ser, por lo mismo, una revista vertida sobre toda la problemática histórica y social que esté a nuestro alcance abarcar. Sobre estos temas tenemos un estilo y un sistema de opiniones que

deberemos ir aportando al diálogo entre los cristianos de nuestro tiempo en el contexto del mensaje conciliar.

La presencia de la Iglesia en el mundo moderno y la marcha hacia la gran unidad que parecen anunciar los signos de los tiempos son ideales que nos mueven desde lo más íntimo. Quien estudie atentamente la grandiosa obra unitaria que es la revista en sus veinticinco años — *podemos y debemos elogiarla quienes no fuimos sus fundadores y tenemos en cambio que agradecerle toda nuestra orientación intelectual y apostólica* — comprenderá la verdad de lo que afirmamos. De modo especialísimo se dará cuenta del significado central que atribuimos en la obra del Concilio a sus declaraciones sobre el ecumenismo y sobre la vocación del pueblo de Israel.

Pero si tenemos que ser ahora más que nunca sinceros en una zona especialmente expuesta a lo polémico, nos encontramos además ante la necesidad de insistir en una tarea especialmente arriesgada.

En nombre de la “desmitificación” se va negando la resurrección de Cristo y la Virginitad de María. Se profesa una religión no sobrenatural. Se difunde un cristianismo no religioso. Se niega el Dios viviente y eterno en quien creemos, el Padre, el Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo; a María Madre de Dios.

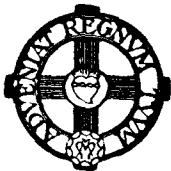
Nuestra fe es la de la profesión de Paulo VI, que es la de la Iglesia. No tenemos autoridad sobre quienes, desde puestos que les permiten la apariencia de hablar con autoridad, desprecian el lenguaje con que se expresa la fe del pueblo de Dios o tal vez desconocen lo que por aquel lenguaje se significa: el misterio cristiano revelado y dogmáticamente definido.

Tampoco tenemos, ni la tiene nadie tampoco, autoridad para considerar como opinables tales doctrinas. Nos queda sufrir y orar con y por los Pastores de la Iglesia; y sufrir y orar por nosotros y por nuestros hijos. Pero debemos también ser fieles a la vocación de defender la fe verdadera y ortodoxa, en una circunstancia en que la ortodoxia misma es acusada de dividir a los cristianos.

* * *

Como hace veinticinco años nos sentimos alentados, en el propósito de “obrar la verdad en la caridad” a penetrar cada vez más en la devoción al divino Corazón en cuyo amor hemos creído, y a luchar, fortalecidos por Él, por la dilatación de su reinado sobre los individuos y sobre las sociedades.

F. C. V.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Mayo 1969

GENERAL. — Que las innovaciones que el Concilio Vaticano II pide se hagan de modo que a los fieles se les lleve a un conocimiento y amor más perfecto de Cristo y la Iglesia.

MISIONAL. — Por la fecunda evolución del apostolado laical en las misiones.

MONUMENTO DEL CERRO DE LOS ANGELES

Bodas de oro; bodas de plata.

Hace cincuenta años España fue consagrada oficialmente al Sagrado Corazón de Jesús en el monumento levantado en el Cerro de los Ángeles, centro geográfico de la península.

Hace veinticinco años nació en Barcelona la revista **CRISTIANDAD**, inspirada por el P. Ramón Orlandis, S. I. y fundada por los miembros de Schola Cordis Iesu (regida también por el P. Orlandis) dedicada al estudio de la Teología de la Historia; a la formación de Celadores del Apostolado de la Oración y a cuantas disciplinas se derivaran o tuvieran relación con el apostolado seglar, fin principal de la obra.

La feliz coincidencia de estas dos efemérides permite destacar la íntima relación que existe entre **CRISTIANDAD**, que puso junto a su título el lema: **AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCIÓN A SU SAGRADO CORAZÓN**, y el acto realizado en el Cerro de los Ángeles que inicia, por lo menos en el deseo, que la **SOBERANÍA SOCIAL DE JESUCRISTO** sea un hecho en nuestra nación.

Y porque **CRISTIANDAD** cree y confía que el reinado de Cristo ha de venir por la devoción al Sagrado Corazón se une entusiasta a la celebración del cincuentenario de la Consagración de España efectuada en el Cerro de los Ángeles y acoge con gozo el libro **NUEVA LUZ**, publicado recientemente y del que el P. José Caballero, S. I., hace la presentación como *Un trabajo en equipo de jóvenes*.

Con su acostumbrada maestría y perfecto conocimiento de *las actitudes de reserva y aun de repulsa, ante un culto reiteradamente avalado por el Magisterio*, el P. Caballero nos dice al presentar los autores del libro (Jesús

Marín, Luis García, Jesús Oloriz, de la Congregación de Corazonistas) que son jóvenes *“en pleno ambiente universitario de Salamanca”* y que *“los de la actual generación verán con sorpresa que, lejos de poder juzgar el tema como anticuado, hemos de descubrir en él valores siempre nuevos, capaces de despertar el entusiasmo en almas jóvenes”*.

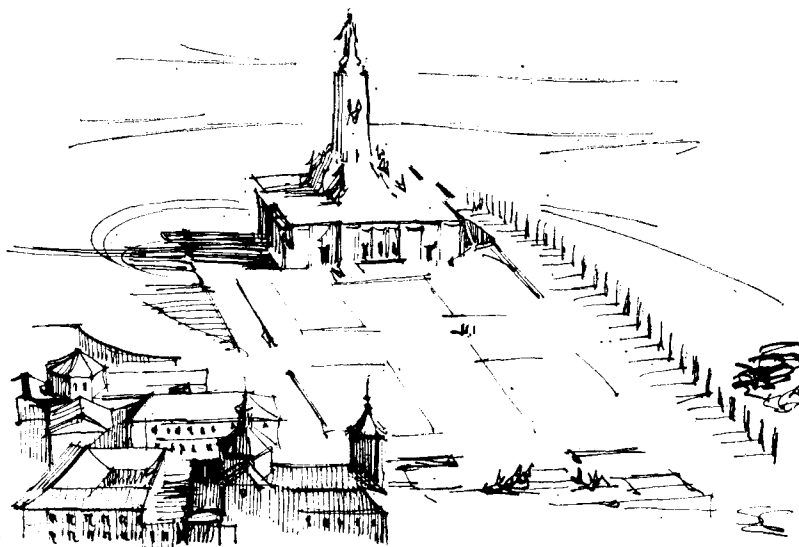
Tres “antenas” tiene España *evangelizadoras de los infinitos tesoros del Corazón de Jesús: El monumento del Cerro de los Ángeles; El Templo de la Gran Promesa*, en Valladolid; la expresión de desagravio expiatorio en el *Templo del Tibidabo*. El Papa Juan XXIII, en su Mensaje de 21 de octubre de 1961 se refiere inspiradamente a estos tres santuarios llamándoles *“tres jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español expresando sus sentimientos de amor y comparación con el Corazón de Jesucristo”*.

Junto a estas tres “antenas”, junto a estos “tres jalones gloriosos” que marcan el camino hacia el reconocimiento de la soberanía social de Jesucristo, **CRISTIANDAD**, a los veinticinco años de su fundación renueva el propósito de ser fiel a su vocación, señalada ya desde el primer momento y proclamada en su lema.

Y alienta y mantiene esta esperanza el equipo de jóvenes redactores de **CRISTIANDAD** que actúan ya mientras se forman en **SCHOLA CORDIS IESU** en la línea en que se formaron los “antiguos” y son garantía de continuidad en la misma actitud: estar al día *“sin ceder ni un punto en su ortodoxia”*.

Nuestros felices augurios a esta promoción juvenil para que dentro de otros veinticinco años en plena madurez pueda celebrar las Bodas de Oro de **CRISTIANDAD**.

M. A. L. S.



SCHOLA CORDIS IESU

(Del artículo firmado Minoves-García-Die, publicado en el número 331, septiembre 1958.)

Ha pasado el verano de 1942. El avance de las tropas del Eje ha llegado a su punto culminante. Ocupan la mayor parte de Europa. La misma Rusia legendariamente invencible ha tenido que replegar sus tropas ante el avance de los Panzer que están a las puertas de Moscú y Stalingrado.

Nuestro P. Orlandis tan sensible a todos los episodios humanos, por cuanto veía en ellos el dedo de la Providencia escribiendo las verdaderas páginas de la Historia, reúne cada día a la tertulia de "Schola", para leer los artículos de los principales diarios que nos llegan de toda Europa y comentar las últimas noticias de los frentes oídas por Radio.

Sin duda que a algunos de nosotros a veces se nos iban los ánimos hacia uno de los bandos beligerantes suponiendo que de su victoria dependía una mejor ordenación del mundo. Era entonces cuando la voz maestra del Padre nos decía:

"Querer escoger en estas circunstancias es como elegir entre dos enfermedades que nos propusieran. El problema de la Sociedad actual, es más hondo, hay que verlo, a la luz del Vaticano, "sub especie aeternitatis".

Siempre recordaremos la magnífica lección que recibimos cuando refiriéndose al problema judío, tan envenenado durante la contienda, nos dijo:

"Ni el antisemitismo de los países del Eje, ni el filojudaísmo del bando contrario. Los judíos nos han de merecer el juicio de San Pablo en su carta a los Romanos (cap. XI): "Cierto es que, en cuanto al Evangelio, son enemigos en interés vuestro; pero, en cuanto a la elección, son muy queridos por causa de sus padres."

Y así en cuantas cuestiones tocábamos, nos decía:

"Hay que sobrenaturalizarlo todo, incluso nuestra visión del Papado."

Pero, ¿podía quedar su lección reducida a una tertulia? ¿Si nos acuciaba una responsabilidad social, era para que permaneciéramos pasivos?...

En la fiesta de Cristo Rey, 25 de octubre de aquel 1942, nos reúne y dice:

"...tenemos por cierto que Jesucristo centra en la devoción al Sdo. Corazón el remedio social del mundo actual y que como consecuencia del triunfo de esta devoción ha de venir la época profetizada de paz y prosperidad en la Iglesia, coincidente con el Reinado Social



de Jesucristo; pues bien, Dios que no hace nada porque sí, no nos da esta luz para satisfacer nuestra curiosidad, sino para que nuestra actuación sea en consecuencia.

"Yo desearía que sintierais la responsabilidad de es-

to, responsabilidad que comparto en mayor grado todavía y que cumpliré mejor o peor pero que me obliga a hacérsela valorar en lo que representa.

"... También, cada uno en el grado adecuado, ha de mantener relaciones con la organización, o cuerpo externo, del Apostolado de la Oración. El Apostolado de la Oración no debe ser un cuerpo con espíritu sino un espíritu con cuerpo... En la comunión con la organización del Apostolado está la garantía, os lo aseguro, de la continuidad de "Schola", en el caso en que por muerte o traslado os faltara mi orientación."

Y van sucediéndose los días, y aquella tertulias van cristalizando en una idea.

El 7 de enero de 1943 nos dice:

"... Venimos estos días tratando de la utilidad de publicar una revista que fuera una comunicación seria pero no magistral, de nuestros anhelos y esperanzas en el Reinado de Jesucristo; una especie de exteriorización de nuestro "ensueño" como hacían los Apóstoles al hablar de lo que debía ser la Sociedad Cristiana..." "... el sentimiento y conocimiento de que Jesucristo "tiene Corazón" ha de ser la salvación del mundo actual; sólo este Amor puede traernos la paz que esperamos... Nótese que los intentos de atracción de la Sociedad que hasta ahora se han hecho, se fundan en la siguiente idea: consintamos en tomar algo de sus errores — poco veneno no daña — a trueque de poder comunicarle nuestros alimentos; cuando la verdadera solución es al revés: intransigencia absoluta con todo veneno y abundancia libérrima de alimento verdadero. Así tenemos el ejemplo del P. Ramière cuya fórmula podemos decir que era: el Cristianismo no ha venido a suprimir nada de lo propio a la naturaleza humana sino a jerarquizarlo todo en un orden de valores conducente al fin sobrenatural."

La obra

Aquel Apostolado de la Oración, aquellas tertulias, aquella "Schola", han dado por resultado esta "Cristiandad" que tanto amó el P. Orlandis. Esta expansión social de la doctrina que él nos dio, viene a ser *la vocación de todos*, y compendia perfectamente aquella doc-

trina de Santa Teresita del Niño Jesús en su Capítulo XI de la "Historia de un alma" que el P. Orlandis en su reunión del 28 marzo 1943 *al dar las normas para CRISTIANDAD* comentaba diciendo:

"El pasaje siguiente debe ser meditado íntegro por los miembros de "Schola", que hallarán en él luminosas ideas sobre su vocación" y fue exponiendo todo el célebre pasaje de "las vocaciones":

"¡Oh, Jesús! Ser vuestra esposa, ser carmelita, ser madre de las almas por mi unión con Vos... me debería contentar con esto. Sin embargo, siento en mí otras vocaciones; me anima la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Quisiera ser misionera, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos..."

"Porque estas aspiraciones me eran un verdadero martirio, revisé un día las Epístolas de San Pablo a fin de encontrar algún remedio para mis ansias. Explica el Apóstol, como todos los dones, aun los más perfectos, no son nada sin el Amor... La caridad me dio la clave de mi vocación. Entendía yo que si la Iglesia posee un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más excelente de todos los órganos: pensaba que ella tenía un corazón y que este corazón ardía en llamas de amor... Mi vocación es el amor. Sí, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia... Me están prohibidas las obras brillantes: no puedo predicar el Evangelio ni derramar mi sangre, ¿qué importa? Mis hermanos trabajan y ocupan mi lugar, y yo, muy niña, me aposento próxima al trono real: *amo* por los que combaten... te suplico *que inclines tu mirada divina sobre una multitud de almas infantiles y te pido que te escojas en este mundo una legión de víctimas humildes dignas de tu AMOR.*"

Es muy significativo que al fundar la revista *CRISTIANDAD*, exponente de la vocación "social" del grupo "Schola Cordis Iesu", vuelve el P. Orlandis a encuadrarnos en el llamamiento de Santa Teresita, tal como hizo al fundar este grupo que, como escuela de Celadores del Apostolado de la Oración, venía a llenar más la vocación individual en el espíritu de la devoción al Sdo. Corazón de Jesús.

Nota:

Sobre este mismo tema ver los artículos de Luis Creus Vidal *PREHISTORIA DE CRISTIANDAD*, número 5, 1 junio de 1944; *MÁS PREHISTORIA DE CRISTIANDAD*, número 21, 1 febrero 1945; *TRES DÉCADAS, CUATRO FECHAS*, número 241, 1 de abril de 1954.

Para conocer la espiritualidad de "Schola Cordis Iesu" es indispensable la lectura de: *TRES ETAPAS EN LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN*, del P. Ramón Orlandis, S. I., escrito en 1934 con el título de *PENSAMIENTOS Y OCURRENCIAS* (ver *CRISTIANDAD*, número 368, octubre de 1961).

EL IDEAL DE NUESTRA REVISTA DEFINIDO
POR EL P. ORLANDIS, S.I., FUNDADOR DE
SCHOLA CORDIS IESU

OPTIMISMO NUCLEAR

(Del artículo ¿SOMOS PESIMISTAS?, del número 73, 1 de abril de 1947.)

Optimismo nuclear

A quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora, le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo docete omnes gentes: *haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro magisterio, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.*

Cada vez se ve con luz más clara que el deseo de Jesucristo manifestado en su Iglesia y por su Iglesia es que este ideal saludable y levantado penetre no tan sólo en el alma de los sacerdotes y de los religiosos consagrados a Él con vínculos especiales, sino que también oriente y vitalice el espíritu de todo cristiano. No es otra la significación de la Acción Católica. ¿No se habría de definir la Acción Católica como la movilización general del pueblo cristiano? y ¿es posible una auténtica movilización general sin que el pueblo movilizado sienta vitalmente el ideal que le moviliza? y ¿es posible el entusiasmo por un ideal, sin la fe en este ideal, en su virtualidad, en la posibilidad de su realización?

Todos los números de CRISTIANDAD son una profesión de fe y de esperanza en este ideal. Los redactores ordinarios de CRISTIANDAD, los que constituyen el núcleo de la Redacción, deben en buena parte su formación a los libros en que el P. Enrique Ramière nos ha legado su pensamiento y su espíritu. CRISTIANDAD no se considera, ni se puede legítimamente considerar, como órgano oficial ni oficioso del Apostolado de la Oración, cuyo segundo y definitivo fundador fue el P. Ramière; pero hay que reconocer que trae su origen del Apostolado, que en el Apostolado halla su fuerza y

que en el Apostolado encuentra la concreción de su espíritu.

Formados, los que constituyen el núcleo de la Redacción, en Schola Cordis Iesu, y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición "Adveniat Regnum tuum", es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida "El Reinado social de Jesucristo". Natural fue que para ello acudieron a las obras del P. Ramière. Éste, en sus luminosos tratados intelectuales no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos; hace ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano, y acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha trazado a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y para esto, estudia la Historia no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo San Agustín y Bossuet, fue quien primero le dio el nombre adecuado y lleno de significación de Teología de la Historia.

Ahora bien, los miembros de Schola Cordis Iesu se aficionaron a esta ciencia y se esforzaron en adquirirla con ecuaníme seriedad. De aquí tuvo origen una serie de conferencias o lecciones dadas por mí con libertad de espíritu, porque tenía bien conocida la capacidad, la prudencia de mis oyentes y su inquebrantable y humilde adhesión a la autoridad y a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. En estas lecciones hubimos de tratar de todo: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de escritura. Con qué provecho, podránlo juzgar los lectores de CRISTIANDAD.

Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro sino el de formar celadores del Apostolado de la Oración, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del P. Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del P. Ramière y suponía una incomprensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios.

EL LEGADO DEL PADRE ORLANDIS

El P. Francisco Segura, S. I., Director de "Schola Cordis Iesu" desde 1958 hasta su muerte en 1968, exponía el ideario del P. Ramón Orlandis, S. I., en el número 331 (septiembre de 1958).

Mucho se ha dicho y repetido últimamente que los hombres de ahora se desentendían de la devoción al Sagrado Corazón. En la prensa francesa primero y en la española después, pudimos leer una lista de cargos que, para explicar tal actitud en *el hombre moderno*, se hacían a la devoción y a su propaganda. Eran varios, entre los que no faltaban el de tratarse de una devoción blandengue y el de que el arte cristiano no había acertado todavía a encontrar expresiones adecuadas del objeto de su culto. Confesamos que todos los motivos aludidos nos hicieron poca fuerza. Si existe esa desgana, si son muchos los católicos que no estiman como es debido la salvadora devoción tan hecha a la medida de sus almas es, a nuestro entender, porque no se predica bastante de ella a los hombres y es escasa la literatura sobre el tema expresamente escrita para ellos. Pero mirándolo mejor veremos una segunda y más profunda causa del hecho lamentable. Se da al pueblo cristiano una idea incompleta, un concepto mutilado de la devoción al Sacratísimo Corazón. Se la desviriliza y desmedula al presentarla sin su carácter social. Se le quita su carácter *de bandera de combate*, que tremolada por los Sumos Pontífices y en especial León XIII, Pío XI y Pío XII, quiere alistar a todos los hombres en las filas católicas o para hablar el lenguaje del actual Vicario de Cristo, en la Cruzada para un mundo mejor.

El resultado de esa desdichada actitud de mutilar y reducir el alcance social y político de la salvadora devoción al Corazón Sagrado, a la vista está. Por una parte, la devoción así desfigurada, nada dice a las almas varoniles, que la tienen por femenil o trasnochada. Por otra, cuando en los jóvenes cristianos se despierta la vocación — es la palabra justa — social y política, el deseo de influir en el mundo para mejorarlo o reformarlo, no se les ocurre inspirarse en el programa de Jesucristo, que desconocen del todo o en parte, sino que se encandilan tras los señuelos de los programas laicos. ¿Qué mucho es que oigamos después que nuestros universitarios, para hablar de los de España, optan por soluciones totalitarias, democráticas o socialistas? Todo les parecerá bien menos la Política Católica, cuyos fundamentos doctrinales, inseparables de la doctrina del Reinado Social de Jesucristo, ni han oído mencionar. Ya se ve que las consecuencias de esa omisión de parte de los que tienen la misión de formar a los jóvenes son de alcance que bien podemos llamar pavoroso. Como que se trata nada menos que de la instauración o proscripción del Reinado de Cristo en las instituciones públicas.

Yerran pues los que hablan de la devoción al Sagra-

do Corazón de manera que dan a entender que se trata tan sólo de una práctica ascética de uso personal, como podrían hablar, por ejemplo, del examen particular o del ejercicio de la presencia de Dios. Por su profundidad, debe sí, penetrar en todos los estratos de la vida espiritual e impregnar, por decirlo así, todas las prácticas del devoto del Sagrado Corazón, pero la proyección familiar y social de la devoción al Corazón de Jesús forma parte innegable de su contenido, tal como nos lo enseñan el mensaje de Paray, la Liturgia, las enseñanzas pontificias y la doctrina y práctica de sus apóstoles.

La consagración por León XIII, del humano linaje universal y colectivamente considerado, es fruto de la devoción al Divino Corazón, es su corona y remate. La introducción o establecimiento canónico por Pío XI de la fiesta litúrgica de Cristo Rey, es decir el reconocimiento pleno y solemnisimo de su soberanía, brota de la misma fuente: la devoción al Sagrado Corazón difundida y arraigada.

El P. Orlandis vio claramente y desde larga fecha todo el alcance antedicho. Midió certeramente la obli-



gación de enseñar a todos los fieles, principalmente a los jóvenes universitarios, llamados a influir en la vida política y social, toda la dimensión individual y extra-individual de la devoción al Sagrado Corazón.

La persecución de fines inmediatos, la excesiva preocupación por una eficiencia a corto plazo es el mal general de las organizaciones católicas de tipo intelectual. La formación sólida de hombres capaces de una influencia profunda exige un proceso de maduración que no puede improvisarse ni dejar de exigir muchos años. La visión real de este problema es propia de los hombres magnánimos que, si saben que son las ideas las que mueven el mundo, tampoco olvidan que, en última instancia, el que lo mueve es Dios, y que Dios no tiene prisa. Los hombres pasamos, las instituciones, si se fundan bien, pueden durar siglos. Este pensamiento parecía haberlo bebido el P. Orlandis en las Constituciones ignacianas. Por eso, nada fue tan extraño al P. Orlandis como el activismo y la agitación. Fuertemente anclado

en los principios, veía fluir lo anecdótico con la misma impasibilidad con que sentía fluir en su mente el proceso lógico de las premisas y las consecuencias. Para él, genial teólogo de la Historia, toda la Historia era sagrada. Los dos Testamentos divinos se prolongaban en la Historia de la Iglesia y era siempre el mismo Dios quien escribía recto aunque fuera sobre pautas torcidas. Su conocimiento pasmoso de la Historia, lejos de anclarle o detenerle en lo pasado le daba un personal sentido de la vida que todos reconocían en él. Acaso por esta razón, más que escribir libros, prefirió formar hombres. No descuidó la pluma, pero atendió más a la cátedra y a la dirección intelectual y espiritual.

Pero siempre y en todo un ideal servido con fidelidad ejemplarísima: AL REINADO DE CRISTO POR LA DEVOCIÓN A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA. Ésta nos parece ser la lección suprema de su vida y el legado irrenunciable e indivisible que nos ha dejado.

UNIVERSALIDAD Y ARRAIGO TRADICIONAL

“...Fadmirable doctrina tomística en que l'experiència i la raó van sempre agermanades, ... perseverant sempre en el nostre país, ha sigut el sosteniment i l'ànima del pensament nacional clar, serè, enèrgic, pràctic, assimilador i conciliador...”

TORRAS I BAGES

★ ★ ★

CRISTIANDAD, nacida en Barcelona, ha participado siempre íntimamente del espíritu tomista que según Torras y Bages es el alma de nuestro pensamiento (1).

Nuestras páginas se han abierto con repetida insistencia fruto de una sentida necesidad, al estudio de la obra del Maestro y del Santo. El mes de marzo nos ha visto salir casi siempre con una renovada preocupación por ahondar más en su pensamiento filosófico y teológico. Son los artículos de Jaime Bofill “ACTUALIDAD PSICOLÓGICA DE LA FILOSOFÍA DE SANTO TOMÁS”, número 216, “SAPIENTIA CORDIS”, número 375. Los de Francisco Hernanz “IDEAL DE LA EDUCACIÓN NATURAL EN SANTO TOMÁS”, número 28, “UN TOMISMO PONDERADO”, número 119, y los de tantos colaboradores que a lo largo de sus páginas han querido dejar plasmado el fruto de su estudio sobre figura tan nuclearmente constitutiva de nuestro pensamiento.

Esta devoción a la doctrina del Doctor Angélico tuvo su inspirador en el P. Ramón Orlandis y un ilustre continuador, en nuestro Jaime Bofill. Fue precisamente en el banquete celebrado para festejar el triunfo de Jaime Bofill en las oposiciones a la cátedra de Filosofía del Instituto Milá y Fontanals en el que surgió la idea de fundar la revista CRISTIANDAD. A él se debe no sólo su iniciativa sino lo más selecto de su contenido (2).

(1) Véanse a este respecto los núms. 362 y 425-426 que CRISTIANDAD dedicó a la tradición catalana.

(2) Véase núm. 416, octubre de 1965.

Ver también: “Torras y Bages y el regionalismo”, de Juan Grenzner Montagut, número 69, 1 de febrero de 1947.



CRISTO-REY, IDEA-FUERZA POSCONCILIAR

Precisamente postconciliar

Quizá, dentro del acervo, del Legado de quien fue nuestro Padre, nada como esto descuella tanto por lo definitivo y genial: la definición del Programa Cristo-Rey como Idea-Fuerza.

Precisamente, por cuanto algunos pudieran considerar cuanto sea bandera del Sagrado Corazón y de Cristo-Rey como cosa ya fuera de actualidad, como ya desplazada, es que nosotros queremos levantarla, enhiesta de nuevo, más alta que nunca. Y referirnos otra vez a aquel artículo fundamental, escrito hace cuatro lustros, del Padre: "Actualidad de la Fiesta de Cristo Rey".

Y de actualidad vibrante. Osamos decir: precisamente postconciliar.

Des actitudes: de Pío IX a Paulo VI

Ensayemos una digresión, que quizás a primera vista parezca desplazada. El lector juzgará, luego, sobre su oportunidad.

El Padre nos había enseñado, y lo haría otra vez, con renovada vehemencia, a seguir — como comentamos poco ha —, el ejemplo de Veuillot. A gustar de la historia de la Iglesia como de la de nuestra Madre. Y no caer en los tristes "complejos" que hoy atormentan a muchos, sin duda, tan bien intencionados como cuitados. "Complejos" que les llevan a silenciar muchas cosas pasadas de la Iglesia, a echar sobre ellas un tupido velo por no conocerlas ni comprenderlas suficientemente; en la creencia de que es ahora, y sólo ahora, que nuestra Madre es demofílica, simpática y maternal. Tienen por criterio como si Ella acabase de salir de una "edad de hierro" que mejor es silenciar, ante pretendidas rutas neo-modernas y neo-liberales (y decimos "neo" por cuanto en realidad hay pocas cosas más viejas que la modernidad y el liberalismo).

No. Hermosa, y muy hermosa es la Iglesia del genial y a la vez campechano Juan XXIII y del sublime (pues merece esta palabra) Paulo VI. Pero no lo es ni más ni menos que lo era en las épocas de Pío IX y de León XIII. Como igualmente lo era en la de Gregorio VII luchando contra los Emperadores tiranos, o del propio Pedro, sufriendo pasión bajo Nerón. Si actualmente en sus caminos logra el premio de una mayor popularidad y simpatía, ¡tanto mejor!: no es ni más ni menos la Providencia que remunera, no sólo a nuestros Pontífices actuales, sino a los que les precedieron, y que con su esfuerzo y su cruz hicieron posible el actual estado de cosas, que es el fruto de casi dos Milenios y de la gloriosa e ininterrumpida cadena de más de trescientos Vicarios de Cristo, cadena, por lo común, coronada de fatigas y de calvarios.

Y es por esto que nosotros, aquí, quisiéramos ahondar en un aspecto quizá poco meditado: el cotejo y parangón entre, por ejemplo, Gregorio XVI y Pío IX — que la leyenda pinta como intransigentes — y nuestros contemporáneos Juan XXIII y Paulo VI.

Y veremos que, en definitiva, la postura de unos y de otros no puede ser, en el fondo, más idéntica a sí misma. Más gallarda. Demostrémoslo a la luz de la Historia, en capítulo que podríamos titular: "Las gallardías de la Iglesia".

Las gallardías de la Iglesia

Muchos somos los que ignoramos, los que no atinamos a comprender, precisamente, cuán gallarda fue la actitud de la Iglesia en el siglo XIX igualmente a cuanto lo es ahora. Gallardías de intrepidez ante el enemigo traidor; gallardías de amor ante el enemigo venido a menos y ante la turba que siente hambre.

La Iglesia, Esposa del León de Judá, comparte las dotes de su divino Esposo: León terrible ante el enemigo falaz; Cordero tierno para, no sólo los amigos, sino para el enemigo vencido.

Quienes hablan de la "intransigencia" de Gregorio XVI o de Pío IX, de conocer mejor la Historia, no sólo no procurarían silenciarla como si se avergonzasen de ella, sino que, por el contrario, deberían admirarla. Porque la fuente de lo que llamamos "intransigencia" en aquellos Papas, es, exactamente, la misma de lo que hoy llamamos "comprensión" en los nuestros.

¿Por qué razón vemos a aquellos Papas, como más tarde Pío X, aparecer como campeones de una pretendida intransigencia? ¿No es así — detalle que la Historia, aún reciente, conserva con toda clase de probadas anécdotas — que Pío IX, no le cedía en campechanía al "contadino" José Roncalli? Pues por una razón muy sencilla, que, como todos los grandes servicios, muy presto se olvidan. Si aquellos grandes Papas del siglo XIX y San Pío X fueron calificados hasta de cascarrabias — excúsenos la "boutade" en aras de la claridad —, fue, sencillamente, por haberse visto obligados a defender a la Iglesia, al Redil que les estaba encomendado, hasta con las uñas, ante los ataques más insidiosos y terribles que haya jamás desencadenado el lobo infernal.

Se atina muy poco a recordar la gallarda — excúsenos también que nos hayamos enamorado de tan justo adjetivo — actitud de aquellos Papas, solos, inermes, ante una Europa a menudo revolucionaria, y siempre hostil, aun de parte de sus príncipes. Pío IX, en especial, se halló siempre abandonado ante y de parte de todas las Potencias. Ni una sola dejó de perseguirle. Inglaterra, la eterna maquiavélica, de los Palmerston, Gladstone y Disraeli, no dejó jamás de alentar a sus enemigos, tanto tras los bastidores como delante de ellos. Francia, primero con Napoleón III, el eterno conspirador y viejo carbonario, le traicionó siempre, olvidando su papel de "Hija primogénita", para convertirse luego, con la III República, en franca enemiga suya. La unidad de Italia se desarrolló bajo el mayor aparato anticlerical que se haya nunca presenciado, hasta arrebatarle todos sus estados y bienes.

La otra unidad, la de Alemania, había de culminar

en el "Kulturkampf". La poderosa y lejana Rusia, aun cuando reaccionaria, era cismática. Tan sólo la pobre Austria-Hungría — el único estado señorial y en cierto modo cristiano, bien que no exenta de pecados — fue una excepción, pese a que harto trabajo tenía en sostenerse a sí misma. Cinco enormes potencias enemigas para una sola, débil, más o menos favorable.

El león del Vaticano

Y es en este mundo hostil que, rodeado de lobos, atacado y acorralado, el Vicario de Cristo — notablemente Pío IX primero y San Pío X después como Buen Pastor, defiende su rebaño. Y la Iglesia, Mujer fuerte, se hace, bajo su consigna, digna de su Esposo, y Leona de Judá. La Leona del Vaticano defiende a sus cachorros, a menudo, si hace falta, a zarpazos — uno de ellos, por ejemplo, fue el Syllabus —, enseñando sus uñas y sus dientes, que esto, precisamente, y sólo esto, demuestra auténtico amor a los hijos. Sola e inermes, importándole muy poco la popularidad, la simpatía mundial, la política, en una palabra.

Y precisamente el mundo, admirado ante estos zarpazos, hubo de callar primero, y descubrirse, respetuosamente, después. Esta heroica conducta llevó victorias y prestigios que las debilidades no hubieran jamás alcanzado.

Tampoco se ha atinado en reconocer este admirable hecho: en los efectos trascendentales de la I Gran Guerra, cambio crucial para la Humanidad toda. Pasó 1918, se trastornó la faz de Europa y del Mundo, se inició el Comunismo en su aspecto organizado y estatal (hasta llegar a cubrir gran parte del Orbe), y parecieron triunfar todos los gérmenes, y aun todos los frutos, de la gran Subversión. Pues bien, a pesar de esto, recogiendo el legado de la labor tan dura e ingrata de sus Antepasados, pudo el intrépido Pío XI — al que nos atrevemos a llamar el más formidable Papa de los tiempos modernos — dar a la Iglesia un renovado desarrollo, rejuveneciendo la Ciudad Santa y extendiendo sus límites por todo el Mundo, especialmente en los Estados Unidos, en países germánicos y anglosajones hasta entonces tan reacios.

Y el mundo acudió a Roma

Y, ¡cosa admirable! Tras la tremenda conflagración de la II Guerra Mundial, hemos presenciado un verdadero triunfo de la Iglesia: de todas partes se acudía, y se acude al Papa. Tras Pío XI, todo el Orbe venera a Pío XII. No se espanten los "anti-triunfalistas". Decimos las cosas pesándolas bien, y reconocemos cuanto vacío es confiar demasiado en triunfos que, en efecto, a menudo han sido sólo aparentes. Y no era nuestro Maestro, el P. Orlandis — precisamente, en este orden de ideas, tan tachado frecuentemente de pesimista — hombre para envanecerse con triunfos de oropel. Mas no siempre, a Dios gracias, los triunfos actuales o contemporáneos de la Iglesia han sido vacíos: también los ha tenido, y los tiene, de bien auténticos.

Los mismos avatares del Mundo han llevado las cosas a esta situación. La marcha de la Historia en una sola cosa es fatal (en esto, sí, somos "fatalistas"), y es, naturalmente, en la lógica, Siempre llega lo que tiene que llegar. Como decía y titulaba muy bien, tiempo ha un colaborador destacado de esta Revista, el dilema es fatal: "O Catolicismo, o Barbarie". La lógica, inexorable, formula a la larga que sólo pueden triunfar dos cosas: o la verdad entera, o el error totalitario y completo. Por dicha razón perecieron, casi por muerte natural, aquellos sañudos pero a menudo absurdos enemigos de la Iglesia tipo siglo XIX, pese a que tanto la hicieron sufrir (como a menudo lo logran más los mosquitos que las mismas fieras): anticlericalismos burgueses, patriotismos al uso, democracias radicales, librepensamiento descosido y, probablemente, muchas Sectas, otrora potentes, de contenidos más o menos fantásticos. Por lo menos, visible, sólo se alza, ahora un enemigo. Enorme sí, pero por lo menos definido y brutal, con caracteres de grandeza apocalíptica, en estos tiempos con dos cabezas: el gran Comunismo, en sus dos versiones: Rusa y China. Pero, paradójicamente, esta gran amenaza, forzosa y precisamente, provoca que, siquiera por instinto de conservación — como el chiquillo que busca protección ante el tremendo fantasma —, la Sociedad actual, los Estados de todo este complejo que llamamos "mundo libre", en sus renglones de "Occidente", "Tercer mundo", etc., parecen recurrir a la Iglesia como reclamando la sombra benéfica del árbol de la verdad y reconociendo en ella el único valor moral afectivo que resta.

La decadencia, por la misma razón, de otras Confesiones cristianas, es, por lo mismo, lógica e inevitable. Pocos, y entre sí mal avenidos, sin autoridad común, protestantes y cismáticos — a quienes no quisiéramos humillar ni regateamos, de corazón sincero, el título de hermanos separados en la espera de volver a vernos pronto reunidos — ofrecen el espectáculo, que está a la vista de quien viaja un poco, de la "capa caída" más completa. Aún y suponiendo una integración de todas estas Confesiones cristianas entre sí (cosa más que utópica, dada la radical diferencia de sus credos y de su mentalidad), incluso cuantitativamente, no llegarían a sumar un conjunto que alcanzase siquiera el nivel de una tercera parte del mundo católico.

Jamás la Iglesia, en los tiempos modernos, ha alcanzado un prestigio como actualmente. Hace un siglo, la Iglesia de Pío IX estaba afligida, como hemos dicho, por un avispero vil, por un enjambre de conspiraciones y de insidias que no la dejaban siquiera respirar. Hoy la Iglesia, majestuosa, tanto más cuanto se halle amenazada como la Humanidad toda, por la gran Subversión ateo-comunista, es un Faro al que otean con respeto los pueblos, y constituye, reconocida, la única Fuerza moral efectiva del Orbe. Precisamente por cuanto los peligros actuales revisten mayor grandiosidad real que los de antaño, es que la Majestad de nuestra Madre es más vi-

sible, aún y cuando amague la posibilidad de catástrofes apocalípticas.

Las gallardías de Juan XXIII y de Paulo VI

Y ha sido en este momento de triunfo, del máximo prestigio, cuando precisamente, la Iglesia ha renunciado espontánea (no forzada por nadie) y generosamente a todo triunfalismo. Ha sido ella, de motu proprio, no obedeciendo o siguiendo los “complejos” de los bien intencionados cuanto cuitados agoreros. No han sido éstos quienes le hayan impuesto su actual “antitriunfalismo”, ni menos circunstancia alguna adversa, ni cálculo demagógico, ni ninguna decadencia en su influencia política: ha sido Ella la que se ha avanzado gallardamente a apeaar todos los tratamientos, simplemente como buena Madre que desea hacerse lo más atractiva a sus ovejas de dentro, y para atraer, en un transporte de amor, a sus ovejas descarriadas o separadas en otros rediles.

Pío IX, de quien se olvida era tan campechano como Juan XXIII, hubiera, si se le hubiese dejado en paz, como éste, deseado las buenas noches al pueblo que le aclamaba, rogándole se fuese a descansar y encargándole un beso a sus hijos. Y, en cambio, este mismo Juan XXIII — cuyo valor de “contadino” bergamasco se demostró en sus difíciles legaciones en países sólo a medias civilizados —, de haber hecho falta, desde aquella misma ventana, de haberse enfrentado con el público enemigo que amenazaba a Pío IX, también hubiera repetido y echado en cara a la turba soez que le asesinaba sus ministros, y a los políticos traidores que le acechaban, aquel sublime desafío: “Non posso, non debbo, non voglio!!!!”.

Momento de triunfo, repetimos, pese a tanta prevención antitriunfalista. Y ha sido precisamente en estos momentos, cuando la Iglesia no tiene necesidad de nadie, y es más respetada — por lo menos momentáneamente — que nunca, que Juan XXIII y Paulo VI, como el Padre del hijo pródigo, se han volcado hacia fuera, han apeado todos los tratamientos, se han revestido de todas las formas y apariencias más humildes. Porque han adivinado que es el momento de salvar almas. Y, ante este designio, todo lo demás no tiene importancia ninguna.

Y el Papa pidiendo perdón...

Es admirable, y al mismo tiempo de risa, y de risa, por cuanto es tan profundamente admirable, ver la dignación, por ejemplo, de nuestro Paulo VI cabeza visible de una Sociedad perfecta que agrupa 500 millones de seres, queriendo tratar de igual a igual al buen patriarca Atenágoras cuyo redil, bien o mal contado, difícilmente llegará a la importancia cuantitativa de sólo dos o tres diócesis católicas, Barcelona, Milán, Sao Paulo. Ver la gentil consigna post conciliar de no humillar demasiado a nuestros hermanos separados; de un modo especial, por ejemplo, modificando algunos de nuestros ritos, quizá para chocar menos, en cosas accidenta-



les, a más de alguno de los prejuicios protestantes. Y, finalmente, es admirable haber presenciado la extrema humillación voluntaria de Paulo VI, al llegar a pedir perdón a nuestros hermanos separados por las posibles anti-comprensiones que se hayan podido registrar en la parte humana de la Iglesia histórica. Sublime sinceridad, que no puede menos que emocionarnos y arrastrarnos entusiásticamente: ¡el Sol, fuente de vida del universo, pidiendo perdón por si se ha observado en él alguna mancha! ¿Quién no se rinde ante esta humillación voluntaria, que no es otra cosa que un prodigio de amor del Padre que lo deja, lo olvida todo, pasa por todo y lo apea todo, con tal que el hijo pródigo vuelva a la casa paterna? ¡Ah! No se crea que nosotros — ahora vamos a ver cómo nuestro Padre Orlandis había, a su manera profetizado estos providenciales acontecimientos — seamos de los que criticamos toda esta nueva postura de la Iglesia y adoptemos otra postura nuestra reaccionaria. No. Bienvenido todo. Nuestro Padre Orlandis protestaba siempre de “no ser más papista que el Papa” y así debemos ser nosotros. Al revés del hermano mayor del hijo pródigo, debemos esforzarnos en comprenderlo, y en organizar la fiesta de su regreso, a veces, incluso con ceremonias nuevas más al gusto del arrepentido, adaptándonos en caridad, si hace falta, incluso a los estrafalarios gustos que adoptó cuando cuidaba cerdos,

según enseña la Escritura. Resignémonos, los que nos hallábamos tan bien, a nuestras anchas, y cómodos dentro del Arca de Salvación: la vuelta de nuestros hermanos nos dejará menos sitio, nos acarreará incomodidades; e incluso habremos de transigir, cuando haga falta, con ciertas cosas, por ejemplo, si los recién llegados nos aturden con sus melenas y sus guitarras. Aceptémoslo tan gozosa como resignadamente: todo sea por Dios que urge su salvación. ¡Que no se pierda por nosotros!

Misereor super Turbam...

Hemos dicho que en su día, escuchamos al Padre Orlandis cómo profetizaba de épocas a las que, en algún modo, hemos llegado ya. En parte sí, en parte no. Con su iluminada voz, nos anunciaba había de llegar un día en que, la Humanidad desengañada y sedienta, acudiría a la Iglesia. Y ésta, como buena Madre, abriría de par a todos sus puertas clamando: ¡¡Aquí estoy!!

Y esto nos lo decía el Padre relacionándolo, mejor dicho, vinculándolo esencialmente con el Sagrado Corazón, y con la Idea-Fuerza de su aureola, sin olvidar incluso su aspecto político y humano. ¡La Idea-Fuerza de Cristo Rey! Y nos recordaba, al respecto, los sublimes párrafos del gran Ramière trazando los planes de la Providencia para el Triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas. Y nos anunciaba que llegaría el día que seríamos testigos de las Misericordias de Aquél que exclamara: “¡Misereor super Turbam!!!”

Esto comenzaba ya a enseñarnos el Padre en aquella época crucial situada entre la Iglesia perseguida de los Píos IX y X y la actual expansionada de los Juan XXIII y Paulo VI. Precisamente bajo el Pontificado a que antes nos hemos referido, del formidable Pío XI, puente sobrenatural entre ambas riberas. Cuando estaba fresca aún su genial “Quas Primas”, instituyendo la Fiesta de Cristo Rey.

Y dando un impulso definitivo a los caminos, no sólo de la Iglesia, sino de la Historia de la Humanidad toda.

La gran revolución: Cristo-Rey, idea-fuerza

Los amantes de la modernidad y de las grandes revoluciones: ¿pueden soñar en algo más definitivamente moderno, enorme, potente, por eterno, que aquella institución de la Fiesta de Cristo Rey? ¿Se puede dudar que de ella ha salido, en definitiva — de la aquella sobrenatural y explosiva semilla — el gran Rejuvenecimiento de la Ciudad Santa, coronado por las enseñanzas deslumbrantes de Juan XXIII y Paulo VI y del Concilio? ¿Hemos de desaprovechar y olvidar aquella divina Fuente, de la que ha surgido el actual río impetuoso, con riesgo de que éste se seque? ¿No es toda esta explosión, precisamente, la renovada infusión del Espíritu Santo que el Corazón Divino — que es su Arca — nos envía?

Necesitamos Capitán. Necesitamos Bandera

Río y Fuente. Precisamente porque aquél necesita

la continuidad de ésta, es que se nos antoja ver cómo nuestro Padre Orlandis, con voz fuerte y genial — clama, ne cesses — de haber podido, se dirigiría hoy a nuestro clero joven, en esta eclosión de vitalidad que lo arrastra, no para detenerle, sino para señalarle la Fuente de donde debe continuar sacando la fuerza, el Ideal, el Fin sublime a donde debe dirigir sus anhelos.

Y les recordaría que todo movimiento humano necesita su Capitán y su Bandera. Quienes, por trasnochados prejuicios lo olvidan, ignoran lo que es la humana natura, y que ésta sólo avanza cuando se siente arrastrada por aquellos dos grandes Signos: ¡¡Vexilla Regis!!

¡A nuestros jóvenes sacerdotes!

Por inspiración de quien fue nuestro Padre, quisiéramos dirigirnos a vosotros, ¡oh, sacerdotes jóvenes y llenos de ardor que tanto nos edificáis con vuestro celo!, no para otra cosa, sino para señalaros, para rogaros, para recomendaros no olvidéis a quien es vuestro Capitán, y la que debe ser vuestra invicta Bandera, que, desde las meditaciones ignacianas, ha sido en la creciente vida cristiana, cada vez, algo más providencialmente tangible. Nadie mejor que vosotros, con vuestro sacrificio, sabéis que la vida es lucha. Lucha pacífica, sí, contra la guerra. Pero, para esto mismo, hace falta pelear. Cristo mismo hubo de profesar, en sus designios de paz — “la paz sea siempre con vosotros”, nos repetía —, que no traía la ficticia paz del egoísmo pancista, sino la guerra. Guerra contra los poderes enemigos, guerra contra el príncipe de este mundo, de este mundo por el que no rogó. Y vosotros necesitáis, para vuestro generoso y sublime designio, si queréis convertir al mundo, como en aquellas meditaciones antes expresadas, seguir, reclamar, poseer Capitán, alzar Bandera. No dudéis que los hombres seguirán mucho mejor a Cristo, hombre como ellos, que “al Cristo” quizá sólo símbolo. Y es que el hombre necesita un Jefe, que sea hombre como él, capaz de amar, de sufrir, e incluso de llorar. Y saber que este Jefe posee un Corazón muy grande — el Corazón de un Dios, pues que hemos descubierto que Dios tiene Corazón, y éste ha sido, no lo dudéis, el mayor descubrimiento de los tiempos modernos! —, que le comprende, que le compadece, y que, como el Capitán de la visión ignaciana, comparte, en primera línea, todos sus trabajos y sus fatigas.

En el acervo del Corazón de Jesús, sobre todo en su coronación como Cristo-Rey, tenéis la Idea-Fuerza que debe saber apropiarse vuestro juvenil ardor si queréis arrastrar a la humanidad toda. Acudid a él, alzad, repetidos, sus estandartes: “¡¡Vexilla Regis prudeunt!!!”

¡Oh sacerdotes jóvenes queridos, admirados nuestros, capaces de grandes epopeyas, si supieseis de Cristo Rey Idea-Fuerza, como Don de Dios!

¡Si gustaseis este Don de Dios!

El día que le conozcáis, este Don de Dios, el mundo será vuestro.

LUIS CREUS VIDAL

El precedente trabajo de Luis Creus Vidal alude a un fundamental estudio del P. Ramón Orlandis, S. I.:

SOBRE LA ACTUALIDAD DE LA FIESTA DE CRISTO REY

Número 59, 1 de noviembre de 1945. Por su carácter programático para nuestra tarea reproducimos algunos de sus pasajes.

Desarrollo de la idea

Pío XI tiene fe, fe viva e incommovible en la idea de Cristo Rey; para Pío XI la idea de Cristo Rey, del Reino de Cristo, es una de aquellas ideas-fuerza que se abren camino, vencen y avasallan; difúndase esta poderosa idea y ella conquistará al mundo, lo salvará de la ruina y le comunicará la paz verdadera, la paz de Cristo.

Mas, ¿de dónde viene a la idea de Cristo Rey este poder de victoria? ¿es algo nativo en ella o le sobreviene de fuera, de la libre disposición de Dios? ¿túvolo ya en todos los tiempos, en todas las circunstancias o requiere para su ejercicio la coyuntura actual?

La idea de Cristo Rey no es algo nuevo en la Iglesia; no es una nueva emergencia en la conciencia cristiana; su abolengo es tan antiguo cuanto lo es el cristianismo; tiene expresión vigorosa en las páginas del Nuevo Testamento; se encuadra como fórmula dogmática en el símbolo eclesiástico; se reza y se canta en la liturgia. ¿Por qué los Papas de entonces no atribuyen como Pío XI a esta idea una virtualidad especial? ¿podríamos imaginarnos un Papa, por ejemplo, de la Edad Media, instituyendo la solemnidad anual de Cristo Rey por una Encíclica QUAS PRIMAS y esperando de la difusión y conocimiento de la idea la salvación del mundo? ¿hubiera cristianizado más al mundo la idea del Reino de Cristo, que la idea de la Cruz?

Exponemos con alguna extensión la dificultad precedente, no tan sólo porque prepara la genuina explicación de la virtualidad de la idea de Cristo Rey, sino también porque no faltan panegiristas y aun tratadistas de la Realeza de Cristo que la declaran y enaltecen poco más o menos como lo hicieron en la Edad Media, salvo el estilo moderno y que apenas tienen en cuenta la particularísima, aunque circunstancial afinidad que el mundo actual tiene con ella.

La Realeza de Cristo es en verdad inmutable. La autoridad del Rey eterno no admite ni crecimientos ni vicisitudes; podrá sí ser reconocida por un número mayor o menor de súbditos; podrá ser acatada con mayor o menor perfección; mas los derechos de jurisdicción de nuestro Rey han sido, son y serán en todos los tiempos los mismos.

Despréndese de aquí que el significado, el contenido de la idea "Cristo Rey, Reino de Cristo" y por ende el de la fórmula verbal que la expresa es, ha sido y será siempre el mismo. No era diversa la Realeza de Cristo,

que veneraban y acataban los fieles de los tiempos antiguos, los de la Edad Media y nuestros contemporáneos.

Mas el contenido de una idea, de una fórmula verbal, sin variar en sí mismo, puede ser conocido con más o menos claridad, con más o menos precisión, con más o menos determinación. Si esto sucede a menudo con ideas y palabras de índole natural, no menos acontece con las ideas y fórmulas que contienen verdades reveladas. Y en esto precisamente consiste el desenvolvimiento legítimo y ortodoxo de las ideas reveladas y de las fórmulas en que se expresan. Tal ha sucedido y sucede por ejemplo con la idea del Cuerpo Místico de Jesucristo. Tal ha sucedido también con la idea de Cristo Rey, del Reinado de Jesucristo.

Al escribir estas líneas tengo ante mis ojos un libro inédito, escrito por un autor del siglo XVII, eminente y genial. En él estudia de propósito y con no escasa erudición los problemas concernientes a la materia que tratamos. Pero, ¡cuán inferior queda aquel tratado, si se coteja con el cuerpo de doctrina que suponen y resumen en sus Encíclicas los actuales Pontífices!

El desarrollo de las ideas, aquella descomposición mental que las particulariza y define, procede naturalmente del cotejo con otras ideas, de la combinación con ideas afines, etc. Pero lo más frecuente y normal será siempre que el desenvolvimiento de una de estas ideas pletóricas de sentido, cual es la del Reino de Cristo, no llegue a su plenitud, si no es al rozar con ideas afines, más aún, al chocar con ideas contrarias. Sólo cuando pueblos y gobiernos, práctica y teóricamente, directa y expresamente, rechazaron y negaron la soberanía de Cristo, ésta apareció fulgurante, fecunda y necesaria, en toda su plenitud y en toda su precisión, en sí misma y en sus relaciones. Ha sido necesario que llegaran los tiempos en que, como dice el mismo Pío XI en la Encíclica MISERENTISSIMUS REDEMPTOR, pueblo y gobernantes han clamado "no queremos que Éste, que Cristo reine sobre nosotros"; para que los fieles súbditos de Cristo a conciencia, dándose perfecta cuenta de su acto, respondieran con aquel otro clamor "es necesario que Éste, que Cristo reine, venga a nos el tu Reino".

Según este proceso, por el desenvolvimiento de la idea general, pero fecundísima, del Reino de Cristo, se ha formado todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social, en el cual a todos los problemas fundamentales de la vida pública — no de los de pormenor, ni de

los de índole técnica — se da solución, la única solución, la solución cristiana.

Actualidad psicológica de la idea

Con esto puede ya rastrearse de qué manera la idea de Cristo Rey ha llegado a ser en nuestros días la idea-fuerza destinada a salvar el mundo moderno.

En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturda y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busque para sus problemas de vida o muerte fuera de la que le ofrece Cristo Rey más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desengaños.

Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan ofrece al mundo, desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, de su amor de caridad por cuya falta la sociedad agoniza; y no es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social, que se basa en la soberanía de Cristo sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esto de la verdad que a nuestro humilde entender jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo.

Verdad es que la ignorancia religiosa es en muchísimos casos poco menos que absoluta; que el más vil materialismo embota muchísimas inteligencias y las ciega para que no puedan ver más allá de la materia; es verdad que el más absurdo escepticismo anula en muchas personas el vigor intelectual y perturba la orientación del pensamiento; es verdad que la *frivolidad dilettante* desdeña a conciencia el esfuerzo serio, necesario al bien pensar. Confesamos que tales extravíos mentales dificultan enormemente la inteligencia de la doctrina salvadora.

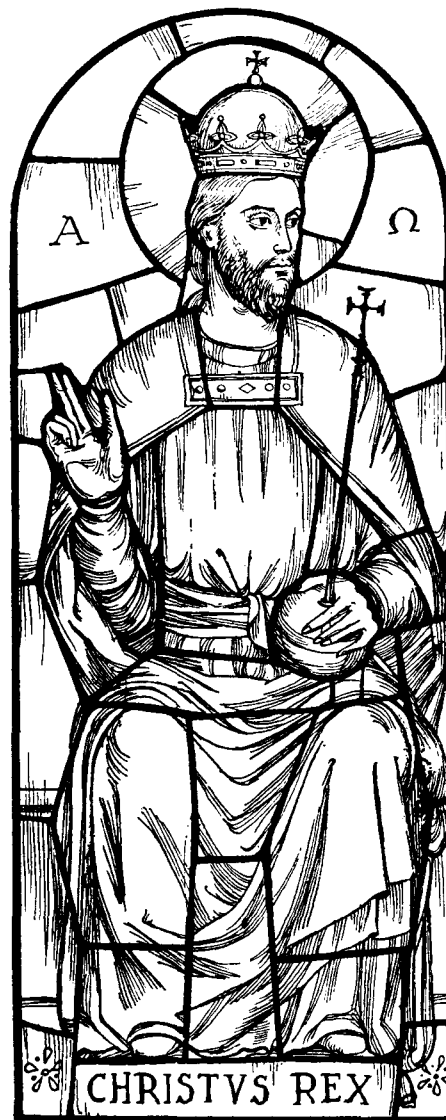
Pero también es verdad que hoy aún en el vulgo que llamamos bajo suele haber un grado de instrucción, no religiosa por desgracia, muy superior al que en ningún otro tiempo ha habido. Y esto especialmente es verdad en materias político-sociales. La lectura tan difundida aún en las clases inferiores, el interés por la política y la mayor o menor participación en ella; la actuación personal en la defensa de los intereses de clase, etc., suministran a la muchedumbre una notable cantidad de ideas, confusas en su mayor parte, absurdas en muchos casos, en casi todos desvinculadas, sin trabazón ni consistencia; mas a pesar de tanta pobreza la materia no les es desconocida, los tecnicismos les dicen algo, la misma presunción vanidosa les aficiona a instruirse más. ¿Por qué motivo no atenderán al apóstol que les declare la salvadora y sugestiva doctrina del Reino de Cristo

con tal que les hable con fe y convicción y acomodándose a su capacidad como encarga S. S.?

Si el apóstol que les habla sabe presentar la doctrina que transmite como la carta magna de Cristo Rey, que vive en el cielo y gobierna y quiere gobernar a los hombres para darles la felicidad verdadera y para unirlos en la paz, en la justicia, en el amor, ¿no se sentirán atraídos hacia tal Rey y por ende hacia su doctrina?

¿Por qué no hemos de tener la fe de Pedro, la confianza de Pedro, los que oímos de labios de Pedro el encomio de la doctrina del Reino, su eficacia salvadora, su actuación vital?

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice San Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan



a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de provi- dencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

En la Edad Media, ya pretérita, miraban los hom- bres en el Papa, y con razón porque lo es, al Vicario de Jesucristo; mas sucedió no pocas veces que su vista se fijaba en demasía en el Vicario, queremos decir en el hombre, y con esto se olvidaban de Jesucristo y así se sublevaban contra la supremacía del Papa, porque su orgullo les hacía ver en él a un soberano temporal que pretendía dominarles.

En la idea del Reino de Cristo nos parece ver inver- tidos los términos. En el primer término se nos presenta Jesucristo viviente en su Iglesia, viviente en su repre- sentante en la tierra. Si así llegara a mirarse por todo el mundo al Vicario de Jesucristo, se le vería siempre sobrenaturalizado, más aún, divinizado.

Ésta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta la indignancia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.

El Reinado de Jesucristo, la idea de Cristo Rey es de actualidad vital para el alma del género humano, es una *actualidad psicológica*.

Actualidad providencial

La esperanza de que el mundo quiera aceptar el Rei- nado de Jesucristo fundada en su actualidad psicológica, no tenemos por qué negarlo, deja al espíritu en zozobra. Tantas veces ve el hombre lo que le conviene, lo aprecia en lo que vale, se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza. ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien? Mas he aquí que viene en nuestro socorro a corroborar las esperanzas un nuevo elemento de fe. ¡La Providencia divina! ¡las promesas de Paray-le-Monial!: ¡Reinaré a pesar de mis enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en el oído de San-

ta Margarita. ¿Cómo las entendía la santa? No lo sabe- mos de cierto. Algo nos dice de ello aquella promesa de Jesús en una de las grandes revelaciones: allí habla con más claridad; allí anuncia que su designio no es otro que la ruina del imperio de Satanás y la implantación en las almas del imperio de su amor.

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta la santa, la Devoción al Divino Co- razón pedida en las revelaciones, pero la idea del Reino más bien parece esfumarse. Mas llegado a su mitad el siglo XIX, al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y pre- cisión.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras: "Reinaré a pesar de mis enemigos". Y se inicia la corriente, que es cada día más crecida, de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Je- sús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisolu- ble brotan dos fórmulas ya usuales: *por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo*; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: *el Reinado del Corazón de Jesús*. Y esta devoción y es- peranza de los fieles estriba principalmente en las pro- mesas de Paray.

Y son los Papas mismos, Vicarios de Jesucristo en la tierra, los que también parecen dejarse arrastrar por la corriente de devoción y esperanza; los que alientan ahincadamente las esperanzas de los devotos del Co- razón de Jesús y en sus públicos documentos manifiestan paladinamente su esperanza y no dudan en apoyarla abiertamente en las revelaciones de Paray. Y el Pontí- fice León XIII en su Encíclica ANNUM SACRUM se- ñala en las apariciones del Corazón de Jesús una nueva época, la del Reinado de Jesucristo. Y S. S. Pío XI de- clara en su Encíclica MISERENTISSIMUS REDEMP- TOR que al instituir la fiesta de Cristo Rey se propuso dar complemento a lo que iniciaron los fieles en sus ac- tos de consagración al Corazón de Jesús y afirma solem- nemente que la celebración de la fiesta es, sí, una pro- clamación de la Realeza de Cristo, pero además es un anticipo de aquel día venturoso en que el universo en- tero espontánea y libremente prestará su obediencia al Reinado suavísimo de Jesús.

ACTITUD ECUMÉNICA

No puede reducirse la distancia que nos separa recorriendo cada uno la mitad del camino: porque si se trata del camino de la caridad somos nosotros los que debemos recorrerlo por entero; mas si se trata del camino de la fe son ellos los que deben hacerlo.

Jaime Bofill
 ("Cristiandad", n.º 63)

EL REINO DE CRISTO, ¿EN ORDEN JURIDICO Y MORAL, O EN SOLO PLAN CARISMATICO? *

Veinticinco años de vida ha concedido ya el Divino Rey Jesucristo, por la bondad de su Sagrado Corazón, a su Revista CRISTIANDAD.

Nadie se admire de que digamos que esta Revista es del Divino Rey; que es totalmente suya; y, como suya, es toda para Él. Con humilde modestia lo decimos; pero también con la frente alta, y dando rendidas gracias a Jesucristo, por haberse dignado tener esta Revista como suya, y que en estos veinticinco años haya vivido como plenamente suya. Y así confiamos seguirá en lo sucesivo.

Es que CRISTIANDAD, desde sus comienzos, y ya en el número «Specimen», se propuso como lema, consigna, programa de su vida, en toda su actuación, el gran objetivo que le señaló su insigne inspirador, el P. Ramón Orlandis, S.I., de santa y perdurable memoria: «Al Reino de Cristo, por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María». Es decir, por medio de la divina eficacia de esta doble gran devoción, tan claramente deseada por el mismo Cristo, y tan sólidamente enseñada y promovida por la Iglesia Jerárquica en estos últimos siglos, llevar al Reino de Cristo todas las cosas; y con la luz del misterio del Reino de Cristo, iluminar todas las cuestiones y problemas, mayormente los de actualidad, en el campo científico y artístico, y sobre todo los que surgen en el campo religioso, moral, jurídico y sociológico; con la ayuda principalmente de la Teología de la Historia, y siempre en perfecta y rendida sumisión al Magisterio de la Iglesia, que es el mismo Reino de Cristo.

¿Hay alguna otra Revista que tenga este lema, esta consigna, este programa; y viva consagrada a su realización? No lo sabemos; pero creemos que no.

Y por eso, quienquiera que tenga una idea clara, un concepto verdadero y una convicción cristianamente formada de lo que es el Reino de Cristo, de lo que significa la devoción al Corazón de Cristo y al de su Madre Santísima, y de la eficacia incomparable de esta devoción para vivir con plenitud en el Reino de Cristo, y para que este Reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz, llegue a todas las almas, a las familias, a las sociedades, al mundo universo, con feliz ecumenismo; y entrando en todos los espíritus, posea a todos los hombres, y reine en todos, lo mismo que en sus múltiples actividades de todo orden; no puede menos de mirar con simpatía a esta Revista; y, si puede hacerlo, ayudarla y cooperar con ella a la realización de su ideal, el más alto de los ideales.

Veinticinco años de vida representan haber llegado la Revista a plena juventud, pero ya juventud madura. Y cuando en este mes de abril, en que los cumple gozosamente, vuelve sus ojos al camino recorrido, y repasa los números, reunidos y conservados en sus tomos anuales, ve con acción de gracias al Divino Rey Rey que ha sido fiel a su consigna, por el favor señalado y continuo de su Sagrado Corazón, y por mediación del Corazón de su Madre, Madre de la Iglesia; pues ha procurado que sus artículos estuviesen siempre iluminados por la luz de aquel ideal, y se enfocasen de tal manera que sirviesen todos sus trabajos para resolver todas las cuestiones que agitan al mundo de hoy, con la única solución que da a todas las cosas el Evangelio del Reino de Cristo, enseñado y aplicado al mundo actual, con la asistencia del Espíritu Santo, por el Magisterio de la Iglesia de Cristo.

* El estudio que referente a este tema ha hecho el P. Cayuela con la competencia que le es habitual irá en el próximo número, pues dada su extensión no es posible incluirlo en éste.

También al celebrar la Revista sus «Bodas de Plata», desea proponer, a la luz de su lema, «Al Reino de Cristo, por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María», la solución de una cuestión de la que se habla mucho en nuestros días, y que, si se saca de quicio, como la sacan no pocos, engendra un funesto confusionismo y lleva a errores muy graves y perjudiciales.

Es la cuestión de si el Reino de Cristo, o sea su Iglesia, es más que nada «Iglesia carismática»; esto es, si ha de vivir y desarrollarse solamente o principalmente en plan carismático; o si su existencia y su vida ha de ser, fundamental y primariamente, en un orden jurídico y moral, si bien, claro está, con el uso recto, ordenado y jerárquico de los verdaderos carismas, que comienzan por ser, como cabeza y norma de los demás, los carismas del Magisterio y de la Jurisdicción jerárquica de la Iglesia.

Roberto Cayuela, S.I.



ET NOX SICUT DIES ILLUMINABITUR

VEN, SEÑOR, JESÚS.

La humanidad no tiene fuerzas para quitar la piedra que ella misma ha fabricado, intentando impedir tu vuelta. Envía tu ángel, ¡oh, Señor!, y haz que nuestra noche se ilumine como el día.

Cuántos corazones, ¡oh, Señor!, te esperan. Cuántas almas se consumen por apresurar el día en que Tú sólo vivirás y reinarás en los corazones. Ven, ¡oh, Señor, Jesús!

¡Hay tantos indicios de tu vuelta no está lejana...!

Oh, María, que lo viste resucitado. María, a quien la primera aparición de Jesús quitó la inenarrable angustia causada por la noche de la pasión. María, te ofrecemos las primicias de este día.

Para Ti Esposa del Divino Espíritu, nuestro corazón y nuestra esperanza.

Así sea.

PIO XII. *Mensaje Pascual*. 21 abril 1957.

LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO Y LA ESPERANZA DEL REINO DE CRISTO

El trabajo del P. Juan Manuel de Igartúa, S. I., **EL LLAMAMIENTO DEL REY ETERNAL Y LA CONCEPCIÓN DE SAN PABLO**, publicado en el número 344, octubre de 1959 ilumina la íntima conexión entre la doctrina espiritual de San Ignacio de Loyola y el servicio a Cristo Rey en la esperanza de su reinado.

En los Ejercicios de San Ignacio hay una meditación que es la clave de toda su estructura. Es la meditación llamada del Reino de Cristo o del Rey Eternal. El P. de Guibert, experto conocedor de la espiritualidad de la Campaña de Jesús y de los Ejercicios, en su obra póstuma sobre esta espiritualidad declaró a esta meditación núcleo y médula de los ejercicios. Y se comprende.

Ella es la que da el matiz especial de *servicio activo de amor a la concepción espiritual del cristianismo forjada por San Ignacio*. La figura de Cristo en su vida, pasión y glorificación, es decir el ciclo redentor, forma el tejido de los ejercicios ignacianos. Pero esta meditación del Rey Eternal quiere dar la *clave* para entender el sentido que para nosotros tiene la vida de Cristo; que es tanto como decir *la clave de nuestra concepción de la vida de Cristo*. Y aún mejor, la clave del mismo sentido objetivo que la vida de Cristo tiene en el plan diario.

Por esto el título de la meditación es éste:

“El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal” (n. 91).

Se trata de encontrar la razón o sentido de esa vida del Rey Eternal, que va a ser la substancia de las contemplaciones que tejerán en adelante toda la trama de los Ejercicios. Y al emprender esa contemplación se le propone una parábola militar, que “ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal”.

El modo cómo ayuda a ello es proponiendo delante una empresa o voluntad manifestada de un rey temporal, que ilumina a la empresa o voluntad manifestada del Rey Eternal.

Lo principal de la meditación es, sin duda, la voluntad del Rey Eternal en su empresa, y la del rey temporal sólo es propuesta parabólicamente para ilustrar aquélla.

Por eso dice el Santo al pasar de la una a la otra:

“Si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, *cuánto es cosa más digna de consideración ver a Christo nuestro Señor, rey eterno...*” (n. 95).

Por todo esto se puede decir que la clave de los ejercicios y, por consiguiente, de la espiritualidad que de ellos brota, está en las palabras del Rey Eternal que manifiestan su voluntad, y pueden ser llamadas con verdad *el mensaje que nos da el sentido de su vida*.

Estas palabras son dirigidas “a todo el universo mun-

do, al cual y a cada uno en particular llama” (n. 95), y son textualmente éstas:

“Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena me siga también en la gloria” (n. 95).

Estas palabras son interpretadas por algunos comentaristas de los Ejercicios de este modo:

“Mi voluntad es conquistar tu mundo interior, oh ejercitante, y todos los enemigos de tu alma, y así entrar tú en la gloria de mi Padre.”

Es decir, que entienden la empresa de Cristo, a la que invita al ejercitante, como una empresa *personal interior*.

¿Este sentido que se da a tales palabras es compatible con la objetividad?

¿La empresa que Cristo propone en este mensaje es una empresa que se desarrolla en el interior del alma?

Parece claramente que no. Porque en efecto las palabras son:

“Conquistar todo el mundo.”

Y se haría preciso hacerle decir “todo tu mundo”, lo cual no es la objetividad del texto. *Todo el mundo*, tratándose como sin duda se trata aquí de una conquista *espiritual*, es exactamente lo mismo que “*todos los hombres del mundo*”. Es una voluntad de salvación universal de Cristo.

Las palabras que siguen son:

“Y todos los enemigos.”

Y la interpretación que comentamos le ha de hacer decir con esas palabras lo siguiente: “*todos los enemigos de tu alma*”. Pero es claro que tal inteligencia de las palabras textuales no es la objetiva. Porque Cristo dice que quiere “*conquistar*” a todos los enemigos, y ¿cómo ha de *conquistar* a los enemigos del alma? Si dijese “*vencer*” a todos los enemigos, tal inteligencia sería posible en esta parte del texto, pero *conquistar* no es simplemente *vencer*.

Por esto el P. Encinas en su magnífico comentario de los ejercicios, en la primera frase ha entendido el texto de manera obvia:

“Conquistar todo el mundo: a ti y a todos los demás hombres del mundo: conquistarlos para mí sometiéndolos a mi ley...” (ENCINAS, *Los Ejercicios de San Ignacio*, 1952, n. 114).

Aquí ha entendido la palabra *conquistar* en su obvio sentido castellano de *someter a su ley*, no destruyendo, sino haciendo cambiar de señor.

En cambio, al pasar a la segunda frase ha dicho:

“Conquistar o *vencer* a todos los enemigos de mi reino y de vuestra salvación eterna, que son el *demonio*, *el mundo y la carne*” (Ibid.)

O sea, ha tenido que interpretar la palabra *conquistar* como equivale de *vencer* desde el momento en que ha entendido por *los enemigos* a los del alma. Porque ¿cómo podría Cristo hablar de *conquistar* al demonio y a la carne?

Aún podría tomarse sin embargo la palabra *conquistar* en el sentido dicho de *someter*, y el argumento parece que se debilitaría algo. Pero a pesar de todo, en realidad, seguiría en pie la objetividad de que la interpretación de la palabra “*enemigos*” no debe ser la de “los enemigos del hombre interior”, sino *los que se oponen al reino exterior de Cristo, que es la Iglesia*, es decir los *perseguidores y opugnantes*.

La razón es que “*todo el mundo y todos los enemigos*” es el objetivo total único de la conquista de Cristo Rey, y que *Él es quien habla*.

No se puede creer objetiva y textualmente que, *siendo Cristo quien habla*, trate de “los enemigos” sin calificarlos de modo alguno, y que haya querido hablar de enemigos de *otro*. Son *sus enemigos*, los que se oponen a la conquista de *Cristo Rey* y a su *Reino en el mundo*, por la conversión de los hombres. Porque engloba en un solo objeto de conquista “el mundo y los enemigos”: si el mundo, o sea todos los pueblos, es el campo donde se desenvuelve su Reino, “los enemigos” son los que se oponen a la extensión de su Reino en *el mundo*, y son *enemigos conquistables*, es decir *personales, humanos*.

Creemos por todo esto que la verdadera interpretación del mensaje del Rey Eternal, profundamente escriturística y católica, es la que surge de una confrontación de San Ignacio con San Pablo en la primera carta a los Corintios, donde el Apóstol sintetiza también en una fulgurante visión el sentido de la misión de Cristo y de su Reino. No queremos decir con esto que San Ignacio se inspirase en el Estudio de San Pablo. Si los ejercicios, como él mismo declaró, le fueron dados directamente por Dios, a modo de inspiración, esto ha de valer, principalmente y al menos, para lo que es la clave y medula de los ejercicios, que es este mensaje del Rey Eternal. No sería, por tanto, un estudio paulino hecho por San Ignacio, sino una *inspiración* del mismo Espíritu que inspiró al Apóstol, la que a él, soldado sin letras, le habría hecho centrar su sistema de tan maravilloso modo en la gran concepción paulina.

He aquí los dos pasajes que estimamos paralelos:

SAN IGNACIO

“Mi voluntad es de conquistar todo el mundo, y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre.

Si esta confrontación es verdadera tendremos un acierto, maravilloso por inspirado, en el soldado sin letras. De golpe se ha situado en la grandiosa concepción de Apóstol como en centro de perspectiva.

Y si esta confrontación es verdadera, el final de San Ignacio, “*así entrar en la gloria de mi Padre*”, se corresponderá con la entrega escatológica de Cristo, Rey de su Reino, al fin del mundo al Padre, de la que habla San Pablo. ¿Es esto así? Lo es ciertamente.

En efecto, la expresión del Rey Eternal “*entrar en la gloria de mi Padre*” no se refiere a la entrada de la Ascensión, meditación que cierra por cierto, en los Ejercicios, la serie de la vida de Cristo. Se trata de la entrada de Cristo *con su Reino, al fin del mundo*.

Porque no puede invitar Cristo a ir con Él, “*venir conmigo*”, al ejercitante que medita su vida, en una empresa que ya *está terminada*, como es el tiempo de Cristo hasta la Ascensión. La empresa a que se le invita es la que dura hasta el fin del mundo, puesto que en ella

SAN PABLO

(1 Cor. 15, 24-25)

Es preciso que Él reine mientras pone a todos los enemigos bajo sus pies (v. 25).

El fin, cuando entregue el Reino a Dios Padre (v. 24).

únicamente puede actuar el ejercitante de hoy; es la empresa de la conquista del mundo, es la empresa del Reino de Dios. Y esta empresa se clausura con la entrada de Cristo al Padre con su Reino al fin del mundo.

Este es pues, a nuestro juicio, el sentido del mensaje del Rey Eternal, y por esto es maravillosa *clave de su vida* y nos da su sentido. Porque *la implantación universal del Reino de Dios es la clave de la misión de Cristo y de su vida*, en la concepción de la Escritura toda.

A esta empresa se invita al ejercitante. Es cierto que para comprender el *pleno sentido* de ella le falta aún considerar lo más difícil del mensaje: “*trabajar conmigo para reinar conmigo*”, *el mensaje de la cruz*.

Y por eso en el segundo y tercer puntos de la meditación se proponen al ejercitante dos modos de entregarse a la empresa y al trabajo.

Pero estudiar esta segunda parte rebasa los límites que hemos impuesto a nuestro artículo.



**Nuestro Lema: Al Reino de Cristo
por los Sagrados Corazones de
Jesús y de María.**

Para expresar el que había sido siempre su ideal nuestra Revista añadió a su título a partir de 1 de febrero de 1950 el lema **AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCIÓN A SU SAGRADO CORAZÓN.**

En noviembre de 1951 se consagró "Schola Cordis Iesu" al Inmaculado Corazón de María, Medianera de todas las Gracias. Fruto de esta consagración nuestro lema a partir de 1 de enero de 1952 fue **AL REINO DE CRISTO POR LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA.**

El artículo editorial de 15 de noviembre de 1951, firmado por Tomás Lamarca y Jaime Bofill, refleja el espíritu de aquel acto de consagración.

La Consagración de «Schola Cordis Iesu» al Inmaculado Corazón de María, Medianera de todas las gracias

A dos amigos inolvidables en recuerdo de una
conversación que, tal vez, no haya resultado inútil.

Hace de ello muy pocas semanas. Llenaban el ambiente las resonancias de la clausura solemne del Año Santo en Fátima, con el sensacional discurso del Cardenal Tedeschini. Sobre un cúmulo de sentimientos encontrados, una imagen se sobrepone a todo: la Virgen, haciendo sentir en Roma mismo su acción vigilante sobre el Papa y la Iglesia.

Unos amigos de CRISTIANDAD se encuentran reunidos esta noche con dos interlocutores de excepción. El primero de ellos es una mujer, pero con igual propiedad le habríamos podido presentar —las palabras fuertes no nos arredran— como un aventurero!

CRISTIANDAD pudo contar de nuevo, a raíz de esta charla, con una colaboración que todas las redacciones católicas del mundo solicitan en este momento. Apóstol de la devoción de María, biógrafo de los Santos canonizados en este Año Jubilar, en opúsculos de un estilo directo, rápido, libre de las "traiciones" de toda "traducción", ya que para ella la mayoría de las lenguas cultas —¡el catalán incluido!— no tienen secretos...

Habrán adivinado ustedes, sin duda alguna, que nos referimos a Marysia Winowska. El segundo interlocutor es un predicador francés. Ha hecho uso —y abuso— de su faringe en innumerables pláticas emotivas, llenas de sencillez y de unción. En justa represalia, su médico le ha impuesto una "cura de silencio". Cree todavía en un legendario "sol de España". Su rostro está curtido por el aire transparente y frío que envuelve —a casi dos mil metros de altura— el monasterio alpino de La Salette, del que en este momento es Superior. Lleva en el cinto la insignia de su Orden: un crucifijo con las tenazas y el martillo como lo llevaba la Virgen en el pecho.

¿Tema? No podía haber, en realidad, más que uno, en ese momento; cuando una misma preocupación nos embarga por la suerte del mundo, cuando una particular intervención de María en la marcha de los acontecimientos se muestra con tal abundancia y claridad, que bien se ha podido llamar a nuestros tiempos "la hora de la Virgen". Y el P. Laurent nos habla.

—"Voyez-Vous?" (El religioso va salpicando con esta interjección su discurso, mientras la expresión de los ojos y del gesto subrayan la importancia de una idea.) En diferentes lugares, por distintos medios, en las más variadas ocasiones, la Virgen no cesa de

llamar a los hombres a la conversión, para detener el brazo justiciero de su Divino Hijo, "que está ya demasiado ofendido". Y noten ustedes: un extraordinario sincronismo enlaza los hechos que se producen en este triple campo: marcha de la Revolución; intervenciones sobrenaturales de la Santísima Virgen, con apariciones y mensajes; finalmente, actuación de la Iglesia, con los ojos sobrenaturalmente puestos en María.

Nuestra mirada se hace interrogativa. El P. Laurent responde, de modo igualmente tácito, fijando sus ojos en nosotros, como quien pretende concentrar nuestra atención y la suya propia:

—"Los tiempos modernos —prosigue— se originan en aquella catástrofe histórica que se conoce con el nombre de Revolución Francesa. La "declaración de los derechos del hombre", elaborada para ser opuesta a los "derechos de Dios", ha sido su obra cumbre. Ciertamente, dicho acontecimiento venía preparado por antecedentes históricos; no es menos cierto, sin embargo, que cuanto sigue a la fecha de 1789 lleva un sello de unidad, y a partir de entonces se consuma la apostasía de los pueblos cristianos.

Pues bien; ni uno solo de los momentos cruciales que jalonan el avance de este proceso ha dejado de tener, en contrapartida, una intervención extraordinaria de María.

En 1830, cuando se produce la primera de las conmociones que sacuden el suelo europeo en el siglo XIX, y la acción de las sociedades secretas..."

Nuestro pensamiento —y nuestras exclamaciones— se anticipan: —...elevan en Francia a la casa de Orleans; cuando viene el triunfo de la burguesía, y las monarquías legitimistas presencian en su impotencia la subida de gobiernos liberales..."

—"Precisamente entonces —"Voyez-Vous?"— la Virgen se aparece a Catalina Labouré, que Pío XII acaba de elevar a los altares. La devoción a la Medalla Milagrosa lleva a todas partes un pre-nuncio de Lourdes y de la definición dogmática de la Inmaculada, junto con la confianza en la mediación de María."

—"Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que acudimos a Vos". Todos, en casa llevamos la medalla. En España está muy difundida aún. Recuerdo que el P. Ramière habla del gran número de conversiones que se han obrado por este medio,

Imagen que se venera en SCHOLA CORDIS IESU a la que el P. Orlandis tenía singular devoción. Ante ella, en 12 de noviembre de 1951, esta entidad se consagró al Inmaculado y Maternal Corazón de María.

cuando apoya en María sus esperanzas en un triunfo del Reino de Cristo y de su Iglesia en el mundo.”

Toda nuestra pequeña asamblea está ya en plena tensión. El religioso, paladeando tal vez el efecto que va a producir en nosotros, deja caer, simplemente, una fecha:

—“1848...”

Supuesto el clima logrado, no es extraño que las imágenes se agolpen en nuestra mente. No es ya la revolución liberal, sino la primera revolución socialista. Crisis en las principales cortes europeas; intrigas inglesas; publicación, por Marx y Engels, del “manifiesto del partido comunista...”

¡Era demasiado! Como un reto, casi, pronuncia alguien vivamente:

—Y en 1848, ¿QUÉ?

Marysia Winowska es quien interviene ahora. El interrogador se siente avergonzado, cuando ella dice con una mirada significativa:

—No en 1848, pero sí dos años antes, en 1846, la aparición de La Salette.”

Lourdes será el próximo nombre. La Virgen viene a confirmar la definición dogmática de su Inmaculada Concepción, desafiando el espíritu positivista del siglo con algo nunca visto: una auténtica “oficina de hacer milagros”, a los ojos de un mundo que se niega a aceptar este testimonio.

Pero no conocíamos a Pont Main. Es decir, conocíamos esta población por la cantidad de correspondencia firmada allí nada menos que por Bismark en persona; lo que no sabíamos es que una nueva aparición de la Virgen había detenido el avance prusiano, al tiempo que lo presentaba como el primero de los castigos que amenazaban a Francia, de no rendirse al llamado de Dios. En el cielo, sobre el tejado de una casa, los niños del pueblo ven como una leyenda se va inscribiendo, sílaba por sílaba, a los pies de nuestra Señora: “Me pri-er en-fants...” Un jefe, dicen, del ejército prusiano recibía de Ella al mismo tiempo la orden de que se detuviese la ofensiva...

Uno de nosotros se había abstraído de la marcha general de la conversación; hojeaba un volumen de CRISTIANDAD y exclamó de pronto:

—¡Ahí está! Ya me parecía recordar que no era ésta la primera vez que oía explicar esta sorprendente cadena de fechas. Mirad el artículo de Dom Raymond —¿sabéis?, el de “Tres monjes rebeldes”— en el artículo suyo, que tradujimos: “Los monjes viven en tiendas”:

Y lee del cisterciense americano:

“... en 1846, en los Alpes franceses, pueblecito de La Salette, lloró la Virgen, mientras llamaba a la penitencia y a la oración. En 1858, la niña Bernardina Soubirous oyó a la “hermosa Señora” que le pedía también oración y penitencia. En 1870, la misma “hermosa Señora” blasonó el cielo sobre Pont Main con estas palabras: “Donc, priez, mes enfants”...”

En 1917 se ha aparecido varias veces en Fátima, de Portugal, para pedir que se ore y haga penitencia.”

Gravemente, M. W. extrae el último significado del hecho:

—“... Cuando, facturado por los alemanes, Lenin atraviesa en un tren blindado la frontera de Rusia.

Desde entonces, todos tenemos ante los ojos lo que ha sobrevenido.”

* * *

Quedaba por declarar explícitamente la reacción de la Iglesia, conducida por los Romanos Pontífices. Para cada manifestación de María, Ella quiere proporcionar un triunfo a María. Quiere responder con sus confiadas invocaciones a las manifestaciones que, entre sonrisas, lágrimas, advertencias y reproches le hace su afligido y maternal corazón. Parece que los Romanos Pontífices se esfuerzan a cual más en recurrir a María: Pío XI, el del dogma de la Inmaculada, escoge deliberadamente la fecha del 8 de diciem-

bre para los actos más trascendentales de su pontificado; León XIII prodiga sus encíclicas, octubre tras octubre, sobre el Rosario; Pío X, Benedicto XV...

M. W. vuelve a intervenir:

—Pero tal vez la historia coloque al Papa Pío XII entre los más grandes Papas marianos. Diríase que la Virgen vincula la persona del Papa con fechas señaladísimas: 1899, año de la Consagración del género humano por León XIII al Sagrado Corazón de Jesús, ve su ordenación sacerdotal; 1917, el año mismo de Fátima, su elevación al episcopado. A él le cumplirá realizar la consagración del Mundo al Inmaculado y Maternal Corazón de María. Señala Fátima para la clausura del Año Santo universal... y por otra parte, la mayoría de Santos canonizados por él en el curso de este mismo Año Santo, ¡son tan devotos de la Virgen! Luis María Grignon de Monfort; Catalina Labouré; Antonio María Claret... ¡Estamos en “la hora de María”, en efecto!

Se detiene un breve instante, como quien reflexiona, y, de pronto:

—¡Permítanme una sugerencia! Su revista profesa, sobre todo, la devoción al Corazón de Jesús, como medio providencial para que sea un día una espléndida realidad su Reinado de amor en todo el mundo. Mas —no les sepa mal mi observación, ya saben que hablamos entre nosotros con entera libertad de espíritu— ¿por qué no recurren más explícitamente a la advocación de María? Como el P. Kolbe. Deben hacer entrar ustedes la Virgen en todas sus cosas. Ustedes me han hablado de dificultades, de problemas, incluso de incomprensiones en algunos sectores, por lo demás excelentes; pues bien: ¿quieren ustedes vencerlos? ¡Que intervenga la Virgen María! Deben ustedes meterla en toda su obra, comprometerla en toda su obra! ¡Jesús quiere triunfar por María! Invóquenla en todo, hablen de Ella más a menudo, de Ella que, al decir del Cardenal Newman, es “defensa de muchas verdades, gracia y luz risueña de toda devoción”. Si así lo hacen, yo les garantizo que vencerán todos los obstáculos que se levanten ante su obra de apostolado.

La Consagración de «Schola Cordis Iesu»

La idea no nos dejó sosegar. ¿Habría en las palabras pronunciadas por Marysia Winowska una indicación providencial? ¿Nos habríamos mostrado deficientemente devotos de nuestra Madre, o no habríamos acertado a comunicar a la revista nuestra devoción? Y por otra parte ¡la idea era tan dentro el espíritu del Apostolado y de nuestro P. Ramière!

Recurrimos a quien pudiese resolver nuestra inquietud. Y con ello se formó el plan de consagrar “Schola” al Corazón de María.

* * *

Hace cuatro años que su imagen, en una excelente copia de la obra de un pintor mejicano del siglo XVII, preside nuestra capilla. El lienzo simboliza el Corazón de María recibiendo los efluvios de Gracia que proceden de la Santísima Trinidad y desde su Corazón Maternal los derrama sobre la Iglesia, quien los vierte a su vez sobre la tierra, haciendo germinar en ella las virtudes de María: el lirio, símbolo de la pureza y la rosa de la caridad.

Ante esta imagen, Schola Cordis Iesu, con todas sus obras, ha hecho su Consagración al Inmaculado Corazón de María, Madre de Cristo Jesús y del Cristo Místico, Mater Divinae Gratiae. Y esta Consagración es, al mismo tiempo, un llamamiento. Porque, he ahí que CRISTIANDAD ha nacido de Schola Cordis Iesu y de ella recibe su vida. Si los miembros de Schola quieren dar eficacia a su Consagración y que ésta no sea una mera fórmula, deben recordar que están comprometidos en una empresa que Dios y la Virgen han puesto en sus manos: difundir infatigablemente el ideal del Reino de Cristo por la devoción a los divinos Corazones. Y esto por medio de CRISTIANDAD.

MARIA MADRE DE LA IGLESIA

La revista **CRISTIANDAD** cuyo tema más central es la proclamación del ideal del Reino de Cristo, ha persistido muy conscientemente desde sus comienzos en una constante campaña de proclamación y reflexión sobre las excelencias de la devoción a María. Cuando se entiende que Ella está, por voluntad de Dios, asociada a la obra salvadora y santificadora de Jesucristo, se comprende que lo más coherente con una piedad centrada en la persona del Hijo de Dios, es ponerse filialmente en las manos de María. El artículo que reproducimos muestra significativamente esta idea que hemos apuntado. Se publicó en el número 411, mayo de 1965, con el título: «Los devotos críticos y los devotos escrupulosos», firmado por el P. José M.^a Alba Cereceda, S. I.

Al reflexionar, a la luz de las advertencias de los últimos Pontífices, sobre las tendencias desviadas que condicionan muchas de las manifestaciones de la vida cristiana actual y analizar sus raíces psicológicas e históricas, se adquiere la convicción no exenta de sorpresa, de hallarnos en presencia de las mismas falsas actitudes, errores o desviaciones de pasadas épocas que creíamos se habían superado ya definitivamente. Bajo afirmaciones de novedad, se repiten los mismos contenidos antiguos que el pueblo cristiano eliminó de su organismo vivo, como sustancias de desecho, inservibles para la vital asimilación que se opera perpetuamente en la Iglesia por la fuerza de Espíritu.

Es el triste sino de todo lo falso: pretender la novedad para llegar a través de ella a la seducción, que les dé el dominio sobre nuevos tiempos y no ser en el fondo más que la envoltura de un error viejo, reiterado en perpetua inquietud y contradicción consigo mismo.

Los errores jansenistas sobre la devoción a la Santísima Virgen y a las prerrogativas marianas, que combatió San Luis María de Montfort, eran fundamentalmente los mismos errores protestantes, pero mucho más peligrosos por su formulación más sutil y por brotar en el mismo seno de la Iglesia y de personas que afirmaban una incondicional sumisión al espíritu del Evangelio. Esos errores del jansenismo no del todo desarraigado, llegan a través del romanticismo religioso y de muchos escritos modernistas hasta nuestros días tras la pervivencia del modernismo en la actualidad como recentísimamente acaba de advertir Paulo VI en la "Ecclesiam suam". Cuando San Luis María de Montfort nos habla de los falsos devotos y de las falsas devociones a la Santísima Virgen para desenmascarar el jansenismo, nos está también dando a nosotros tres siglos después un antídoto para las mismas falacias de hoy.

El año de 1653 se publicó en Alemania el célebre libro "Monita salutaria" que sintetizaba toda la doctrina jansenista contra el dogma y el culto a la Santísima Virgen. Fue el año también del nacimiento de San Luis María de Montfort como señalándonos una vez más Dios Nuestro Señor las trazas de su Providencia, en la misión especial que confía a sus santos en la vida y en la historia

del pueblo cristiano. Cuando comenzó su apostolado San Luis María de Montfort la mayor parte del clero y del episcopado francés estaba inficionado de los errores jansenistas. En su tiempo se llevó a los extremos de reformar la misma liturgia de la Iglesia por parte de muchos sacerdotes y de Obispos, con el afán de disminuir la devoción a la Santísima Virgen en el pueblo fiel.

La actitud jansenista ante la devoción del pueblo a la Santísima Virgen estaba cargada de un intelectualismo artificial. El jansenista no pretendía, según decían, disminuir un ápice la auténtica devoción a María. Pero se trataba precisamente de eso: de que fuera auténtica, sin las ampulósidades, exageraciones y abusos que se habían introducido en la Iglesia que convertían al cristianismo en marianismo. Ellos protestaban en nombre del evangelio y de los Santos Padres por el culto idolátrico que el pueblo tributaba a María en detrimento del honor debido a Jesucristo. Es significativo observar que los grandes ataques a la devoción al Corazón de Jesús, síntesis del cristianismo en frase de Pío XII partieron precisamente ya en sus inicios de aquellos que se decían defensores del honor de Jesucristo y que apartaban también a los fieles de la Sagrada Comunión.

Y al pasar de las formas del culto y de la devoción mariana al campo de la teología combatían paralelamente todas las opiniones teológicas que tendieran a enaltecer los privilegios de la Santísima Virgen. Negaban la Inmaculada Concepción y la Asunción (entonces no declarados aún dogmas por el Magisterio infalible); incluso se negaban a emplear los mismos títulos de Corredentora, Medianera, Madre, Reina y el mismo culto de hiperdulía. El autor de la "Monita salutaria" insistía: "No empleéis más tiempo en honrarme, ni me hagáis más oraciones que a Dios ... Guardaos de tener más confianza en mí que en Dios"; en el aviso octavo: "No me honréis como a una diosa subalterna... No escandalicéis, ni confirméis en sus errores a los que están fuera de la Iglesia...; en el décimo: "Guardaos de concederme nada por hipérbole o exceso de celo... No os dejéis conmovir, por las hipérbolas, las frases exageradas, y las maneras de hablar de algunos Santos."

Y en el 17: "No pongáis vuestra confianza en mis

imágenes y estatuas como lo hacen los paganos aunque sean milagrosas. Ningún poder les está vinculado...”

Con avisos tan oportunos para desconcertar y deslumbrar al pueblo se condenaba la piedad tradicional mariana y la enseñanza de la Iglesia que, en ningún siglo tuvo reparo en honrar a María mientras no se llegara al culto de latría. Toda la literatura jansenista, de la que hemos aducido para nuestro caso, sólo el modelo más significativo, marcaba siempre esa orientación de intelectualismo desencarnado, intentando un “dirigismo” teológico o intelectual en la Iglesia, una cierta trasposición de los ideales de la Ilustración al terreno religioso: adoc-trinar extrínsecamente al pueblo fiel pero independientemente, prescindiendo y aun en contra del pueblo fiel. Por eso sus escritos están llenos de diatribas contra la devoción “exterior y sensible”; critican sistemáticamente el adorno de los templos marianos y de los grandes Santuarios por razones de economía y pobreza evangélica; se irritan ante la variedad de advocaciones, peregrinaciones, cofradías y congregaciones marianas... Todo según ellos llevaba a una piedad fácil, externa, impersonal, rutinaria muy lejos de lo que debiera ser una visión consciente y seria de la vida religiosa que es esencialmente vida y no una práctica sentimental epidérmica.

En ese mundo de hipocresías, intrigas y medias verdades sin comparación más venenoso que la lucha abierta contra el mal, en donde tales errores los profesaban tantas personas de buena o mala fe, pero que de hecho estaban en el cuerpo de la Iglesia, y muchas de ellas constituidas en autoridad, es admirable la actividad apostólica del Santo, incomprendido frecuentemente por sus iguales y superiores, pero al que el pueblo seguía como a un iluminado profeta. Tal vez sea el caso más claro en toda la historia de la Iglesia de que la entrega incondicionada a María hace participar al alma que a Ella se entrega — la que es terrible e invencible como un ejército en orden de batalla — de su invulnerabilidad frente a los engaños de Satanás. Lo que en lenguaje ignaciano llamaríamos sus “sutilezas y asiduas falacias”.

La doctrina de Grignon de Montfort apoyándose firmemente en la verdad católica y teniendo en cuenta las afirmaciones mal intencionadas pero en cierto sentido verdaderas, desenmascara los sofismas y las hipócritas disimulaciones de los sectarios jansenistas. Sus palabras realmente inspiradas nos llegan hoy después de tres siglos con todo el ímpetu de su primer arranque.

En su “Tratado de la verdadera devoción a María”, dice en un intento de clasificación de los falsos devotos: “Los devotos críticos, son por lo común sabios orgullosos, altaneros y pagados de sí mismos que en el fondo tienen alguna devoción a María, pero que critican todas las prácticas de devoción a la Santísima Virgen con las que las personas ingenuas honran sencilla y tiernamente a esta tierna Madre sólo porque no se acomodan a su criterio. Ponen en duda todos los milagros e historia referidos por autores fidedignos... No sabrían ver sin pena a la gente sencilla y humilde arrodillada ante un altar o imagen de María..., y hasta los acusan de idolatría; no les

gustas estas devociones exteriores; dicen que los santos Padres en las alabanzas a María hablan como... oradores exagerando las cosas... Todos estos falsos devotos y gente orgullosa y mundana son mucho de temer y hace un grandísimo daño a la devoción para con la Santísima Virgen, alejando de ella a los pueblos de una manera eficaz, bajo el pretexto de destruir tales abusos”.

De los por él llamados devotos escrupulosos dice: “Los devotos escrupulosos son gente que temen deshonorar al Hijo al honrar a la Madre...; ven con pena que haya más gente de rodillas ante un altar de María que ante el altar del Santísimo Sacramento. Como si lo uno se opusiera a lo otro, o como si los que ruegan a la Santísima Virgen no rogasen a Jesucristo por medio de Ella!... Ellos dicen ¿para qué sirven tantas devociones exteriores a la Santísima Virgen?... ¡En esto hay mucha ignorancia! Esto es hacer de la religión una mojiganga. Habladme de los devotos de Jesucristo; a Jesucristo es a quien hay que recurrir; ... ¡Esto es lo sólido! Y todo cuanto dicen es verdad en un sentido; pero atendiendo a la explicación que hacen de sus palabras para impedir la devoción a la Santísima Virgen, es muy peligroso y una fina red que con pretexto de un bien mayor les tiende el demonio; porque jamás se honra tanto a Jesucristo como cuando se honra a María... La Santa Iglesia, con el Espíritu Santo, bendice primero a María y luego a Jesucristo: *Benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tui Iesus*. Y esto no porque la Santísima Virgen sea más que Jesucristo o igual a Él, lo cual sería una herejía intolerable, sino porque para bendecir más perfectamente a Jesucristo es necesario bendecir antes a María...”

El carácter mariano de nuestra época, viene definido por una especial presencia maternal de la Santísima Virgen en la Iglesia. Presencia maternal viva y conmovedora, en las manifestaciones exteriores del pueblo de Dios y en las realidades interiores de las almas. Por eso, dentro de esa perspectiva cada vez más próxima, como una experiencia espiritual casi tangible de la Inmaculada Madre de la Iglesia y Madre espiritual de todos los hombres, se hacen más dolorosas las voces que entre nosotros producen la desorientación en el pueblo cristiano, y en último término apagan su fervor mariano.

Muchos “minimalismos” fundados en un abstracto intelectualismo de intención pastoral o ecuménica son eco de los tristes avisos del “Monita salutaria” jansenista. Los alegatos contra las imágenes marianas, o las imágenes en general, son las acusaciones de superstición o idolatría; reproducen los viejos errores que combatía S. Luis M. de Montfort. La insistencia machacona en contra de las exageraciones barrocas y las exuberancias retóricas decimonónicas, en las formas del culto mariano y la piedad, son la traducción a la actualidad de las acusaciones jansenistas contra la piedad del pueblo. Cuántas veces un pretendido honor excelso a la Persona del Redentor, en un afán de que no quede oscurecido por las glorias de María, va involucrado con un efectivo desvío

de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y de la adoración del Santísimo Sacramento, y de un menor aprecio práctico de la Sagrada comunión.

A un observador, por superficial que fuera, no se le escaparía que estamos muchas veces ante nuevas versiones de los devotos críticos o de los devotos escrupulosos de S. Luis M. de Montfort. Los Santos Padres actuales nos enseñan con nuevas palabras su misma doctrina. Y es que el Espíritu Santo quiere hoy como siempre glorificar a su Esposa María con una mayor y definitiva plenitud.

Juan XXIII, en el radiomensaje a la ciudad de Turín en 1961, recalaba: "Es verdad que honráis hoy a la Virgen Santa; mas todo acto de homenaje dirigido a Ella se resuelve en un vínculo más apretado con su Hijo, Jesús bendito..."

Las enseñanzas marianas y la actitud del Santo Padre actual Pablo VI, son tan recientes y tan explícitas, respecto del movimiento mariano y han culminado en la

gloriosa proclamación de María Madre de la Iglesia y en la encíclica sobre el Mes de Mayo, que nos excusan de toda cita confirmatoria.

La persistencia entre nosotros de una devoción "crítica" y "escrupulosa" ha motivado estas consideraciones, que nos retrotraen a los orígenes de tales formas de piedad, ya manifestadas en otros siglos de la Iglesia. Esos errores jansenistas más o menos desdibujados referentes a María, siguen anclados en muchas conciencias y les impiden el libre vuelo hacia Ella y consiguientemente alcanzar una plenitud íntima y cordial en Cristo Jesús. Por eso las palabras de S. Luis M. de Montfort, son igualmente nuevas y actuales hoy. "Guardémonos", dice el Santo, "de pertenecer al número de los devotos críticos que nada creen y todo lo censuran; al de los devotos escrupulosos que temen ser demasiado devotos de María, "casi divina" en frase de Pío XII, "es la mayor después de Dios y nadie fuera de Él la puede abarcar con su pensamiento".

LA ESPERANZA DE PIO IX

LA SALVACION DEL MUNDO POR MARIA

Y alimentamos una esperanza certísima y la mayor confianza de que esta Virgen, toda hermosa e Inmaculada que pisó la cabeza venenosa de la cruel serpiente, y trajo la salud al mundo anunciada por los Profetas y Apóstoles, y honor de los Mártires y alegría y corona de todos los Santos, refugio segurísimo y certísimo auxiliar de cuantos se hallan en peligro, poderosa mediadora y conciliadora de todo el orbe acerca de su Unigénito Hijo, y decoro, ornamento clarísimo y firme apoyo de la Santa Iglesia, destruyó siempre todas las herejías y libró a los pueblos y naciones fieles de las mayores calamidades salvándonos a Nos mismo de riesgos inminentes, se digne prestar su eficaz patrocinio para que la Santa Iglesia católica removidas todas las dificultades y desbaratados todos los errores, se robustezca más y más cada día en todas las naciones y lugares, y florezca y reine del uno al otro mar y desde el principio hasta los confines del orbe y se goce de completa paz, tranquilidad y libertad para que los reos obtengan el perdón, los enfermos medicina, los pobres de espíritu fuerza, los afligidos consuelo, los que peligran socorro y para que todos los que yerran apartada la ofuscación de la mente, vuelvan al sendero de la verdad y la justicia, y sea uno solo el redil, uno solo el pastor.

(De la Bula «*Ineffabilis Deus*», de S. S. Pío IX, 8 de diciembre de 1854)

LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

Fruto de la formación recibida en *Schola Cordis Iesu* el interés más esencial de nuestra tarea se orienta hacia la TEOLOGÍA DE LA HISTORIA. Se reproducen a continuación algunos trabajos que sugieren las líneas maestras de la temática teológico-histórica tratada en nuestras páginas.

El texto más representativo de los estudios del P. Orlandis sobre Teología de la Historia es la traducción anotada de ISAÍAS, 40-66. Publicado en CRISTIANDAD, número 408, febrero de 1965.

EL FIN DEL IMPERIO ROMANO

(Del artículo del P. Ramón Orlandis, titulado ADVERTENCIA PREVIA, número 27, 1 de mayo de 1945.)

Para que el lector aprecie la razón de dedicar todo un número de CRISTIANDAD a un tema en apariencia inactual e intrascendente, es prenotando indispensable enterarle de una de las aficiones preponderantes de aquellos que constituyen el núcleo de redacción.

Formados éstos en *Schola Cordis Iesu* y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición: "*Adveniat regnum tuum*", es obvio que desde el principio concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea, que se expresa en la fórmula universalmente admitida: *el Reinado Social de Cristo* y que una vez comprendidas las riquezas de contenido, que en esta fórmula se encierran, los tesoros de salud que en ella y por ella se ofrecen al mundo enfermo, extendieran sus deseos a dar a conocer tales tesoros al mundo, que por desgracia, no los conoce en su valor ni los busca para su remedio. ¿Dónde, pues, habían ellos de buscar la comprensión de tales tesoros y dónde habían de hallar la orientación y el estímulo para comunicarlos? Consentáneo era acudir a los escritos y a las empresas del que con razón es llamado segundo fundador del Apostolado, de aquel egregio varón, cuyo nombre es Enrique Ramière. Él fue quien consolidó la obra del P. Gautrelet, su primer fundador; él quien

le dio vida nueva y robusta, infundiéndole la savia divina cuya fuente es el Corazón de Cristo y con ello le dio su forma definitiva. El P. Enrique Ramière vio con una claridad que no habían alcanzado ni los contemporáneos de Santa Margarita María, ni los que en el siglo XVIII y en la primera del XIX se aplicaron al estudio y al comentario de las revelaciones de Paray, la significación de aquella promesa de reinado: "*reinaré a pesar de mis enemigos*" que en ellas de continuo se repite; y a la luz de esta claridad comprendió que tal promesa no se hizo tan sólo a los cristianos considerados aisladamente, sino a las sociedades en que ellos vivían; más aún al mundo entero.

Y para esto estudia la historia, no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo San Agustín y Bossuet es quien primero le da el nombre adecuado y lleno de significación de *Teología de la Historia*.

Pues bien, el tema que en este número de CRISTIANDAD se estudia es de aquellos temas que, aun siendo de índole meramente histórico-positiva, puede tener insospechadas repercusiones en los problemas de *Teología de la Historia*.

Formulado en términos imprecisos, el problema es como sigue: *¿En qué momento de la Historia feneció el Imperio Romano?*, y puestos a precisar, si se pregunta ¿a qué imperio nos referimos, al fundado por Augusto o al imperio medieval, al conocido en la Historia con el nombre de "Sacro Imperio Romano de nación germánica"? Se responderá sin titubeo que al primero, al fundado por Augusto poco antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Planteado así el problema tal vez sorprenderá a más de un lector de CRISTIANDAD. ¿Quién en la escuela primaria no aprendió ya de memoria que el edificio levantado por Augusto cayó en ruinas hace quince siglos al empuje de los bárbaros del Norte? ¿Y qué tiene esto que ver con la *Teología de la Historia*?

Uno de los acontecimientos revelados como futuros en la Sagrada Escritura es la aparición a su tiempo del hombre llamado del pecado, del Anticristo, supremo perseguidor de la Iglesia. En los tiempos de fe más viva preocupaba hondamente este hecho profetizado; ahora casi ha desaparecido del cuadro de las preocupaciones humanas. Pues bien, fundándose en la Escritura, los autores eclesiásticos de los tiempos primeros de la Iglesia pensaban que debía haber sucesión de continuidad entre la desaparición del Imperio Romano y la aparición del Anticristo, y por esto fue uno de los motivos de pánico temor para los cristianos del siglo v el derrumbamiento del Imperio.

Parecía a primera vista suficiente razón para abando-

nar aquella interpretación de la Escritura, la natural decepción que había de producir en los espíritus el tener ante la vista las ruinas del Imperio. Y, sin embargo, no fue así; continuaron los escritores eclesiásticos afeerrados a la interpretación tradicional, y no la abandonaron ni siquiera cuando en el siglo xv, al conquistar los turcos Constantinopla, pereció de muerte miserable el Imperio de Oriente, y quedó tan arraigada la creencia que aún a fines del siglo xvi un varón tan eminente como San Roberto Belarmino no dudaba en esgrimir contra la estolidez de los protestantes que decían que era el Anticristo el Pontífice Romano, un argumento fundado en la interpretación tradicional es a saber: que mal podía ser el Papa el Anticristo ya que éste no había de aparecer mientras durase el Imperio Romano y éste aún existía.

En nuestros tiempos se ha variado de táctica: los intérpretes de la Escritura dando por supuesto que hace siglos desapareció de la Historia el Imperio Romano, abandonan la interpretación tradicional y buscan nuevas explicaciones.

Empero, se preguntan los redactores de CRISTIANDAD, ¿es tan cierto como se supone que hace siglos acabó el Imperio fundado por Augusto?, y para hallar respuesta a esta pregunta recurren a los historiadores no preocupados por prejuicios extrahistóricos y hallan que éstos afirman con fundamento que el IMPERIO FUNDADO POR AUGUSTO DURÓ HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX Y FENECIÓ EN EL AÑO 1806 DECAPITADO POR EL SABLE DE NAPOLEÓN.

NOTA DE LA REDACCION

Esta advertencia previa introduce a un número monográfico en torno a la pervivencia del Imperio Romano en Occidente hasta la época revolucionaria. La conexión afirmada por los autores eclesiásticos entre la desaparición del Imperio Romano y la aparición del Anticristo se basaba en II Tes. 2, 6-7. Sobre este pasaje comenta el P. José M.^a Bover, S. I.: «Lo que le detiene» (al misterio de iniquidad que ya obra). Estas expresiones, claras para los tesalonicenses, son para nosotros enigmáticas. Entre las numerosas interpretaciones que se han propuesto sigue siendo la más aceptable, si bien convenientemente matizada, la que generalmente adoptaron los Santos Padres, los cuales creyeron que lo que detenía la aparición del Anticristo era el Imperio Romano, y el que lo detenía el Emperador: no en su concreta realidad histórica, sino más bien lo que con ello se representaba, que es el principio de autoridad normal y legítimo, en cuanto mantiene con mano firme el orden social y político.

PERSPECTIVAS HISTORICAS EN DANIEL

El pensamiento expuesto en el artículo anterior dice relación con la interpretación sobre los textos del Profeta Daniel, señaladas por Domingo Sanmartí Font con este título, en el n.º 5, 1 de junio de 1944.

SUEÑO DE NABUCODONOSOR

El año segundo del reinado de Nabucodonosor, tuvo éste unos sueños, y turbóse su espíritu, sin que pudiera dormir.

Daniel: Capítulo II, v. 1.

SUEÑO DE DANIEL

El año primero de Baltasar, rey de Persia, tuvo Daniel un sueño, y vio visiones de su espíritu mientras estaba en su lecho. En seguida escribió el sueño, contando lo principal de él.

Daniel: Capítulo VII, v. 1.

Siguen, luego, los dos sueños paralelamente.

Tú, ¡oh rey!, mirabas y estabas viendo una gran estatua. Era muy grande la estatua y de un brillo extraordinario. Estaba en pie ante tí, y su aspecto era terrible.

Cap. II, v. 31.

La cabeza de la estatua era de oro.

Cap. II, v. 32.

Presentación de los sueños. El mar grande de que nos habla es el Mediterráneo, y veremos después qué significado tiene.

Comenzó Daniel diciendo: «Yo miraba durante mi visión nocturna, y vi irrumpir en el mar grande, los cuatro vientos del cielo, y salir del mar cuatro grandes bestias, diferentes una de otra.»

Cap. VII, v. 2-3.

La primera bestia era como león con alas de águila. Yo estuve mirando hasta que le fueron arrancadas las alas y fue levantado de la tierra, poniéndose sobre dos pies, a modo de hombre, y le fue dado corazón de hombre.

Cap. VII, v. 4.

Vamos a señalar la interpretación del mismo Daniel.

He ahí el sueño. Daremos también al rey su interpretación. Tú, ¡oh rey!, eres rey de reyes, porque el Dios de los cielos te ha dado el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. Él ha puesto en tus manos, dondequiera que habitasen, a los hijos de los hombres, a las bestias de los campos, a las aves del cielo, y te ha dado el dominio de todo: tú eres la cabeza de oro.

Cap. II, v. 36-38.

Turbéme sobremanera, yo, Daniel, en mi cuerpo, y las visiones de mi mente me asombraron. Lleguéme a uno de los asistentes y le rogué que me dijera la verdad acerca de todo esto. Háblome él y me declaró la interpretación: «Estas grandes bestias, cuatro, son cuatro reyes que se alzarán en la tierra.»

Cap. VII, v. 15-17.

El Santo Profeta nos da un punto de partida firme. La cabeza de oro de la estatua y la primera bestia, león con alas de águila, es Nabucodonosor. En el segundo



Imperio I

sueño nos da, de una vez para todas, la interpretación: las cuatro bestias son cuatro reyes que se alzarán en la tierra. En la Sagrada Escritura, muy a menudo se toma rey como sinónimo de reinado o imperio. Veremos cómo, aquí mismo, lo hace Daniel.

Nabucodonosor y la primera bestia representan, pues, el imperio asirio babilónico.

Siguen los sueños:

Su pecho y sus brazos eran de plata.

Cap. II, v. 32.

Su vientre y sus caderas, de bronce.

Y he aquí que una segunda bestia semejante a un oso, y que tenía en su boca, entre los dientes, tres costillas, se estaba a un lado y le dijeron: «Levántate a comer mucha carne.» Seguí mirando después de esto; y he aquí otra tercera, semejante a un leopardo, con cuatro alas en sus espaldas y cuatro cabezas, y le fue dado el dominio.

Cap. VII, v. 5-6.

Interpretación de Daniel:

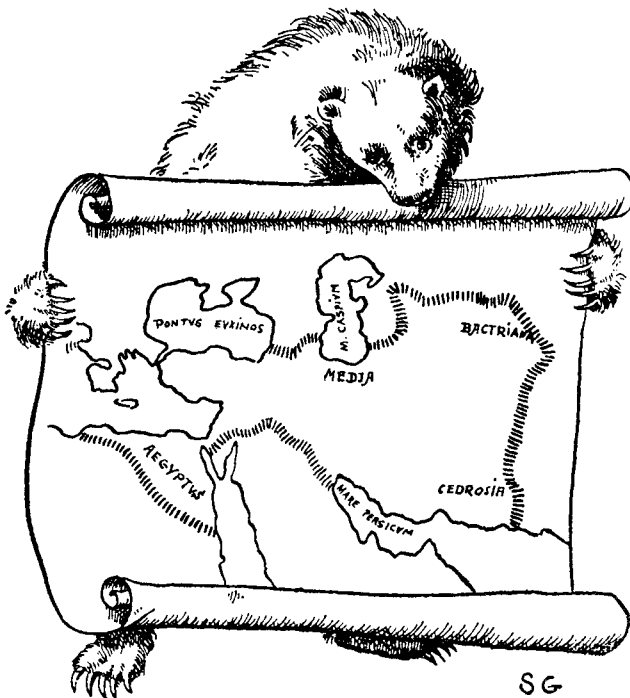
Después de ti surgirá otro reino, menor que el tuyo, y luego un tercero que será de bronce y dominará sobre toda la tierra.

Cap. II, v. 39.

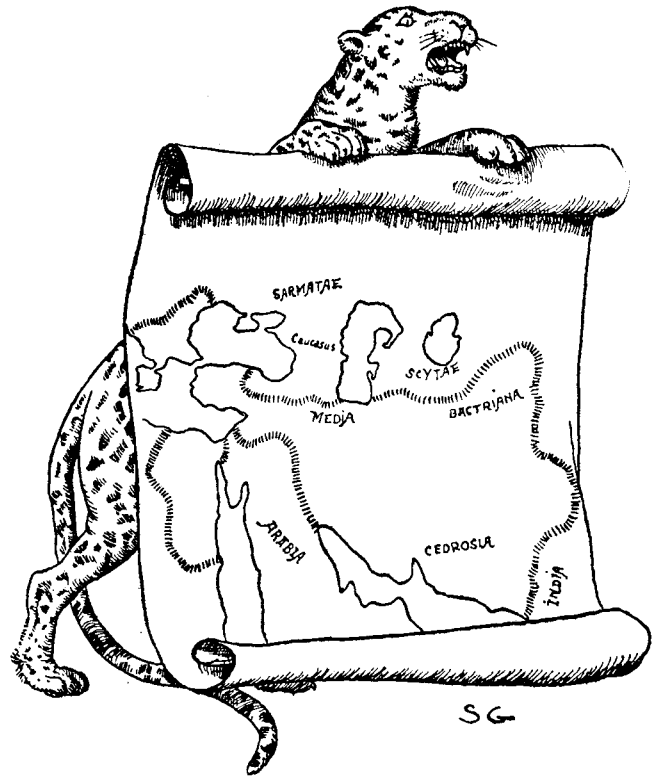
La interpretación de la segunda y tercera bestia ya la ha dado: son dos reyes, es decir, dos imperios.

Claro está que los que vivieron en tiempo de Daniel y leyeron su profecía, debían saber que a la caída del imperio asirio-babilónico, surgiría un segundo imperio mundial, y otro después de este segundo. Pero es que el mismo profeta, dos años después, tuvo una visión complementaria, que aclara y precisa extraordinariamente este punto. Dice así:

El año tercero del reinado de Baltasar, yo, Daniel, tuve una visión a más de la que había tenido anteriormente, y, estando en la visión, parecióme hallarme en Susa, la capital de la provincia de Elam, y estar durante la visión cerca del río Ulaí. Alcé los ojos y miré, y vi un carnero que estaba delante del río. Tenía dos cuernos, y aunque ambos eran altos, el uno era más alto que el otro, habiendo crecido más después que el otro. Vi al carnero acornear a poniente, a norte y mediodía, sin que bestia alguna pudiera resistirle, y sin que nadie pudiera librarse de él. Hacía cuanto quería y se engrandeció. Pero en esto vino un macho cabrío, sin tocar la tierra con sus pies, y con un gran cuerno entre los ojos. Llegó al carnero de los dos cuernos que había visto delante del río, y corrió contra él con la furia de su fortaleza. Vi que le acometía, rompiéndole ambos cuernos, sin que el carnero tuviera fuerza para resistirle, y, echándole por tierra, le pisoteó, sin que nadie pudiera librar al carnero. El macho cabrío llegó a ser muy potente, pero cuando lo fue, se le rompió el gran cuerno, y en su lugar le salieron cuatro cuernos, uno a cada uno de los vientos del cielo. Cap. VIII, v. 1-8



Imperio II



Imperio III

Explicación de Daniel:

El carnero de dos cuernos que has visto son los reyes de Media y de Persia; el macho cabrío es el rey de Javán, y el gran cuerno de entre sus ojos es el rey primero; el romperse y salir en su lugar otros cuernos, cuatro reyes que se alzarán en la nación, mas no de tanta fuerza como aquél. Cap. III, v. 20-22.

Esta profecía nos aporta datos preciosísimos para aclarar el misterio del pecho de plata y vientre de bronce de la estatua y de la segunda y tercera bestia que ha señalado antes como un segundo y tercer imperios.

Éstos serán los reinos de Media y Persia, y el de Javán, es decir, Grecia.

Dice del imperio medo-persa, o del carnero que lo representa, que hacía lo que quería sin que nadie pudiera resistirle. Dominó todo el Oriente próximo y medio, y, si bien es cierto que fracasó en la conquista violenta de Grecia, en las batallas de Maratón, Salamina y Platea, más tarde, gracias al espíritu localista griego y a sus constantes y enconadas rencillas, llegó a ejercer un protectorado efectivo sobre todas ellas, que sentían un gran respeto por "el Rey". Así le llaman todos los autores griegos cuando hablan del Rey de Persia: es el Rey por antonomasia. Isaías: Capítulo XLV, v. 1.

Nótese el realismo y exactitud con que describe las luchas de Alejandro Magno, rey de Javán, o sea de Grecia, y Darío, de Persia. El macho cabrío, que no toca el



Imperio IV

suelo con sus pies, representa la rapidez fulminante de la campaña triunfal del Gran Macedonio en tierras asiáticas, que rompe los dos cuernos del carnero. Algo semejante representa el leopardo, fiera carnífera y de gran agilidad.

El macho cabrío llega a ser muy potente. El imperio griego-oriental comprendió Grecia, buena parte de los Balcanes, Asia Menor y Media, hasta el Mar Negro y cerca del Caspio, y llegó a ocupar, incluso, parte de la India. Entonces, precisamente, se le rompe el gran cuerno, es decir, muere Alejandro y su inmenso imperio es repartido por sus generales. Cuatro de ellos se quedan con los más importantes territorios y dan lugar a lo que la Historia Universal conoce con el nombre de época de los Diádocos.

Nos queda la cuarta parte de la estatua y la cuarta bestia. Dice así:

Sus piernas, de hierro, y sus pies, parte de hierro, parte de barro.

Cap. II, v. 33.

¿Qué nos dice de ello Daniel? Veámoslo:

Habrà un cuarto reino fuerte como el hierro; como todo lo rompe y destroza el hierro, así él lo romperá todo, como el hierro que todo lo hace pedazos.

Cap. II, v. 40.

Seguía yo mirando en la visión nocturna, y vi una cuarta bestia, terrible, espantosa, sobremanera fuerte,

con grandes dientes de hierro y garras de bronce. Devoraba y trituraba, y las sobras las machacaba con los pies. Era muy diferente de todas las bestias anteriores, y tenía diez cuernos.

Cap. VII, v. 7.

La cuarta bestia es un cuarto reino sobre la tierra, que se distinguirá de todos los otros reinos y devorará la tierra toda y la hollará y la triturará.

Cap. VII, v. 23.

Hasta llegar a este punto, la unanimidad es absoluta. Ahora se nos presenta una divergencia.

La interpretación, casi universal, de la Iglesia, hasta hace pocos años, veía en la cuarta bestia al Imperio Romano. Así, la gran autoridad de San Jerónimo. Incluso, algunos comentaristas del siglo XVI tienen a la otra interpretación, de que luego hablaremos, como poco ortodoxa.

Modernamente, en cambio, hay comentaristas que admiten que este cuarto reino es el de los Diádocos, salidos de la división del imperio de Alejandro.

(...)

Además, refiriéndose a la estatua, vemos que los pies se continúan con los dedos; encaja perfectamente con las modernas naciones que salieron del antiguo Imperio Romano y heredaron su cultura. Todos estos imperios se desarrollan alrededor del Mediterráneo, "el mar grande" del sueño de Daniel.

Algo más nos dice aún el Profeta y que no dejaron de interpretar correctamente los doctores hebreos. Es la caída del cuarto imperio. Oigámosle:

Tú estuviste mirando hasta que una piedra desprendida, no lanzada por la mano, hirió a la estatua en los pies de hierro y barro, destruyéndola. Entonces el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro se desmenuzaron juntamente y fueron como tamo de las eras en verano, se los llevó el viento, sin que de ellos quedara traza alguna; mientras que la piedra que había herido a la estatua se hizo una gran montaña, que llenó toda la tierra.

Cap. II, v. 34-35.

Seguía yo mirando en la visión nocturna; y vi venir en las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días y fue presentado a éste. Fuele dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio eterno que no acabará nunca, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá.

Cap. VII, v. 13-14.

Evidentemente, esta piedrecita que se hace montaña y este imperio eterno son el reino mesiánico. Así lo interpretaron siempre los maestros judíos antes de J.C., y el propio J.C. se llamó a sí mismo, con frecuencia, "Hijo del Hombre", haciendo, además, en un momento supremo, ante Caifás, en el transcurso de su Pasión, una manifiesta alusión a ello, que fue claramente comprendida por el sacrílego Pontífice y sus acólitos.

TODO ISRAEL SERA SALVO

La vocación de Israel constituye el tema central de la **TEOLOGÍA DE LA HISTORIA**. En el trabajo titulado **SAN PABLO PROFETA** lo estudia Fraxinus Excelsior, número 5, 1 de junio de 1944.

Ver también números 199-200, de julio 1952; número 208, de 15 de noviembre de 1952, y número 418, de diciembre de 1965.

Pero este plan de Dios, referente a la preeminencia del pueblo judío en la Iglesia de Cristo, resultó truncado, valga la frase, por los hechos. Era triste, pero era así. El pueblo judío traicionó su altísima misión; no era que el Señor hubiese encogido su mano para que ésta no pudiese salvar, sino que sus iniquidades pusieron un muro de separación entre ellos y Dios. Jesús no había venido a destruir la Ley ni los Profetas, sino a darles cumplimiento (Mat. V, 17); los judíos son la sal del mundo, "pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la salará? Para nada sirve, sino para ser arrojada y pisada de las gentes" (Mat. V, 13).

Era triste, pero era así. El año 42, en que San Pedro salió de Jerusalén para ir a Roma (Act. XII, 17), la sal había perdido ya su sabor y empezaba a caer sobre los israelitas el castigo que sobre ellos y sus hijos, insensatamente, reclamaron (Mat. XXVII, 25), y al que se habían hecho acreedores al rebelarse contra los planes del Señor, negándose a continuar ejerciendo el antiguo ministerio en la Nueva Ley.

En la Epístola a los Romanos, San Pablo no se detiene en la eventual rencilla personal, sino que, al contrario, vuela hasta lo más alto de su doctrina y la dirige a la nueva estirpe que recibirá el legado; explica, a la que será la Iglesia primada de la Cristiandad, los dolores y las glorias que cabrán a la heredera de tan insigne jerarquía. Al proceder así, se siente triste como israelita, hasta el punto de desear que, de la misma manera que Cristo tomó sobre sí nuestros pecados para salvarnos a todos, pudiesen caer sobre él, el Apóstol, los pecados de los judíos para que al pueblo escogido le fuese dado continuar su gloriosa tradición de alianza y adopción.

Con tristeza y solemnidad escribe: "Verdad digo en Cristo, no miento..., que tristeza grande tengo e incesante dolor en mi corazón. Pues desearía ser anatema yo mismo, de parte de Cristo por mis hermanos, parientes míos según la carne, quienes son israelitas, de quienes es la adopción filial y la gloria y las alianzas y la legislación y el culto y las promesas, cuyos son los patriarcas, y de quienes desciende el Mesías en cuanto a la carne, quien es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén. Y no es que ande por los suelos la palabra de Dios..." (IX, 1 a 6), porque no todos los descendientes de Israel son verdaderos israelitas.

No vamos a desarrollar aquí la doctrina paulina de la gracia y de la justificación por la fe, que tan mal interpretada ha sido a veces, que el Apóstol aplica para hacer ver, en los capítulos IX y X, que la razón de la reprobación de Israel está en el orgullo de buscar su justificación por sus propias obras.

A continuación, en el capítulo XI, San Pablo afirma que la reprobación de Israel no es universal (Rom. XI, 1 al 12), ni absoluta (Rom. XI, 13 al 24), ni perpetua (Rom. XI, 25, 36). Profetiza primero de una manera condicionada, la conversión de los judíos cuando, comparando el pueblo de Israel a un olivo y los gentiles a un acebuche injertado, escribe que

"¹⁷Si algunas de las ramas, quebradas, se desgajan, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado entre ellas y entraste a participar con ellas de la raíz y grosura del olivo, ¹⁸no te enorgullezcas contra las ramas; que si te enorgulleces (piensa que) no eres tú quien sostienes a la raíz, sino la raíz a ti. ¹⁹Díras, pues: "Fueron quebradas las ramas para que yo fuera injertado". ²⁰Muy bien; por la incredulidad se desgajaron, y tú por la fe te mantienes; pero no seas altanero, antes bien, teme. ²¹Pues si Dios a las ramas naturales no perdonó, no sea que tampoco a ti te perdone."

"²²Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad, con los que cayeron; contigo, la bondad de Dios, con tal de que permanezcas en la bondad; que si no, también tú serás cortado."

"²³Y ellos también, si no persistiesen en la incredulidad, serán injertados (de nuevo), que poderoso es Dios para de nuevo injertarlos. ²⁴Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno, ¿cuánto más ellos, los ramos naturales, serán injertados en el propio olivo?"

Y a continuación reitera esta misma profecía incondicionalmente, al escribir:

"²⁵Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio... que el endurecimiento ha sobrevenido a una parte de Israel hasta que la totalidad de las Naciones haya entrado. ²⁶Y así, todo Israel será salvo, según que está escrito:

*Vendrá de Sion el Libertador,
apartará de Jacob las impiedades (Is. LIX, 20).*

²⁷Y ésta será con ellos la alianza de parte mía cuando hubiere quitado de sus pecados.

(Jer. XXXI, 33 y 34)

No podemos pretender comentar en ningún sentido la cita anterior: los exégetas más iluminados y los más sabios doctores no llegarían a agotar el tema. Subrayemos tan sólo que San Pablo interpreta el versículo 20 del capítulo LIX de Isaías, escribiendo rotundamente: **Y ASÍ TODO ISRAEL SERÁ SALVO.**

LAS ESPERANZAS DE LA IGLESIA

Del artículo editorial de Jaime Bofill, número 335, enero de 1959 acerca de esta obra del P. Ramière, S. I.

Bien merece el P. Ramière ocupar la más alta cima entre la notable cadena de pensadores católicos que, mezclando en su reflexión las verdades más elevadas de la especulación filosófica y teológica con el conocimiento más concreto de los hechos, así como de las exigencias del corazón humano y de la Sociedad, se aplican a descifrar el sentido y el enigma de la poderosa corriente histórica que caracteriza nuestra época.

Pero no podemos considerar aquí, bajo este aspecto general, el libro a que nos referimos. Nos proponemos tan sólo, por esta vez, subrayar dos aspectos muy definidos y obvios del mismo, a saber:

1.º Como su título indica, la obra que comentamos se propone fomentar entre los cristianos la virtud sobrenatural de la esperanza.

2.º Esta obra es rigurosamente complementaria del «Apostolado de la Oración».

* * *

Nuestra vida sobrenatural es una en sí misma. Ella se realiza en nuestra vida humana, absorbiéndola (sin desnaturalizarla, antes bien, potenciando todas sus energías) en su superior dinamismo.

La unidad en el hombre redimido del orden natural y del orden sobrenatural está, afortunadamente, presente hoy de continuo a la reflexión de los católicos. Pero tal vez suceda con nosotros algo que sería una paradoja: que la unidad en sí de la vida sobrenatural misma se olvide. Nos parece un síntoma de ello la enojosa polémica sobre una pretendida prelación entre fe y caridad, como virtud característica del cristiano.

La unidad del orden natural y del sobrenatural, así como la unidad previa del orden sobrenatural en sí mismo, nos parece ser una de las constantes del pensamiento del P. Ramière, nuevo signo de su genialidad. La obra que nos ocupa (repetimos), vindica en este complejo y dual organismo el lugar que corresponde a la esperanza.

Citemos. «Las Esperanzas de la Iglesia» se escribe bajo la influencia del solemne acto del 8 de diciembre de 1854. El P. Ramière subraya y comenta palabras muy taxativas del Papa Pío IX, que otra Revista católica barcelonesa acaba hace poco de recordar aún. Dice el P. Ramière:

«La importancia capital de este acto no ha escapado a nadie. Los heréticos se han preocupado del mismo casi tanto como los católicos y quizás se ha comentado más en los salones de San Petersburgo que en los de París.

«No obstante, hay un aspecto en este acto para

»siempre memorable que no parece haber sido suficientemente estimado por los católicos mismos, a pesar de ser su aspecto más consolador. *Se le considera tan sólo como una solemne expresión de la fe de la Iglesia; no se le considera bastante como la más impresionante manifestación de sus esperanzas.*

«(...) No separemos, pues, estos dos aspectos del acto que nos ocupa, si queremos comprenderlo en toda su grandeza y medir todo su alcance... la voz de Pedro ha hablado, o mejor, el Espíritu Santo por boca de Pedro. Pero este Espíritu no es menos el principio de nuestra Esperanza que lo es de nuestra fe... en adelante sabemos lo que tenemos derecho a esperar: el completo triunfo de la Iglesia, la destrucción de todos los errores, el reino universal de la verdad y de la virtud, la unión de los hombres y de los pueblos en un solo rebaño, que avanzará, bajo la guía del Pastor, por el camino de la fraternidad y del progreso verdadero: *Ut Sancta Mater Ecclesia, cunctis amotis difficultatibus cunctisque profligatis erroribus, ubique gentium floreat, ut omnes errantes ad veritatis semitam redeant ac fiat unum ovile et unus Pastor.*»

El P. Ramière subraya:

«Repetimos: este aspecto... no es suficientemente comprendido... Esperamos demostrar que las bases de las esperanzas cuya expresión ha unido el Sumo Pontífice con la definición del Dogma de la Inmaculada Concepción no son en nada menos sólidas que las del Dogma mismo, y que los hijos de la Iglesia tienen casi el mismo derecho a confesar su fe en la Inmaculada que a proclamar su esperanza de ver el triunfo de María seguido por el triunfo de la Iglesia y por la regeneración del Mundo.»

* * *

Vayamos al segundo punto: las «Esperanzas de la Iglesia es una obra rigurosamente complementaria de «El Apostolado de la Oración».

Dice el P. Ramière, en su introducción a la primera:

«... en una obra titulada «El Apostolado de la Oración» hemos indicado ya el medio más universal y eficaz de realizar las esperanzas de la Iglesia y de acelerar la salud del mundo. Remitimos a este opúsculo a aquellos de nuestros lectores impacientes de conocer en concreto lo que tienen que hacer para cooperar, en la medida de su poder, a esta magna empresa...

«Estas dos obras se completan mutuamente: una, indica el objetivo a que podemos aspirar; la otra, traza el camino que debe conducirnos a él; el segundo, dirige la acción; el primero, estimula nuestro valor. ¿Cuál de

»ambos resultados es de mayor utilidad práctica? No »sabríamos decirlo. Sin duda, la oración es un gran »deber, demasiado olvidado en nuestro siglo; pero la »esperanza es un gran deber también, y dudamos que »se cumpla mejor hoy de lo que se cumple el de la plegaria. Si ésta es el principio de todas las gracias, la »esperanza es el móvil de la plegaria misma. Un soldado »sin esperanza es un soldado desalentado: mas entonces, ¿de qué le servirán las armas, por poderosas que »sean?»

Quien reflexione sobre el pensamiento e intentos del P. Ramière, echará de ver que la naturaleza de dicha Asociación no sería adecuadamente comprendida, si uno se limitara a considerarla como una Asociación dedicada a la oración; o a fomentar el espíritu de oración; o incluso, una forma de oración: la que se realiza en unión expresa al Corazón de Cristo, fuente de la caridad, y en cuya devoción se condensa «la religión entera». Quien aquí se detuviere, en efecto, olvidará lo que

el propio P. Ramière acaba de llamar «*los móviles de la plegaria misma.*»

Ahora bien: este móvil es un móvil apostólico desde la primera iniciación del Apostolado por el P. Gautrelet; ya que éste propuso a su sdirigidos suplir por la oración un trabajo misional que no les era materialmente posible. Pero la finalidad última de todo apostolado y «misión» reciba de la Iglesia es el Reinado Universal de Cristo en el Mundo, como anticipo de su Reino en el Cielo.

En adelante, y gracias al P. Ramière, podrá decirse que se habrá tomado conciencia explícita, en la Iglesia, de las virtualidades y fines de la Devoción al Corazón de Cristo; con estas virtualidades y fines la propondrán en adelante a la Iglesia los Romanos Pontífices.

El círculo de la unidad ha sido cerrado. Unidad de la vida sobrenatural y de sus virtudes básicas: fe, esperanza, caridad. Unidad de esta vida sobrenatural con la vida histórica del hombre.

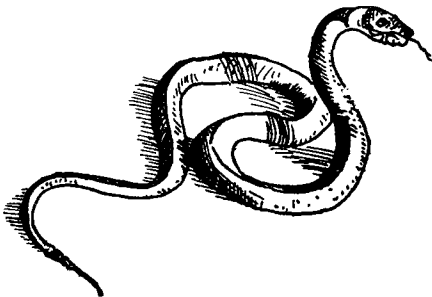
EL MAL ESPIRITU EN LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

La sólita oración preparatoria.

El primer preámbulo es la historia; será aquí como Christo llama y quiere a todos debaxo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debaxo de la suya.

El segundo, composición viendo el lugar; será aquí ver un gran campo de toda aquella región de Hierusalena, adonde el sumo Capitán general de los buenos es Christo Nuestro Señor; otro campo en región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer.

El tercero, demandar lo que quiero, y será aquí pedir conocimiento de los engaños de mal caudillo, y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero Capitán, y gracia para le imitar.



El primer punto es imaginar así como si se asentase el caudillo de todos los enemigos en aquel gran campo de Babilonia, como en una gran cátedra de fuego y humo, en figura horrible y espantosa.

El segundo, considerar como haze llamamiento de innumerables demonios, y cómo los esparce a los unos tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando *provincias, lugares, estado ni personas* algunas en particular.

El tercero, considerar el sermón que les haze, y cómo los amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de codia de riquezas, como suele, *ut in pluribus*, para que más fácilmente vengan a vano honor

del mundo, y después a crecida soberbia; de manera que el primer escalón sea de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia, y destes tres escalones induce a todos los otros vicios.

Así por el contrario, se ha de imaginar del sumo y verdadero Capitán, que es Christo Nuestro Señor.

(De los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio de Loyola. 2.^a Semana.)

(De los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, 5.^a Semana.)

COMENTARIO A LA MEDITACION DE LAS DOS BANDERAS

N.º 17, 1 de Diciembre de 1944

Desde luego se echa de ver que San Ignacio en las Reglas de Discreción distingue dos espíritus: el bueno y el malo. ¿Cuál es el sentido preciso que atribuye a estos vocablos?

En unas normas de discernimiento estos vocablos pueden recibir dos significados: uno abstracto y meramente moral, y otro concreto y personal. En el primer sentido, se dice de un cristiano o de un religioso que tiene buen espíritu o mal espíritu. En esta aceptación se toma la palabra cuando se habla de espíritu munda-

no, nacional, de clase. Si se analiza este sentido, se ve que en él se quiere dar a entender, por ejemplo, que la persona o corporación de la cual se afirma que tiene espíritu nacional, está imbuida, movida y regida por las ideas, sentimientos y tendencias propias de la nación, prescindiendo del origen que pueda tener esta manera de dominio que en la persona o corporación ejercen tales ideas, sentimientos y tendencias. Así un religioso, cuando de él se dice que tiene buen espíritu, es alabado, porque en su comportamiento manifiesta que está impregnado, regido e impulsado por los dictámenes prácticos, por los sentimientos, por los deberes propios de la religión a que pertenece.

La otra aceptación de la palabra espíritu es concreta y personal, y se contrapone a cosa corporal. Este es el sentido que se da a la palabra cuando se dice de Dios y de sus ángeles, que son los espíritus buenos; de Satanás y de los demonios, que son los espíritus malos.

La ligereza de pensamiento y la superficialidad naturalista de nuestros tiempos hace olvidar a no pocos cristianos en la práctica de la vida y en la manera de expresarse la acción providente e inmediata de Dios en los acontecimientos humanos. Pero aun está menos de moda hablar de ángeles y de demonios, como si su actuación en la vida hubiera cesado en nuestros tiempos o como si hubiera sido muy coartada su influencia. No parece sino que los descubrimientos, más o menos reales, más o menos pretendidos y pretenciosos, de la psicología de la subconsciencia han anulado la verdad indudable, la revelación indiscutible de la intervención e influencia de ángeles y demonios en la vida social e individual del hombre sobre la tierra.

Si es lamentable esta presuntuosa aberración más nos lo parece el abuso de aplicar palabras de sentido genuinamente cristiano y sobrenatural a concepciones puramente naturales. Hemos leído libro, por lo demás no falto de pensamientos profundos y de ideas verdaderas, en que se tergiversa el nombre execrando de Satanás y se usa de él como si en la revelación cristiana no fuera éste el nombre propio de las fuerzas e influencias subversivas que trastornan y amenazan destruir la sociedad.



Por lo que toca a San Ignacio, el sentido del vocablo espíritu en las Reglas de Discreción es, sin rebozo ni tergiversación posible, el personal y concreto: Dios y sus ángeles, Satanás y los demonios. Con ello reafirma el Santo la creencia tradicional y cierta, como fundada que está en la Sagrada Escritura y en la tradición cristiana, de la intervención frecuente de ángeles y demonios en la vida humana, y más aún, en la vida sobrenatural. Todo conato de modernizar, de minimizar o de paliar el pensamiento genuino de San Ignacio no podrá tener sino un valor pseudocientífico y está, desde luego, condenado al fracaso.

Al decir todo esto crea el lector que estamos muy

lejos de desdeñar los avances legítimos y seguros de la ciencia experimental; más éstos, no lo dudemos, no modifican ni modificarán una tilde de la doctrina y de los procedimientos de San Ignacio; a lo sumo, en cuanto se vaya comprobando que del fondo de la naturaleza pueden brotar estados de espíritu que un ojo miope o inexperto haya fácilmente de confundir con los estados de espíritu causado por las mociones de Dios, de los ángeles o de los demonios, se tendrá nuevo motivo que haga más necesario el Primer Discernimiento.

(De la revista «Manresa», por el P. Ramón Orlandis, S. J., enero 1940, pág. 12.)

DEL REINO DE SATANAS

Fragmento del trabajo: LA IGLESIA CONDENA LA MASONERÍA (números 177-178. 1 de agosto de 1951), de José Oriol Cuffi Canadell, redactor de la revista CRISTIANDAD desde su aparición. En 1958 fundó la revista "El Cruzado español" que actualmente dirige.

¿Qué han enseñado, qué decisiones han promulgado los Romanos Pontífices en relación a la masonería?

El documento pontificio más reciente y más extenso, sobre la secta masónica, es quizá la Encíclica dirigida a la Iglesia universal por el Pontífice León XIII el 20 de abril de 1884, y que comienza con las conocidas palabras "Humanum genus".

A dicha Encíclica queremos referirnos de un modo particular en el presente número, reproduciendo aquellos puntos que creemos resumen el pensamiento definitivo de la Iglesia sobre la masonería, y la sitúan exactamente en su ideología, en sus objetivos, en el papel que ejerce en el mundo, en sus afinidades y en su estrecho parentesco con otras sectas, para terminar precisando la condenación explícita dictada por la Sede Apostólica contra la misma, recogiendo igualmente las condenaciones anteriores dictadas por los Pontífices que precedieron en su sagrado ministerio a León XIII.

Para ello, presentaremos el contenido de la "Humanum genus", refiriéndonos a los extremos que en este aspecto consideramos esenciales.

Dos amores, dos reinos

León XIII comienza su mencionada Encíclica con estas palabras, que sitúan desde el principio el sentido y la significación de la masonería:

"El humano linaje, después de haberse, por envidia del demonio, miserablemente separado de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, quedó dividido en dos bandos diversos y adversos, de los cuales el uno combate

asiduamente por la verdad y la virtud, y el otro por cuanto es contrario a la virtud y a la verdad. El uno es el reino de Dios en la tierra, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo...; el otro es el reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los funestos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres, rehúsan obedecer la ley divina y eterna, y acometen empresas contra Dios o prescindiendo de Dios mismo."

El Papa cita a continuación las palabras del santo Obispo de Hipona, que describió estos dos reinos como dos ciudades, señalando al mismo tiempo su origen y significación:

"Dos amores — escribe San Agustín — edificaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, edificó la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial" (*De Civit. Dei*, lib. XIV, c. 17).

Concluyendo el Romano Pontífice:

"Durante toda la continuación de los siglos contienen entre sí con varias y múltiples armas y peleas, aunque no siempre con igual ímpetu y ardor."

Tenemos, pues, que la Humanidad está dividida en dos poderosos ejércitos, dos ciudades antagónicas: la ciudad celestial, en la que se agrupan los fieles a Dios y a su santa Iglesia, en combate perpetuo por la verdad y la virtud, por la valiente profesión de la fe, por la expansión del Reino de Jesucristo y por la defensa de los supremos derechos de la Iglesia, bajo la dirección y el magisterio del Pontífice Máximo de Roma, el sucesor de Pedro; frente a ella, la ciudad terrestre, la erigida



por Satanás, en cuyo seno se confabulan todos cuantos siguen los dictados de su caudillo, en una lucha sin tregua contra Cristo y la Iglesia por Él fundada, maquinando de continuo conjuras en nombre del materialismo ateo y sanguinario o disimulándolas bajo la capa naturalista y liberal de una pretendida e inicua neutralidad.

Estos ejércitos, estas ciudades, vienen combatiendo incansablemente desde los primeros tiempos y continúan luchando hoy aunque con desigual fuerza e intensidad. ¿Pero, dónde está el centro que amaestra y conduce a los súbditos de Satanás?

La masonería, guía de los enemigos de Dios

El Papa León XIII, dice terminantemente:

“En nuestros días todos los que favorecen la peor parte parecen conspirar a una y pelear con la mayor vehemencia, *siéndoles guía y auxilio* la sociedad que llaman de la masonería, extensamente dilatada y firmemente constituida.”

¿Qué hace la masonería? ¿Qué se proponen los masones?

Escuchemos al Papa:

“Sin disimular ya sus intentos, audacísimamente *se animan* contra la majestad de Dios, *maquinan* abiertamente y en público la ruina de la santa Iglesia, y esto

con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios que les granjeó Jesucristo nuestro Salvador.”

Por eso el Papa, ante la gravedad inmensa de estos males, clama a Dios, repitiendo las palabras del salmista (Ps. LXXXII, 2, 4), y añade:

“En tan inminente riesgo, en medio de tan atroz y porfiada guerra contra el nombre cristiano, es Nuestro deber

indicar el peligro,

señalar los adversarios,

resistir cuanto podamos sus malas artes y consejos para que no perezcan eternamente aquellos cuya salvación Nos está confiada, y no sólo permanezca firme y entero el reino de Jesucristo que por Nuestro cargo estamos obligados a defender, sino que se dilate con nuevos aumentos por todo el orbe.”

La masonería, fautora de naturalismo

Dice León XIII que el “último y principal” objetivo de la masonería es:

“Destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el Cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes *sacadas de las entrañas del naturalismo*.”

Y ¿qué es el naturalismo?

“Es principio capital — enseña el Papa — de los que siguen el naturalismo, como lo declara su mismo nombre, que la naturaleza y razón humana ha de ser en todo maestra y soberana absoluta; y sentado esto, descuidan los deberes para con Dios, o tienen de ellos conceptos vagos y erróneos.

Niegan, en efecto, toda divina revelación;

no admiten dogma religioso ni verdad alguna que no pueda comprender la razón humana,

ni maestro a quien precisamente deba creerse por la autoridad de su oficio,

Y como en verdad es oficio propio de la Iglesia Católica, y que a ella sola pertenece el guardar enteramente y defender en su incorrupta pureza, el depósito de las doctrinas reveladas por Dios, la autoridad del magisterio y los demás medios sobrenaturales para la salvación, de aquí el haberse vuelto contra ella toda la saña y ahínco de estos enemigos.”

Seguidamente, el Romano Pontífice señala la acción de la masonería en lo que respecta a la religión, para demostrar que

“todo su empeño está en *llevar a cabo las teorías de los naturalistas*”.

He ahí los principales intentos y realizaciones de la masonería:

“*Anular* en la sociedad toda ingerencia del magisterio y autoridad de la Iglesia”;

“*separar* totalmente la Iglesia y el Estado”;

“*combatir* impunemente de palabra, por escrito y en la enseñanza, los mismos fundamentos de la religión católica”.

Pero, además, la masonería,

“abriendo los brazos a cualesquiera y de cualquiera

religión, consigue inducir de hecho *al grande error de estos tiempos*: a saber, el indiferentismo religioso y la igualdad de todos los cultos; conducta muy a propósito para arruinar toda religión, singularmente la católica, que como única verdadera, no sin suma injuria puede igualarse a las demás”.

Y así como los naturalistas, “lanzados audazmente por las sendas del error”, llegan a dudar incluso de aquellas verdades “que se conocen por el uso natural de la razón, como son la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma”, los masones llegan a afirmar que la verdad de la existencia de Dios no está impresa “en la mente de cada uno”.

“De hecho, la secta concede a los suyos libertad absoluta de defender que Dios existe o que no existe.”

También,

“*Los naturalistas y los masones*, que ninguna fe dan a las verdades reveladas por Dios, *niegan* que pecara nuestro primer padre, y estiman por tanto al libre albedrío en nada amenguado en sus fuerzas ni inclinado al mal”.

De ahí vemos ofrecerse:

“Periódicos y revistas sin moderación ni vergüenza alguna;

obras dramáticas licenciosas en alto grado;

asuntos para las artes sacados con protervia de los principios de ese que llaman realismo;

ingeniosos inventos para las delicadezas y goces de la vida...”

Y como los mejores servidores “de esos hombres sagaces y astutos”, son “los que tienen el ánimo enervado y quebrantado por la tiranía de las pasiones”, alguien de la secta masónica dijo públicamente:

“que ha de procurarse con persuasión y maña que la multitud se sacie de la innumerable licencia de los vicios, en la seguridad que así la tendrán sujeta a su arbitrio para atreverse a todo”.

La masonería concuerda con el comunismo y el socialismo

Los errores de masones y naturalistas en medio de una sociedad desconocedora de sus ligámenes y relaciones con Dios, han de bastar por sí mismos

“para infundir a los Estados miedo y espanto”.

Porque

“quitando el temor de Dios y

el respeto a las leyes divinas,

menospreciada la autoridad de los Príncipes,

consentida y legitimada la manía de las revoluciones,

sueltas con la mayor licencia las pasiones populares,

ha de seguirse por fuerza universal mudanza y trastorno”.

Y precisamente,

“esta mudanza y trastorno es lo que de muy pensado maquinan y ostentan de consumo *muchas sociedades de comunistas y socialistas*, a cuyos designios no podrá decirse ajena la secta de los masones, como que *favorece* en gran manera sus intentos y *conviene con ellas en los principales dogmas”*.

El Papa recuerda de un modo explícito que

“esta Sede Apostólica *denunció* y proclamó abiertamente que la secta masónica, constituida *contra todo derecho y conveniencia*, era no menos perniciosa a la Religión cristiana que al Estado, y amenazando con las más graves penas que suele emplear la Iglesia contra los delincuentes, prohibió a todos inscribirse en esta sociedad”.

Y a renglón seguido, recuerda el Papa cuatro Constituciones apostólicas relativas a la secta.

Y más adelante, el Papa León XIII, después de referirse al “fingimiento y astucia de los afiliados a esta iniquidad”, y ante los progresos enormes de la masonería “que parece haberse hecho casi dueña de los Estados”, concluye:

“Ahora, a ejemplo de Nuestros Predecesores, hemos resuelto *declararnos de frente* contra la misma sociedad masónica, *contra el sistema de su doctrina*, sus intentos y manera de sentir y obrar, para más y más poner en claro *su fuerza maléfica e impedir así el contagio de tan funesta peste”*.

Y en los párrafos finales de su Encíclica, dispone:

“Así que todo lo que decretaron los Romanos Pontífices, Nuestros antecesores, para impedir las tentativas y los esfuerzos de la secta masónica, cuanto sancionaron para alejar a los hombres de semejantes sociedades o sacarlos de ellas, todas y cada una de estas cosas *damos por ratificadas y las confirmamos con Nuestra autoridad apostólica*. Y confiadísimos en la buena voluntad de los cristianos, rogamos y suplicamos a cada uno en particular *por su eterna salvación* que estimen deber sagrado de conciencia el no apartarse un punto de lo que en esto tiene ordenado la Silla Apostólica.”

Las exposiciones empleadas por los Papas anteriores y repetidas y confirmadas por el Papa León XIII, aparecen claras y sin posibilidad de interpretación distinta de lo que explícitamente manifiestan las palabras empleadas.

Los Romanos Pontífices, condenan terminantemente la secta masónica.

¿Qué valor tiene esa condenación?

¿Son infalibles al señalar los principios fundamentales de la masonería y al fulminar contra ella el más absoluto y expreso anatema?

LA TRADICION ESPAÑOLA FRENTE AL LIBERALISMO

En 15 de abril de 1945, número 26, **CRISTIANDAD** publicó un número monográfico sobre la unidad católica de España. Reproducimos unos fragmentos del artículo de Manuel Senante: **CONSTANTE LUCHA DE LA VERDADERA ESPAÑA CONTRA EL LIBERALISMO**. Véase también en el mismo número el trabajo de Luis Ortiz y Estrada: **EL LIBERALISMO ES POLÍTICO Y EN LA POLÍTICA HAY QUE COMBATIRLO**.

Gloria inmarcesible de Recaredo es haber proclamado en el Concilio III de Toledo la Unidad Católica en nuestra Patria.

Desde entonces España ha luchado siempre denodadamente contra todos los errores que han querido arrebatárle esa joya preciadísima, que es el timbre más preclaro de su bandera y de su historia, y lo que constituye la esencia de nuestra nacionalidad.

Por que la Religión Católica, no es sólo un sentimiento, que se incorpora a nuestra vida nacional, como alguien ha dicho.

Es más, mucho más, infinitamente más que eso. Es la creencia, la norma de Fe que ha dado a España la unidad nacional, la cual sin ella no hubiera sido posible, y sólo por ella, como ha dicho Menéndez Pelayo, adquirió nuestro pueblo vida propia y conciencia unánime; sólo por ella arraigaron nuestras instituciones y fue la Unidad Católica la que hizo la grandeza de España en el siglo de Oro.

La Religión Católica es, pues, el fundamento, la piedra angular del cimiento de la nación española.

Contra la Unidad Católica se han levantado muchos errores, pero quizá el más temible haya sido el liberalismo, verdadera lepra de la sociedad, como lo califica una doctísima pluma, error cuyos efectos y cuyas influencias han llegado hasta nuestros días.

* * *

El liberalismo, en síntesis, es la emancipación social de la ley cristiana, o sea, el naturalismo político. Es decir que liberalismo es desconocer, ya en el orden de los principios ya en el de los hechos, la suprema autoridad de Dios, no sólo sobre el individuo, sino también sobre las naciones y los Estados, que deben acatar y someterse en todo a la ley natural y divina, contra lo cual nada pueden legislar ni establecer.

* * *

Por tanto, ni la República ni la democracia, ni los Gobiernos populares ni la Monarquía absoluta o templada son *de suyo* liberalismo, "con tal que acepten sobre su propia soberanía la de Dios y reconozcan haberla

recibido de Él y se sujeten en su ejercicio al criterio inviolable de la ley cristiana."

* * *

Cierto que de ordinario el liberalismo ha escogido las formas democráticas y populares, pero también ha encarnado en formas monárquicas y autoritarias de las que tantos ejemplos hay en la Historia.

* * *

Dedúcese de aquí que el llamado *totalitarismo*, hoy tan en boga, es un régimen verdaderamente liberal, porque atribuye al Estado una autoridad y un poder que van contra la ley natural y divina. Y así, la Sagrada Congregación de Seminarios y Estudios, declaró errónea la proposición que dice: "El hombre no existe sino por el Estado y para el Estado. Todo lo que él posea en derecho se deriva únicamente de una concesión del Estado".

* * *

No fue así la tradicional y venerada Monarquía española, que así como dice Menéndez Pelayo, era cristiana en su esencia y democrática en su forma; es decir, reconocía y respetaba los derechos de los pueblos y las instituciones seculares, dique y valladar que hacía imposibles las extralimitaciones del poder real.

* * *

No hay que confundir, pues, el liberalismo con las formas de gobierno. A todas se adapta y todas las puede convertir en instrumento de su obra destructora de la sociedad cristiana.

Presenta el liberalismo muy diferentes aspectos, grados y matices, desde el exaltado y como se dice anticlerical furibundo, al más moderado y conservador, llegando hasta el liberalismo católico o catolicismo liberal reiteradamente condenado por Pío IX, de santa memoria, en muy solemnes ocasiones, como condenó el

liberalismo todo, sin distinción, en la proposición LXXX del "Syllabus". Contra el liberalismo de todas clases y matices ha luchado siempre España con la espada y con la pluma, en los campos de batalla y en las Asambleas legislativas.

Puede afirmarse que la primera vez que con las armas se levantó España contra el liberalismo fue en la guerra de la Independencia que tanto como española y de independencia, fue guerra de religión contra las ideas del siglo XVIII difundidas por las legiones napoleónicas que las importaron a España.

* * *

Despertó valientemente España, y, como dice Menéndez Pelayo, se organizó la resistencia democráticamente y a la española, avivada y enervada por el espíritu religioso que vivía íntegro en el pueblo, y acudida y dirigida en gran parte, por los frailes, pues los cortesanos, los abates, los literatos, los economistas y los filántropos tomaron muy desde el principio el partido de los franceses.

Reintegrado Fernando VII al trono de España y cumplidos con ello los deseos de los buenos españoles, cuyas aspiraciones se condensaban en el manifiesto que, firmado por buen número de diputados, le presentó en Valencia Nozo de Rosales, inspirado todo él en la doctrina tradicionalista, vieron defraudadas sus esperanzas, pues Fernando VII no acertó a restaurar la tradicional y venerada Monarquía española sino que entronizó un absolutismo ajeno por completo a ella y dio entrada a los afrancesados y a los amigos del "despotismo ilustra-

do" discípulos de la Enciclopedia, liberales como los legisladores de Cádiz, con todo lo cual acabó por sublevar los ánimos del verdadero partido tradicionalista.

Y comenzaron las insurrecciones realistas que algunos con razón han calificado de precaristas y que siempre fueron en defensa de los intereses espirituales.

* * *

No fueron, pues, guerras dinásticas, sino verdaderas guerras contra el liberalismo, que informaba la actuación de aquellos Gobiernos y que había provocado desmanes y atentados, no sólo contra los tradicionalistas, sino contra personas y cosas sagradas atropellando los derechos de la Iglesia.

Cierto que la tercera guerra, suscitada a la muerte de Fernando VII, se luchó también por el derecho de don Carlos a ocupar el trono, pero don Carlos abrazó la causa de la Tradición española y por eso esta guerra fue, como todas las anteriores, por la España católica, tradicional, contra el liberalismo que se amparaba en el trono de Isabel II.

Lucharon, pues, los tradicionalistas en aquellas tres guerras, como han luchado en nuestros días, y como luchó España en la guerra de la Independencia, por Dios, por la Patria y por el Rey, lema de su bandera enaltecido por la sangre de tantos héroes; lucharon contra el liberalismo disolvente, que necesariamente lleva al socialismo y al comunismo, como han demostrado plumas autorizadas y como estamos viendo en nuestros días, en que se ha llegado a las funestas y necesarias consecuencias de la herejía liberal.

SAN JOSÉ PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

San José, que por providencia de Dios fue en la tierra el protector de Jesús niño y que experimentó la pobreza y la sujeción al trabajo manual, fue nombrado por Pío XI Patrono de la actividad de la Iglesia Católica contra el comunismo ateo. Juan XXIII en la hora solemne del Concilio depositó en San José su confianza y lo proclamó Patrón del Vaticano II. Por el mismo Papa fue introducido su nombre en el Canon de la Misa como intercesor especial después de la Bienaventurada Virgen María.

Renovamos en este número conmemorativo nuestra devoción al glorioso Patriarca San José, de cuyo linaje davídico no podemos participar por la carne, pero al que pretendemos pertenecer espiritualmente por la gracia, pues con la misma esperanza con que sirvió a la extraordinaria tarea que Dios puso en sus manos, esperamos por la divina misericordia colaborar al advenimiento del Reino de Dios, en compañía de Jesús y de María.

CRISTIANDAD da gracias a Dios de que en sus páginas ha sido también expuesta y proclamada la advocación de San José. Véase en el n.º 234 la «Meditación navideña» de Jaime Bofill. En el n.º 72 el artículo editorial «San José, modelo de luchador contra el comunismo ateo mundial». La piedad Josefina del P. Francisco Segura, S. I. quedó manifestada en el opúsculo «San José en el Evangelio, en el Canon y en el Concilio».

EL LATIGO EN EL TEMPLO

La serie de artículos titulada LA CRUZADA DE OCCIDENTE, de Eduardo Conde, fue recopilada en un libro prologado por el P. Ramón Orlandis, S.I. Reproducimos un fragmento de EL LATIGO EN EL TEMPLO perteneciente a la mencionada serie, del número 144, 15 de marzo de 1950.

La infinita sabiduría que viene concentrada en los Santos Evangelios nos da, para cada momento o situación posible de la vida, una adecuada solución. Nada queda por definir, y nada puede escaparse de este maravilloso enjuiciamiento del hombre en todos sus momentos y en todas sus actividades. Además, para cada caso, los Santos Evangelios, al hacer permanente, y multiplicar hasta el infinito de las gentes y de los días, la presencia del Señor entre los hombres, otorgan a los mismos, y a través del gesto del Señor, el tratamiento adecuado.

La presencia de Cristo en la tierra se manifiesta así de distintas maneras igualmente expresivas y necesariamente aleccionadoras. Así le vemos, aureolado de luz de amanecer, abriendo la paz inigualable de sus brazos amorosos a los niños, o por el contrario, poderoso y rígido, emanando destellos inflamados de ocaso, empuñar el látigo y fustigar implacable con él a los mercaderes del Templo.

Pues bien, creemos que ha llegado el momento para nosotros, adecuado a la circunstancia que vive el mundo, de expresarnos violentamente y de empuñar el látigo de una dialéctica implacable, para aclarar definitivamente los conceptos.

Son dos los pecados que originan esta situación. Dos pecados al parecer poco importantes: la codicia y la transigencia.

Son también dos los pecados que llevan a las civilizaciones de Occidente fuera del marco de la Ley de Dios: los mismos de entonces magnificados a proporciones mundiales. La codicia o afán de beneficio inmediato, que lleva a los hombres y a los pueblos a concepciones económicas de un materialismo infrahumano, y la transigencia sin límites de este mismo materialismo que, en alas oportunistas, lleva a las gentes y a los pueblos, en etapas sucesivas de apaciguamiento y condescendencia, al mismo impío terreno que llevó a los otros pretéritos traficantes: a prescindir de la presencia y respeto de Dios.

En el entonces de la expulsión de mercaderes del Templo, la diestra de Dios señala y se agita implacable frente a la moderación sinuosa de gentes que se creían autorizadas por su oficio y afán de beneficio a minar el prestigio y apartarse del respeto de Dios. Se trataba, desde luego, de elementos afines y aparentemente inofensivos, gentes amables y serviciales.

El duro castigo pone de manifiesto una rígida condi-

ción intransigente frente a todo movimiento sedicioso, o frente a toda falsa interpretación del único sentido que debe atribuirse a la Verdad.

De esta fuente nacen un sinfín de corrientes materialistas; de esta desviación nace la más monstruosa mixtificación religiosopolítica de todos los tiempos. Dando forma a tantas y tan coincidentes transigencias, nace la doctrina materialista que, al grito sofístico de "libertad", erige al hombre en fundamento y origen de todo derecho y relega a Dios a un segundo plano intrascendente.

Por este camino, del hombre por el hombre, y para el hombre, se desliza la humanidad por pendientes de democracia hacia el despeñadero inevitable del comunismo.

Pues bien, todas estas formas que pretenden seguir llamándose cristianas, caben dentro del ámbito del "Templo", y así no debe extrañarnos que, cuando se reúnen a discutir los representantes, más o menos cristianos, de estos pueblos, sus discusiones deriven hacia el terreno económico, que es, en definitiva, el que mejor se ajusta a su condición transigente de comerciantes positivistas.

Pues bien, con esto y aquí llegamos al punto crucial de este escrito, con el que nos atrevemos a enjuiciar a estas tímidas adaptaciones que, con nombres compuestos, forman los "partidos" que pretenden encuadrar la tímida condición de los cristianos.

Entendemos que estas gentes pueden equipararse a los mercaderes, por cuanto en la mayor parte de los casos su encuadramiento responde menos a una inquietud espiritual que a su material conveniencia, y, además, porque todas estas definiciones democráticas tienen el vicio de origen de instituir al hombre como base fundamental de su doctrina y *derivan necesariamente hacia la economía*, que es la ciencia de esta sociedad materialista. Su definición es siempre ambigua, y por esto se refugian en los nombres compuestos para definir el partido en que militan.

Hemos dicho otras veces que para el momento gravísimo que va a vivir la humanidad, las definiciones vagas deberán ceder el paso a las afirmaciones concretas. Precisamente lo que va a liquidarse en esta guerra que viene son necesariamente estos partidos políticos que han servido al materialismo para gesticular, con el artificio dialéctico de su falta de contenido.

El momento que viene es el de la liquidación defi-

nitiva de estas sofisticas concepciones, fundiendo en conceptos mucho más amplios la pequeñez de las antiguas definiciones. *Con Dios o contra Dios; he aquí cuál va a ser el punto de partida.* Contra Dios incluye a cuantos se sientan suficientes para materializar en sí mismos, y en el corto espacio de su permanencia terrena, toda su aspiración. Los escépticos, los apáticos, los indiferentes, se sumarán a los ateos.

Ahora bien, si esto es así para este mañana que preveemos, es justo que tratemos de anticiparnos a lo que viene, haciendo de este modo más consciente nuestra condición de tránsito. Esto sólo lo obtendremos denunciando ya ahora, implacablemente, todo aquello que, por su condición indefinida o simplemente viciada por la influencia de este materialismo que padecemos, viene a desdibujar los perfiles de la definición intransigente que nos atribuimos cuantos cristianos vivimos sujetos a la Ley de Dios.

El momento ya no es ni político ni económico. El momento es de Cruzada espiritual, de Cruzada de Occidente, si por Occidente entendemos todo lo que somos como consecuencia de nuestra cultura milenaria y de nuestra condición intransigente de cristianos. Es el momento de decir esto, y de ofrecer nuestro sacrificio como consagración de la verdad que poseemos; y al hablar de sacrificio lo hacemos con plena conciencia de que, al denunciar todo cuanto transige, nos cerramos las puertas de todos los partidos y de casi todos los estamentos políticos actuales.

En la etapa que viene, y como ya dijimos antes, la razón original del impulso será necesariamente religiosa. En los momentos decisivos de la vida, y frente al trance total de la muerte, los hombres acuden a Dios. Los pueblos van a hacer lo mismo en esta coyuntura que se avecina, que entraña también riesgo de muerte, y nosotros queremos anunciar esta realidad ineludible destruyendo todo confucionismo.

Hemos visto sin cesar, en el curso de estos tristísimos años de guerra y postguerra, cómo el materialismo ha desviado siempre la cuestión política hacia el campo económico. Así hemos visto, sin que esto nos haya sorprendido lo más mínimo, cómo estos gravísimos problemas de la recomposición del mundo, que eran necesariamente no sólo políticos, sino de la más alta y trascendental política, derivaban fatalmente hacia el llamado plan Marshall, como único o último recurso de una sociedad incapaz de definirse. El plan Marshall es, en definitiva, la sustitución del concepto cualitativo por el cuantitativo, y nosotros lo equiparamos a lo que en fisiología representaría sustituir la función pensante de la cabeza por la función digestiva del vientre.

Pues bien, si la graduación de estos problemas humanos se establece en una línea que va de lo religioso a lo político y de lo político a lo económico, no nos va ser difícil entendernos. Nuestra intransigencia nos lleva a no *mezclar* estos tres conceptos, sin por ello dejar de entender que cada uno de ellos se refiere a lo que somos y, por lo tanto, es ineludible reconocer la función carac-

terística de los mismos. Comprendemos, y lo hemos denunciado tanto como hemos podido, la gravedad creada al mundo por el confucionismo o, mejor dicho, por la desviación de los dirigentes materialistas de todo matiz que han pretendido servirse inadecuadamente de los principios que estos conceptos encierran. Sirviéndonos de la figura fisiológica, y atribuyendo al vientre la función económica, a la cabeza la función política, y al corazón la religiosa, se nos ha antojado este disparate que denunciamos, como consecuencia del desvío de estas gentes que han querido atribuir al vientre condición rectora y pensante.

Ahora ya hemos superado, a nuestro entender, este dramático episodio. Desgraciadamente, y como tantas veces veníamos denunciando, ya no existe rectificación razonable a tanta monstruosa acumulación de errores. El problema económico, que debía resolverse mediante una adecuada solución política, no tiene ya más solución que la violencia, y esta violencia que por siglos y siglos ha sido contenida por límites de espacio o de concepto, ahora no puede ser ni limitada ni contenida. La convulsión desbordará, pues, todas las economías y todas las políticas. Los movimientos del vientre y de la cabeza terminan en este caos, y de este caos nace el momento funcional del corazón.

Momento del corazón. Momento religioso del mundo para la más dramática de las coyunturas. Este corazón del mundo continuará latiendo mientras reciba el impulso misterioso de Dios...

Terminamos aquí este argumento insistiendo en lo inicial. Con Dios nuestro Señor no se transige, y la zona religiosa del corazón es zona de intransigencia. El corazón abraza la verdad, y esta verdad no puede ni debe ser disminuida ni condicionada.

Los últimos espasmos del aparato digestivo del mundo materialista son, a nuestro entender, estos intentos de definición mixta de los partidos políticos, mediante los que se pretende relacionar lo que se va con lo que viene. Posiblemente lo que se va es todo esto que se define como "democrático" o "social" y que, en definitiva, constituye el último rescoldo del incendio "libertario" en la Revolución francesa. Lo que viene es lo cristiano.

Pero para nosotros lo cristiano es neto, simple y sencillo, sin paliativo ni aditamento. Lo que es de Dios es esencial, y sólo cabe en el Templo lo que es de Dios. Por esto entendemos suficiente la lección de intransigencia que nos da el Señor, al expulsar del Templo las razones económicas de los mercaderes judíos de entonces.

La Cruzada de Occidente será un movimiento religioso, un movimiento de "verdad" que nacerá del corazón y, por lo tanto, no cabe en él ni el sentido económico que hoy impera ni las fórmulas políticas que hoy todavía pretenden confundir o fundir lo que se va con lo que viene.

Para estas fórmulas entendemos se aplica el concepto rígido del látigo del Templo. Así lo entendemos y así lo decimos.

VERGARISMO

Del artículo del mismo título, firmado por Pablo López Castellote, número 315, 1 de mayo de 1957.

Ver también en el mismo número ESPAÑA SE RESISTE, de Carlos Feliu de Travy, y 14 DE ABRIL Y 19 DE JULIO, de Luis Luna Gil. Además EL CONVENIO DE VERGARA, de M. A. López, números 319-320 de julio de 1957.

Nadie se moleste en buscar la palabra que encabeza estas líneas en ningún diccionario, porque, de seguro, no la hallará. Mas no por eso podrá nadie negar el derecho que me asiste a usar del privilegio de los "ismos", tan generalizado hoy, para formar la exótica palabra.

Y digo exótica no tanto por el engendro mismo que resulta de la adición del tan atraído y llevado sufijo a la otra palabra, cuanto por esa otra palabra: Vergara. Porque "Vergara", que en un tiempo dijo mucho a muchos españoles, hoy, desgraciadamente, apenas dice nada a nadie.

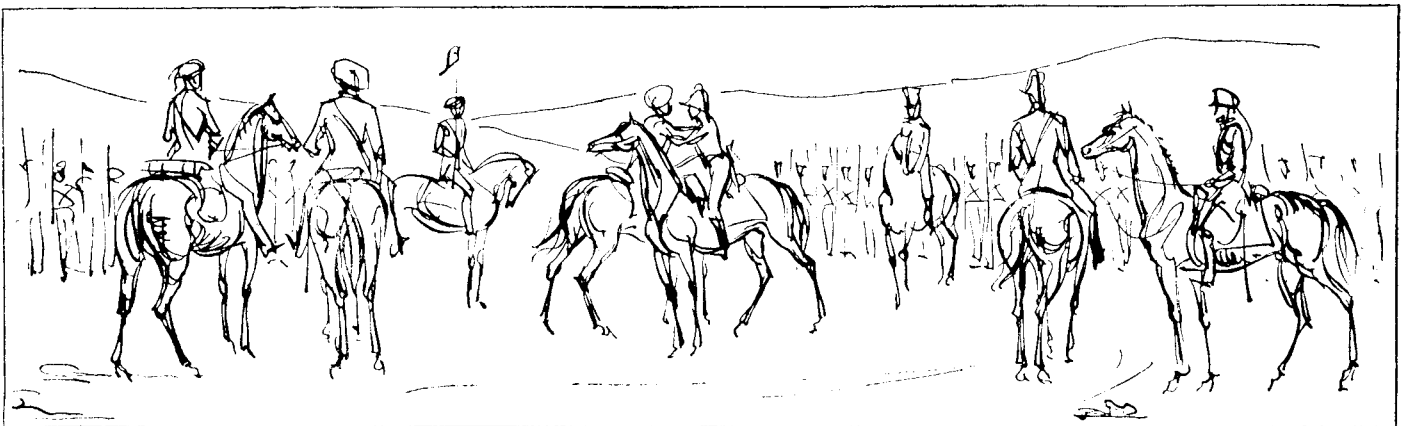
Vergara fue el fin de la primera guerra carlista, fue la primera unificación oficial entre aquellas dos Españas de que nos habla Menéndez Pidal, fue el efusivo abrazo que ahogó en una "dichosa paz" los generosos intentos de un pueblo, fue la pincelada que impermeabilizó a la historia contemporánea española contra la "borrascosa" religiosidad de los "serviles".

Por eso resulta exótica traer a colación tal nombre con tal sufijo; porque Vergara ha sido siempre considerado como un hecho muy concreto, del cual apenas merece la pena acordarse, si no es para glorificarlo como pacífico fin de un cruento fratricidio. Y para expresar esto ya tenemos muchos otros términos más usados y más modernos.

Pero si aquí, en vez de "Vergara" decimos "vergarismo", es porque lo que allí sucedió lo consideramos más como una táctica que como un hecho, y porque ese nombre, considerado como táctica, derrama mucha luz sobre toda la historia contemporánea de España.

Vergarismo fue la Ilustración del siglo XVIII que, en nombre del progreso, nos llevó a pactar con la Revolución y a hundir los restos de nuestra escuadra en Gibraltar defendiendo a la Diosa Razón. Vergarismo también el afrancesamiento que, con el velo de la "oportunidad", y de la "resignación" ante los hechos consumados, y de la "conveniencia" del oreo, se avino no sólo a pactar, sino a servir a la Revolución personificada en José Bonaparte. También el patriotismo de las Cortes de Cádiz fue en definitiva vergarismo, porque, mientras la mayoría de los españoles derramaban su sangre por Dios, por la Patria y por su Rey, ellas se abrazaban con los principios de la Revolución, hasta implantar en nuestra patria una Constitución calcada sobre la primera que tuvo la nación vecina.

Vergarismo fue también, a pesar de toda la historiografía liberal, la llamada "ominosa década", pues basta leer las "Memorias del Alcalde de Roa", un pobre hombre del pueblo, para darse cuenta de que en esa década no fueron los liberales los "mártires" — como siempre se ha dicho —, sino el pueblo de la guerra carlista y del desengaño de Vergara; y esto porque la Corte de Fernando VII fue centro del más avanzado vergarismo — del que no entendía el pueblo —; vergarismo que se realizó bajo la égida del "Deseado" con la comunión de despotismo ilustrado, afrancesamiento, constitucionalismo al estilo de la "Carta" francesa, absolutismo personal, liberalismo y masonería. Todo lo cual desembocó en la monarquía liberal, cuyos orígenes no son tan claros como han supuesto la mayoría de los historiadores. Basta



para darse cuenta de ello ojear las obras de Suárez Verdaguer.

Mas ni el siglo XVIII, ni las Cortes de Cádiz, ni el fernandismo, ni la tramoya de la instauración isabelina pudieron acabar con la santa intransigencia de un pueblo que sólo con dolorosos abrazos ha sido reducido a silencio.

Por eso, cuando consumada ya la división entre los españoles por la cuestión dinástica, apareció, con el matrimonio de Isabel II, una seria posibilidad de arreglo con el enlace de las dos ramas, como quería Balmes, el partido moderado propone un nuevo Vergara con la unificación de la "reina de los carlistas" y el "consorte de los isabelinos". El plan no fue aceptado, y se consumó el desgraciado matrimonio de la reina con su primo Francisco de Asís.

Y de tumbo en tumbo, y de debilidad en debilidad, se llegó al año 1868, en que la Revolución, sintiéndose ya con fuerzas suficientes, se atrevió a echar por la borda a su antigua aliada, la monarquía liberal. Después el caos.

Mas los "abrazos" de Vergara no habían muerto; y en medio del caos levantaron de nuevo su recia voz: fue la segunda guerra carlista, a la que dio la estocada mortal el sagaz Cánovas del Castillo con la Restauración

del hijo de Isabel, que tantas esperanzas fallidas había de despertar en muchos corazones. Esta vez el vergarismo permitió que se levantase sobre todos los españoles el artículo 11 de la Constitución, y que fuesen regidos los destinos de España por masones públicamente conocidos.

Las consecuencias no podían ser otras que las del 14 de abril: La monarquía alfonsina acabó con el nuevo y espantoso abrazo entre el Conde de Romanones y Alcalá Zamora en casa del doctor Marañón. Con él se entregaba España a la II República, de tan tristes recuerdos para todos, porque con ese nombre está indisolublemente unido en horroroso abrazo el millón de muertos de la Cruzada.

Y no acabó todavía con la Cruzada el vergarismo. En nuestros días son muchos los que lo propugnan como única salvación de España. Y no sólo en el plano político, sino en el religioso, y no sólo en el plano social, sino en el individual, de modo que en cada español se realice un "abrazo de Vergara" entre las tendencias que le llevan a Dios y las que le llevan al diablo.

Así sin duda nos libraríamos de otro 14 de abril, porque para las nuevas circunstancias el 14 de abril quedaría muy atrás.

ACCION DE GRACIAS

Vivimos de Fe y de Esperanza. No por nuestros méritos, sino por la gracia que Dios nos concede. Por ello es que, a las veces, nos conducen las tinieblas bajo la guía de la Fe. Y nos alimenta y nos sostiene con la Esperanza dándonos fuerzas — que es Él quien las da — para esperar contra toda esperanza.

Mas también a veces nos quiere otorgar un consuelo. Rasga el velo procurándonos una manifestación tal de su Providencia que nosotros no podemos que prosternarnos y adorarle. Y, por un momento, sentimos como si ya viviésemos de evidencia, no ya de sola fe y de sola esperanza.

Creemos, humildemente, que esta manifestación es palpable ante la simple visión de lo que ha sido SCHOLA CORDIS IESU y CRISTIANDAD, a lo largo de los cuarenta y cinco años de la primera y de los veinticinco de la segunda.

Demos gracias a Dios y expresemos nuestra confianza en la Providencia. Y al hacerlo, demos también gracias especialmente por aquellas figuras a quienes debemos tanto. Sólo podemos señalar algunas al azar.

De los primeros tiempos, nuestro amigo Juan Bosch Mauri, que fue alma de todos los inicios de SCHOLA.

Y los que gozan ya el premio de la Gloria. Aquel caballero cumplido, ejemplar Celador Francisco Lacruz Casamayor. Nuestros dos inolvidables compañeros, José M.^a Planas Corbella y José Oriol Anguera de Sojo, los modélicos por excelencia. Y el gran patricio, Pedro Sáenz Díez, la generosidad misma. Agustín Peyra y José M.^a Modolell, tan destacados artífices de cuanto tenemos y somos. Y Jaime Bofill, nuestro segundo maestro. Y Alejandro Caminals a quien debemos el cuadro de María Medianera que preside la capilla y sala de SCHOLA CORDIS IESU...

ESPIRITU DE VILADRAU

Artículo de Francisco Canals Vidal, publicado en el número 423, mayo de 1966. En relación con su contenido ver también: APERTURAS, de José M.^a Mundet Gifre, y LOS MODERADOS EN BALMES Y MENÉNDEZ PELAYO, de José M.^a Alsina Roca.

La exigencia de las circunstancias ha puesto en marcha el diálogo sobre el futuro político de España, posibilitado por la recién instaurada libertad de prensa. Para los redactores de esta revista es deber ineludible aportar el testimonio individual y colectivo de sus actitudes y de su toma de posición.

Hemos creído que la forma más auténtica de hacerlo nos obliga a referirnos a una serie de actuaciones y contactos que se concretaron en un hecho al que alude, de un modo muy concreto y vital, el título que encabeza estas líneas.

Durante el verano de 1955 la hospitalidad cordial y sencilla de Jaime Bofill ofreció marco y ambiente, en su tradicional casa de Rusquellas, en Viladrau, a una conversación entre amigos sobre los interrogantes que el futuro político planteaba. El tono y estilo de aquel diálogo estuvieron marcados por la madurez y seriedad que imponía la presencia, espiritualmente dirigente, del P. Ramón Orlandis, S. J.

Este espíritu de Viladrau, decía el P. Orlandis, se manifestará con el tiempo como aportación constructiva y salvadora para los problemas nacionales. Por esto nosotros daremos este nombre a todo un conjunto de actitudes y de gestos, anteriores y posteriores a 1955, que sentimos ahora como concretados en el recuerdo de aquella reunión.

El intento de este artículo compromete a quien lo firma a un esfuerzo de fidelidad a los criterios y tareas de un grupo. Debe no obstante puntualizar su personal responsabilidad por el desarrollo y por la concreción actualizadora de los puntos que aquí se sugieren. En este sentido es también un aporte personal al diálogo con los redactores o colaboradores de esta revista que estuvieron al margen de aquellas tareas, y también con nuestros lectores.

No nos interesamos ahora por lo anecdótico. Tampoco intentamos formular un programa político; ni mucho menos esbozar un proyecto de "constitución". Tratamos sólo de caracterizar, con sentido realista y con la más directa preocupación por la actualidad, lo que nos parece fue el contenido y el mensaje de aquel "espíritu de Viladrau".

En este sentido deben ser leídos los once puntos o párrafos que van a continuación y cuyo comentario iniciamos.

La victoria de la Cruzada nacional del 18 de julio de 1936 constituye irrevocablemente el fundamento de la vida política española.

Unidad católica. Regulación jurídica de la libertad religiosa según la declaración conciliar, de acuerdo con lo que, a juicio de la Iglesia, exija el bien común nacional e internacional.

Renuncia definitiva a cualquier derecho de presentación o patronato. Supresión concordada del presupuesto de culto y clero.

Libertad de expresión y de prensa, con el necesario respeto a los fundamentos de la vida social y política.

Autarquía de las Universidades y demás corporaciones docentes. Libertad de enseñanza en todos sus grados, regulada según las exigencias del bien común nacional.

Autarquía de los municipios y corporaciones administrativas regionales.

Respeto a las libertades de asociación fundadas en el orden natural, especialmente en el ámbito profesional y del trabajo.

Estricto respeto al derecho natural de propiedad privada. Política de desarrollo económico y promoción social orientada hacia la justa distribución de la riqueza, con especial atención a los medios rurales. Se evitarán concentraciones innecesarias de capital, ya sean estatales, paraestatales o privadas.

El carácter auténticamente representativo de las Cortes se asegurará por la naturaleza autárquica de las corporaciones administrativas regionales y municipales, de las Universidades, y de las asociaciones profesionales y del trabajo.

La soberanía reside en la Corona. El poder legislativo compete a las Cortes con la Corona. La evolución constitucional se realiza por legislación ordinaria, con la sanción soberana de la Corona.

La instauración del Reino exige constitutivamente el reconocimiento expreso y práctico de la vigencia permanente del espíritu y de los valores vitales por los que el pueblo carlista combatió en las guerras civiles del siglo pasado y en la Cruzada nacional de 1936-1939.

* * *

Al afirmar el carácter irrevocable de la victoria de la Cruzada no entendemos solamente proclamar una actitud ético-política o una "opción ideológica". Estamos convencidos de que se trata de algo comprobable por una investigación sociológica atenta a la realidad de los hechos.

Quienes contemplan el mundo desde sus concepcio-

nes dialécticas revolucionarias ven en nuestra Cruzada una lucha "conservadora"—"los ricos contra los pobres" se ha llegado a decir—o una revolución reaccionaria extremista, fascista. Ahora va a producirse, antitéticamente, un movimiento antifascista y "popular".

Muchos árboles y no pocas malezas no dejan ver el bosque. En todo caso, la liberación frente a las deformaciones, ya sean "totalitarias" o "liberal-conservadoras", de la esencia de la Cruzada como guerra religiosa y nacional, sólo desde la fuerza del 18 de julio podrá realizarse.

Están en un grave error los que, por convicción o por temor a una revancha antitética, esperan la solución en una superación sintética del 18 de julio—una "apertura a la izquierda" que posibilite la continuidad del gobierno de la derecha democrático-cristiana o liberal-conservadora.

Hay guerras civiles cuya herida escinde el cuerpo social e imposibilita su vida. Así la victoria de la monarquía liberal, del "trono levantado sobre las bayonetas revolucionarias", en el siglo pasado. Pero hay también guerras civiles en que la unidad se impone sobre las escisiones. Son victorias "constituyentes" del ser histórico de un país. Tal fue la victoria de la Cruzada de 1936-1939.

Lo que dificulta a muchos el reconocimiento de la inviabilidad de cualquier sistema que pusiese en duda los resultados de aquella victoria, es el prejuicio que les impide aceptar que "todavía en nuestro siglo" la tradición católica sea la dimensión esencial de la vida colectiva de la nación, y que ésta excluya, orgánica y vitalmente, de su cuerpo social, las actitudes del progresismo laicista y secularizador.

Pero la experiencia enseña que la fidelidad al 18 de julio no puede ser puesta en duda sin llevar de nuevo al país a un clima de guerra civil. En el plano internacional su quiebra convertiría a España en un peligro para la paz y llevaría al paroxismo las tensiones internacionales. La misión específica de España en la Hispanidad y en el Occidente está inexorablemente vinculada a aquella fidelidad.

* * *

La permanente vigencia del 18 de julio implica el mantenimiento, como base inamovible del edificio político español, de la unidad católica que, después del Vaticano II, han insistido Paulo VI y el episcopado español en recomendar. Esta misma lealtad a la doctrina y a la voluntad de la Iglesia implica también atenerse, en la regulación de la libertad religiosa, a la declaración conciliar, y aceptar, en su interpretación y aplicación a España, el juicio de la Iglesia sobre la ordenación de esta libertad conforme al bien común de nuestra patria y de la universal sociedad humana en nuestros tiempos.

La renuncia, por parte de los poderes públicos, a cualquier derecho que pueda ofrecer la apariencia de interferir en la vida interna de la Iglesia es ahora la realiza-

ción de un deseo formulado oficialmente por el Concilio. Nosotros recordamos la energía con que el Padre Orlandis proclamaba este punto casi como el primer principio de la regeneración política de España. De aquí que también propugnábamos la independencia administrativa y económica de la Iglesia mediante la supresión del presupuesto del culto y clero, según la forma prevista en el vigente concordato.

No hará falta decir que no desconocemos la legitimidad de la indemnización por el "inmenso latrocinio" consumado durante el reinado de Isabel II; ni adoptamos una actitud de escándalo ante la justicia con que la Iglesia exigió tal indemnización en el Concordato de 1851.

Pero aquellas medidas liberarían a la Iglesia y al Estado de las situaciones que han dado a la "Iglesia española, pasada por el cedazo del regio patronato"—según se expresó Bofill y Mates—un aire y estilo que para entendernos llamaremos "anglicano", por la secular vinculación que en lo humano han tenido sus estructuras jerárquicas y sus núcleos dirigentes seculares a las clases "conservadoras"—conservadoras de la revolución—surgidas precisamente de la desamortización eclesiástica de 1835.

* * *

El respeto, por parte del poder político, a los órganos sociales naturales es principio capital de una vida política sana y vigorosa. Nosotros quisiéramos ver a la Universidad estatal estructurada según el modelo de la que fue Universidad autónoma de Cataluña, y a todas las corporaciones administrativas regionales ordenadas según un régimen análogo al que tiene hoy la Diputación foral de Navarra.

No faltará quien crea leer en nuestros párrafos cuarto a séptimo concesiones a exigencias revolucionarias. No se nos ocurriría la disparatada respuesta de que "hay que reconocer las razones de la revolución", conexas con la actitud que propugna una "revolución desde arriba" que al quitarle sus pretextos sigue dándole la razón.

Ni admitiríamos que proceda recordar que hay que hacer lo justo porque es justo, y no porque lo propugne la revolución y para anticiparse a ella.

Digamos más bien que hay que atreverse a hacer lo justo, enfrentándose al estatismo revolucionario y al marxismo, enemigos conscientes de toda autarquía social y de toda libertad natural y auténtica, aunque utilicen el impulso hacia la libertad como pretexto o aliado.

No propugnamos una revolución de signo contrario, que quisiese obrar la descentralización al modo violento y "catastrófico" por el que se ha ido consumando en distintas etapas la centralización revolucionaria. El poder público habría sí de emprender de modo perseverante una política de respeto a los cuerpos sociales intermedios y posibilitar el resurgimiento de los que han sido ya prácticamente extinguidos o ahogados.

La revolución marxista se enfrentaría radicalmente a esta política tratando, de una parte, de presentar toda

libertad como una concesión y de hacer a la vez imposible su vigencia por la utilización revolucionaria de la misma, empujando de nuevo hacia una antítesis dictatorial. Pero habría que perseverar en el respeto a toda libertad, y también impedir su abuso sin miedo a la acusación de vulnerarla.

El poder soberano será fuerte para exigir a todos la integración en sus funciones, si se mantiene en el respeto hacia los ámbitos legítimos de actividad y de vida.

* * *

Tendría escaso interés abrir una encuesta sobre la más adecuada constitución política, si se entendiese como dirigida a conocer preferencias subjetivas y opciones personales. Sería impropio invocar la libertad de opinar para entregarse con tal pretexto al capricho y a la arbitrariedad. Los errores graves en política, aun profesados "de buena fe", pueden resultar también objetivamente criminales.

Lo que hace falta es pensar con modestia y voluntad de servicio al bien común, tratando de descubrir cuál sea la constitución "real", es decir, la estructura profunda y el dinamismo histórico según los que realmente se constituye un cuerpo político. La inadecuación de las sucesivas "constituciones" formales escritas, impuestas por los partidos liberales, respecto a aquella constitución real, explica la accidentada historia española durante más de un siglo. Por dos veces el pueblo español vio caer, "con indiferencia y sin lástima" el trono aliado a las facciones dirigentes de la invertebrada "España nueva" del liberalismo.

Nuestra convicción es que España es un Reino. Que la exigencia de su constitución natural la orienta hacia una monarquía auténticamente tradicional. Para evitar toda confusión y vaguedad no hemos querido expresar el "espíritu de Viladrau" diciendo que la política española había de inspirarse en una ideología "tradicionalista". Creemos poco en los "ismos" ideológicos, a no ser como fuerzas desintegradoras, y por otra parte la etiqueta tradicionalista ha cubierto síntesis imprecisas de cuya ineficacia e inautenticidad poco podría esperarse.

Por esto decimos: para fundar en su verdadera base a la monarquía hay que reconocer un "hecho", que podrá descubrir quien penetre en lo profundo del subconsciente colectivo y contemple en su concreta situación a los hombres y a los linajes de las diversas tierras de España, y más que otras, en las que parecen estar más fuertemente conmovidas por fuerzas centrífugas o "separatistas".

Para instaurar el Reino en España y fundarlo en su base real, en su principio de vitalidad y fuerza, hay que reconocer que el espíritu y los valores por los que combatió, especialmente en Cataluña, Vasconia y Navarra, el pueblo que defendía los derechos de la dinastía carlista, tienen hoy la fuerza y la exigencia de lo que se mantiene firme como elemento profundo de unidad y coherencia sociales.

No pensamos únicamente en los núcleos que proclaman su continuidad a la empresa secular sino también en las conexiones de vivencias y sentimiento que enlazan con aquella empresa a los grupos y fuerzas hoy los más dispares y escindidos.

El carácter de este artículo haría menos oportuno que nos ocupáramos de la capital cuestión sucesoria. Debemos, por el contrario, aclarar la razón por la que afirmamos la soberanía de la Corona — esperamos que nadie la confunda con el absolutismo, o con una "dictadura regia" — y la necesidad de que la legislación constitucional evolucione por vía ordinaria, y no mediante formas plebiscitarias o por "asambleas constituyentes".

Los fundamentos del edificio político del Reino: la unidad católica; la soberanía de la Corona y sus límites orgánicos, señalados por la autarquía de los cuerpos intermedios y por la representatividad de las Cortes; la intervención obligada de éstas en la legislación; la independencia de la administración de la justicia; la vigencia de un "estado de derecho"; la fuerza e independencia del ejecutivo, basada en la regia prerrogativa; no admitirían ser puestos en duda, ya que el solo hecho de discutirlos sustancialmente, en el ámbito político, implica una ruptura o revolución. Las normas derivadas en que se despliega la legislación constitucional pueden, en cambio, evolucionar flexiblemente sobre la firmeza no conmovida de tales bases.

* * *

Si estas páginas no han querido ser evocación de una anécdota sino aportación a un esfuerzo actual, son, por esto mismo, un testimonio.

No podemos terminarlas sin evocar de nuevo emocionadamente al Padre Orlandis, con sus consignas de fidelidad a la Iglesia y espíritu integrador de orden y de continuidad con que quiso ayudar a nuestra tarea, y a Jaime Bofill, nuestro amigo, con su humanidad abierta y constructivamente acogedora, que dio al "espíritu de Viladrau" su raigambre de casera intimidad.

Y ya no sólo en nombre de un grupo de amigos, sino hablando ahora del modo más formal en nombre de CRISTIANDAD, concluiremos entregando nuestro deseo y nuestra plegaria en ofrenda al Corazón de Cristo. ¡Quiera Dios que se cumplan en España los deseos que expresó el Papa Pío XII, en 17 de diciembre de 1942!:

"Nos alimentamos, por lo que se refiere a España, un solo deseo: verla unida y gloriosa, alzando en sus manos poderosas una Cruz y rodeada por todo ese mundo que, gracias principalmente a ella, piensa y reza en castellano, y proponerla después como ejemplo del poder restaurador, vivificador y educador de una fe, en la que, después de todo, hemos de venir a encontrar siempre la solución de todos los problemas..."

"España tiene una altísima misión que cumplir, pero solamente será digna de ella si logra totalmente, de nuevo, encontrarse a sí misma en su espíritu tradicional y en aquella unidad que sólo sobre tal espíritu puede edificarse."